

A photograph of a man and a woman embracing outdoors. The man is wearing a light blue button-down shirt and a dark vest, and the woman is wearing a dark top. They are standing in front of a blurred background of trees and foliage. The text is overlaid on the bottom half of the image.

Aunque se crea mi
hermano...

Magela Gracia

AUNQUE SE CREA MI HERMANO...

Magela Gracia

© de los textos: Magela Gracia (magelagracia.com)
© del diseño de la portada: Pavel Del Pozo (paveldelpozo@gmail.com)
Maquetación y edición del texto: Marcos Fernández

1ª edición: Enero 2016
ISBN: 978—84—608—4844—8

Depósito Legal:

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, al igual que su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

Para l@s pervers@s de mi grupo de Facebook,
“Pervers@s con Magela Gracia”.

Muchas gracias a todas por ocupar una habitación en el piso que alquilaba, por espiar a los vecinos con tantas ganas y por desear a Víctor, Bea y Oziel. Sin vosotras el café de las mañanas no sería tan divertido, ni tampoco la ducha antes de irse a la cama.

Porque una escritora sin lectoras no es más que una lunática que habla sola.
Gracias a vosotras escribo historias para alguien.

En Las Palmas de Gran Canaria
A 20 de Noviembre de 2015

AGRADECIMIENTOS

Siempre lo mismo, ¿no?

Y menos mal que es así... Menos mal que siempre hay personas a las que agradecer cosas. Porque esta saga —“Su hermano”, que en principio iba a ser solamente un libro, cuenta con mucho trabajo detrás, y muchas personas implicada.

Gracias nuevamente a Marcos Fernández por la edición, y por soportar un libro más que entienda muy poco de Word. Gracias otra vez a Pavel del Pozo por la portada, y por entender que soy una nulidad con el Photoshop. Y gracias a todas esas personas que están ahí detrás, enseñándome poquito a poco a hacer más cosas por mí misma.

Con un poco de suerte dejaré de gatear pronto... aunque correr me va a costar aún algo más de ayuda.

Mil gracias.

Besos perversos
Magela

Tabla de Contenidos

¿De dónde viene esta historia?	
Prólogo	
Primera parte.	
La polla enfurecida	
Segunda parte.	
La polla que me dejó marchar	
Tercera parte.	
La polla que no estaba	
Cuarta parte.	
La polla que no llegó a tiempo	
Quinta parte.	
La polla que no supo qué decir	
Sexta parte.	
La polla que echó al resto	
Séptima parte.	
Bea 1, Polla 0	
Octava parte.	
La polla que nos dejó cenar	
Novena parte.	
La polla que me invitó a su cama	
Décima parte.	
La polla para la que me desnudé	
Undécima parte.	
La polla que nos odió a los dos	
Duodécima parte.	
La polla que me hizo decidir	
Decimotercera parte.	
Dos pollas... y mi padre	
Décimo cuarta parte.	
La polla que me llevó a un hotel	
Decimoquinta parte.	
La polla que me arrancó un orgasmo	
Decimosexta parte.	
La polla que me despertó con un beso	
Decimoséptima parte.	
La polla que se topó de bruces con la otra polla	
Decimooctava parte.	
Laura y yo... y ninguna polla	
Decimonovena parte.	
Derretirse por una polla...	
Vigésima parte.	

La polla que me hizo hervir en el coche
Y ahora... ¿QUÉ?
Muchas más historias...
Acerca de Magela Gracia

Vamos a jugar...

¿De dónde viene esta historia?

Las peleas entre pollas

—¡No se te ocurra volver a pegarme, que te demando!

Así de gracioso escuché que se mostraba Oziel cuando Víctor entró por su puerta. No se había dado ni cuenta de que el pantalón vaquero aún lo llevaba desabrochado y que no era una buena manera de hacerse respetar por su amigo, que continuaba muerto de la risa mientras se empezaba a desvestir en su alcoba. Yo me apresuré a ponerme la camiseta sobre el torso y salí al pasillo, con la esperanza de que el encontronazo fuera a quedar simplemente en un par de gritos y poco más.

—¿Qué te hace tanta gracia?

A eso le podía haber respondido yo sin ningún problema. A Oziel lo partía de la risa haber descubierto una parte importante del juego que hasta entonces desconocía, aunque imagino que ya se lo sospechaba. Era como si para él todo el asunto se redujera a una partida de “Cluedo” y que cada vez que se le desvelaba una pista bailaba a lo Fred Astaire, con pajarita y chistera.

—Todo esto es muy cómico, Víctor. No puedes negarlo —respondió él, que ya se había despojado de la chaqueta y de la corbata, arrojándola sobre los pies de la cama—. Siempre nos echabas la bronca cuando alguno de nosotros te decía que Bea tenía un polvo. “¡Qué es una cría”. La de veces que nos dejaste fuera de la casa tras enfadarte por algún comentario de esos. Y ahora vas y te lías con ella.

Hablaba mientras se desabrochaba los botones de la camisa y soltaba los gemelos que adornaban los puños. No me miró en ningún momento, aunque sospecho que fue más por no perder de vista a su amigo que por falta de ganas de fijarse en si estaba o no vestida.

No había que fiarse de un hombre enfurecido que ya te había partido la nariz en una ocasión...

—Y para colmo el otro día me dijiste que necesitabas que me liara con ella. ¿Para qué? ¿Para que la pobre pudiera comparar y salieras ganando como amante? ¿Para que adquiriera un poco de experiencia y se mostrara más resuelta en la cama contigo? Explícamelo, que no lo entiendo...

—No sigas por ahí si no quieres que te saque otra vez de esta casa a patadas.

—No recuerdo que la otra vez me sacaras de aquí. Más bien te marchaste tú, más cabreado que un gato al que le han pisoteado el rabo.

Víctor apretó tanto los puños que los nudillos se le pusieron blancos. Di gracias a que no le dio por darse la vuelta y descubrirme en el pasillo, porque estaba convencida de que haría exactamente lo mismo que había hecho la otra vez.

Mandarme a mi cuarto...

Oziel se quitó la camisa y dejó el torso al descubierto. Tampoco me descubría nada nuevo que no se pudiera intuir por las prendas ajustadas que había usado en las noches de copa y ligue en la época universitaria, pero me agradó la imagen sensual del abogado ataviado sólo con unos pantalones de vestir oscuros. Era tan lasciva la imagen, acompañando su atractivo rostro con su sempiterna sonrisa, que tuve que forzarle a mirar a Víctor, todavía de espaldas.

Y su espalda se iba tensando cada vez más...

—Ahora estamos en igualdad de condiciones —sentenció Oziel, soltando el cinto de sus pantalones y desabrochando el enganche de la bragueta. Elevó los puños en actitud defensiva, como si estuviera acostumbrado a tener ese tipo de encuentros en un ring a modo de ejercicio para

desentumecer los músculos tras las jornadas lectivas—. Que no se diga que si te tumbo es porque estabas en peores condiciones que yo.

Lo dijo con una sonrisa encantadora dibujada en la boca, tratando de quitarle importancia al hecho de que se sentía nuevamente amenazado por su mejor amigo.

—Víctor, por favor...

Era una llamada a la cordura a la que podía haberme unido poniéndole una mano en la espalda, acercándome a él para calmarlo. Su nerviosismo no se debía a que Oziel al fin se hubiera enterado de lo que pasaba entre nosotros, y todos los sabíamos. Estaba enojado por lo que podía haber pasado si llega a ser mi padre el que hubiera entrado por esa puerta. Estaba furioso consigo mismo por haber sido tan poco cuidadoso yendo a buscarme a casa por los celos que sentía al saber que Oziel estaba allí conmigo, mientras sus padres estaban de visita para disfrutar de la compañía de su hijo.

Estaba desquiciado porque no era capaz de mantener las manos apartadas de mí.

Pero permanecí inmóvil, sin atreverme a decir nada, esperando que tardara el mayor tiempo posible hasta que me mandara directa a mi alcoba.

Y entonces Oziel se encargó de descubrirme.

—Díselo tú, Bea. Dile que no tiene nada por lo que enfadarse aún conmigo. Dile que apenas si te he tocado...

Lo hizo con toda la maldad del mundo, dejando claro que algo sí había pasado y que, desde luego, ese aún implicaba que tenía la esperanza de que algo llegara a pasar. Cada palabra había sido planeada a la perfección, como imaginaba que preparaba un abogado su último alegato delante de un tribunal, esperando que las frases surtieran el efecto deseado cuando se planificaban delante de un espejo, con cara de interesante y andares de hombre resuelto.

Quería seguir jugando...

Lo odié en ese momento como sólo había odiado a mis compañeras de clase cuando me nombraban a Víctor con la boca llena de palabras que jamás debía haberles escuchado.

Se dio la vuelta y me descubrió allí, petrificada, con la cara contraída por el asombro de que Oziel se hubiera atrevido a hacer una afirmación semejante. En su cara había miles de preguntas que no era capaz de responder en ese momento, pero que sabía que me aguardarían en cuanto pasara la tormenta. Y en mi boca se amontonaron también miles de “no” como respuesta, pero tampoco llegué a pronunciarlos.

Nos miramos y supimos que nos debíamos muchas explicaciones el uno al otro.

—A tu habitación, Bea, que voy a partirle la cara a este capullo.

Lo miré con terror, queriendo decirle que se olvidara de todo, que Oziel era sólo un niño grande que se aburría mucho y que estaba disfrutando como un puerco en un charco de barro. El fango tiene la mala costumbre de mancharlo todo cuando uno lo pisa, y nos habíamos salpicado los tres con los juegos.

—No, Víctor. No ha pasado nada...

El arquitecto me sonrió con una mirada triste, echándose la culpa nuevamente de lo que se suponía que podía haber pasado por haber metido a su amigo en todo aquello.

—No es por lo que no ha pasado... sino por lo que puede que pase.

Grité para impedirle que cerrara la puerta pero no me hizo caso. Aporreé la madera mientras escuchaba cómo Víctor pasaba el pestillo —que él mismo había colocado hacía unos años— y me decía que me fuera a mi alcoba de inmediato.

—Vale. Ya veo que no aguantas una broma —le escuché decir a Oziel antes del primer golpe.

La polla que se confesó con otra polla

Por más que después me vinieron los dos a decir que de vez en cuando descargar tensiones a golpe de puño venía bien para la salud no se me fue el disgusto de la cara. Si para su salud había sido bueno para la mía no lo había sido. Es más, estaba casi tan de los nervios como cuando creí que era mi padre nos iba a pillar a Víctor y a mí desnudos en mi cuarto.

Se abrió la puerta y aparecieron los dos, con el cabello revuelto y algo de sangre en los labios. Oziel había salido mejor parado que Víctor en esta ocasión pero también había recibido algún mal golpe. Me los imaginé al día siguiente teniendo que dar explicaciones en sus respectivos trabajos, cuando los hematomas empezaran a florecer y no se pudieran ocultar con unas gafas de sol en un despacho.

—Practico boxeo de vez en cuando. ¿No te lo había comentado? —diría cualquiera de los dos a sus jefes—. Un día te llevo para que me veas pelear en el gimnasio.

Otra vez patético...

—¿Ya a gusto? —les pregunté, mientras iban los dos con una sonrisa en los labios al cuarto de baño. Vestían aún sólo los pantalones, el torso les brillaba por el sudor y tenían la respiración agitada—. Que bien se queda uno después de comportarse como un animal, ¿eh?

Para mi sorpresa Víctor sólo me meneó el cabello al pasar por mi lado, guiñándome un ojo. Y cuando aún no había conseguido cerrar la boca pasó Oziel e hizo exactamente lo mismo.

—Yo personalmente habría preferido no pegarme con este tipo, pero él insistió y no pude negarme.

—No empieces otra vez, no vaya a ser que vuelva a romperte la nariz. Esta vez he intentado tener cuidado...

—Con la nariz, pero el labio me lo has dejado hecho polvo. Y aprecio mucho mi boca. Me da más satisfacciones que la nariz, por si no te habías dado cuenta.

Víctor abrió el grifo del lavabo y dejó correr el agua mientras se retiraba la sangre de la boca. Se hizo a un lado para que Oziel pudiera mirarse en el espejo del baño.

—Si no fuera por esa bocaza que tienes no habría pasado esto.

—Si no fuera porque te pones como una bestia cuando bromeo con ella no tendría que defenderme. Háztelo mirar, es un consejo. Eso o invítala a salir formalmente. No sé. Un película en el cine, una cena, un paseo por la playa. Algo se te ocurrirá. Pero creo que estarías de mejor humor si la pudieras llevar de la mano.

Sé que lo dijo en voz alta a posta para que pudiera escucharlo. Y me imagino que a Víctor se le tuvieron que enrojecer hasta las orejas mientras lo escuchaba, pasándose más agua por el cuello para refrescarse.

—No es tan sencillo...

—Lo que no es, precisamente, es tan complicado...

Me latió el corazón con fuerza mientras los escuchaba hablar como si yo no estuviera presente, sabiendo perfectamente que los dos eran conscientes de que me enteraba de todo. Nunca me había imaginado viviendo un momento como ese, oyendo sus confidencias entre muestras de afecto, como debían hacerlo en la intimidad dos buenos amigos.

—Ve preparando mi defensa ante un tribunal para cuando se enteren sus padres.

—Es mayor de edad. Nadie puede denunciarte porque se ve a la legua que no la estás forzando

en ningún sentido.

Eso lo dijo mirándome a los ojos, con la complicidad de habernos visto casi desnudos a ambos después de estar retozando en mi cama. Si llega a aparecer cinco minutos antes tal vez no nos habríamos enterado de que se abría la puerta y nos habría encontrado tumbados en la cama, con Víctor entre mis piernas, mientras entraba y salía de mí con sus potentes embestidas.

Sospecho que eso le habría encantado...

—Pero seguro que me demandan por agresiones cuando tenga que defenderme en el momento en el que se enteren. No me parece descabellado que alguno de los dos vaya a coger el bate de béisbol que guardan en el armario de la entrada...

Hacia años mi padre me había enseñado a golpear una calabaza con ese mismo bate por si llegaba a entrar algún ladrón en casa mientras ellos estaban fuera. Me había dicho que nunca dudara si alguien iba a agredirme. Imaginé lo tranquilos que tuvieron que quedarse cuando Víctor se hizo cargo de cuidarme cuando ellos abrieron la tienda, e imaginé lo traicionados que podían llegar a sentirse si se enteraban de que precisamente había sido Víctor el que había acabado metiéndose en mi cama. Sería un duro golpe para ellos pero tendrían que aprender a respetar mis decisiones, igual que yo había aprendido a hacerlo con las suyas.

—O sea, que les vas a hacer daño sin querer cuando se enteren, ¿es eso? —preguntó Oziel, con cara de pasmo—. ¿Tú estás tonto? Salvo estas dos veces que me has pegado a mí nunca te he visto usar la violencia para nada. Y el padre de Bea es una persona adulta, ¡por todos los santos! Es una idiotez que pienses que la cosa va a terminar así. Se ha portado como un padre para ti. Te tiene cariño. ¿Quién te dice a ti que no se va a alegrar porque te considera buena gente?

Víctor me miró mientras cerraba el grifo, ya sin sangre en el rostro. Oziel también tenía mucho mejor aspecto después de enjuagarse el sudor de la cara y el cuello.

—Yo lo hice. Te rompí la nariz por mirar a Bea cuando aún no la había ni besado. Nunca le había pegado a nadie. La situación no puede ser muy distinta. Que Eduardo no sea violento no quiere decir que no le hierva la sangre al pensar en que he seducido a Bea.

Víctor salió del cuarto de baño y volvió a revolverme el cabello al pasar por mi lado. Aquello empezaba a resultarme muy molesto. Que hablaran sobre nuestra relación sin darme la posibilidad de opinar me hizo sentir incómoda, aunque era cierto que poco podía aportar yo a cómo se sentía Víctor. Yo sabía cómo me sentía yo, y probablemente decirle que estaba dispuesta a arriesgarme a que se enteraran mis padres delante de Oziel no era una buena idea.

Cuando salió el abogado y trató de hacer otra vez lo mismo que su amigo levanté la mano a modo de protesta.

—Ni se te ocurra. No soy un perro.

Oziel estalló en otra sonora carcajada.

—¿A él sí y a mí no? Vaya suerte tengo...

Víctor asomó la cabeza por la puerta de mi dormitorio mientras se ponía la camisa por la cabeza y empezaba a abrocharse los botones. Miró con mala cara a su amigo y Oziel levantó las manos como si lo estuvieran encañonando con una pistola.

—Esta mañana era todo mucho más divertido —rezongó mientras volvía a su dormitorio. No cerró la puerta mientras se quitaba los pantalones y quedaba en calcetines y calzoncillos delante de mí—. Pues la otra opción que se me ocurre es que lo mantengas en secreto hasta que ella termine la carrera, encuentre trabajo y se vaya de casa. Tal vez en ese momento no te dé tanto reparo acostarte con ella. Tendrás que esperar un par de años, dependiendo de lo buena estudiante que sea, pero ya luego podréis vivir en casa juntos. Prometo no abrir la puerta de vuestro

dormitorio si hacéis demasiado ruido.

Esta vez me entraron ganas de pegarle yo. Oziel se reía de la situación con todo el descaro del mundo mientras Víctor miraba a la pared que dividía las dos habitaciones como si tuviera intención de echarla abajo y que le cayera encima al abogado.

—No sé... es una idea. Tal vez incluso lo de no acostaros más hasta ese momento no sea mal planteamiento.

Víctor se puso los zapatos mientras digería las risas de su amigo. Salió de la habitación y me tomó de la mano para llevarme de camino al salón, dejando atrás a Oziel y sus bromas. Cuando entendí que lo que pretendía era sacarme de casa paré en seco y le pregunté que a dónde me llevaba.

—Esta noche cenas en casa con nosotros.

—Bea había quedado para cenar conmigo —protestó Oziel, uniéndose a nosotros en el salón. Se había puesto un pantalón vaquero y una camiseta ajustada—. Íbamos a pedir unas pizzas.

Víctor volvió a tirar de mí en dirección a la puerta.

—Ni de broma te quedas a cenar con este tío. No me fío de sus intenciones.

—Yo tampoco me fío de mí mismo —sentenció él—. ¿Dónde dices que cenamos todos?

Prólogo

A la tercera mirada asesina de Víctor, Oziel dejó de bromear. Me miró como supongo que tienen que mirar los perros a sus amos cuando presienten que van a ser abandonados. Y digo que lo imagino, porque nunca he abandonado un perro ni tan siquiera he tenido uno. Lo más cerca que he estado de tenerlo ha sido en las bromas que nos gastábamos Víctor y yo cuando hablábamos de sacar uno de la perrera para que se comiera las sobras de la comida que nos preparaba mi madre.

O todo el caldero, ya de paso.

—Al menos volverás para dormir, ¿no? En nuestro piso ya no hay sitio para nadie más —comentó el abogado, tomando posesión del sofá mientras buscaba el mando a distancia en la pequeña mesa que había al lado—. A no ser que vayas a compartir cama con Víctor delante de sus padres —soltó de pronto, mirándonos a los dos con picardía—. Por favor, si es eso lo que vais a hacer deja que vaya a verle la cara a tus padres. Juro que tendré la boca cerrada mientras preparo tu defensa.

Si el tema no hubiera sido tan serio probablemente me habrían entrado ganas de reír. Oziel era el típico hombre que no sabía tomarse la vida sin humor y lo cierto era que me agradaba que estuviera intentando por medio de ese método que Víctor reaccionara. Ahora que el abogado sabía que él y yo teníamos una relación —o lo que fuera lo que teníamos, que esperaba que fuera algo más que sexo— no lo veía tratando de seducirme, por lo que me había permitido bajar la guardia y apreciar el juego tal y como lo veía él.

Y entendí que para Oziel había sido divertido.

E intentaría que siguiera siéndolo...

No, no podía bajar la guardia con él por más que quisiera y por más simpatía que hubiera despertado en mí tras escucharlo hablar con Víctor en el baño. Había sido irónico al darle los consejos, pero eran buenos consejos al fin y al cabo —al menos, buenos desde mi punto de vista, que me beneficiaba que hubiera intentado que olvidara los inconvenientes de sacar a la luz sus sentimientos hacía mí— y tenía muchas ganas de agradecerse.

Aunque tendría que ser en privado.

—¿No has pensado en otra opción, abogado listo? —le preguntó Víctor, abriendo la puerta—. Bea y Laura pueden dormir en mi cama y yo dormir en el sofá. No esperes que te la devuelva esta noche para que le saltes encima.

Oziel abrió la boca para responder pero la cerró antes de decir nada. Por el brillo que se asomó a su ojos y por la sonrisa que dibujó en los labios pude imaginar perfectamente lo que iba a decir y había preferido callar para no iniciar otra pelea.

—Más bien estaba pensando en hacerla saltar a ella sobre mis caderas, y sin nada de ropa entre ambos. Tú ya me entiendes—. Las palabras resonaron en mi cabeza con el tono de voz de Oziel, seductor y perverso, tratando de picar a Víctor para... ¿para qué demonios lo picaba tanto? Recibir otro puñetazo no podía ser divertido. Por suerte Oziel no se atrevió a decir nada, y se despidió agitando el mando del televisor en alto.

Víctor tomó mi cazadora vaquera y mi mochila del perchero de la entrada y me la dio.

—Hasta la noche, Bea. Sé que volverás.

Me despedí de Oziel sin saber en verdad si iba a volver o no a casa, pero lo cierto fue que cuando me encontré por fin a solas dentro del ascensor con Víctor me di cuenta de que no me

llevaba una muda de ropa para el día siguiente, de que había dejado las bolsas con la ropa sin guardar en el suelo de mi dormitorio, y que dentro de una de ellas había un conjunto de lencería que como descubriera mi madre iban a temblar las paredes con sus gritos. No tenía ganas de decirle a Víctor que necesitaba volver a mi cuarto para dejar en orden todo por si regresaba mi madre y se ponía a rebuscar entre las bolsas, pero él mismo se dio cuenta de que algo no iba bien por la cara que había puesto de pronto.

Tuve que contarle lo que tenía en la cabeza después de que me interrogara un par de veces.

Me llevó hasta su coche, me sentó en mi sitio habitual, y me dio un suave beso en la frente.

—Ahora vuelvo.

Y allí me dejó, cerrando la puerta, mientras él volvía a mi casa sin mí. Busqué el móvil en mi mochila y llamé a mi madre para avisarla de que esa noche cenaba con Laura y sus padres.

Y con Víctor...

No me apetecía que estuviera haciendo encaje de bolillos para conseguir llegar a casa a la hora de la cena para que pasara menos tiempo a solas con Oziel y que cuando llegara se encontrara con el abogado cenando una pizza delante de la televisión. Como no, a mi madre le encantó la noticia. Se excusó por la efusividad diciendo que le parecía genial que tuviera tiempo para estar con Laura y hablar de nuestras cosas pero a mí no podía engañarme. La pobre tenía que estar pasándolo francamente mal al pensar que estaba con un hombre a solas en la casa —aunque llevara viviendo con un hombre de la misma edad desde hacía muchos años.

Y era precisamente de ese del que tenían que cuidarse...

O hacer que me cuidara yo.

“No, tenían que haber intentado que él se cuidara de mí. Pero a nadie se le ocurrió que de pronto fuera a gustarme Víctor”.

Ni siquiera yo lo vi venir...

El hecho de que Oziel fuera muy amigo de Víctor había apaciguado los ánimos tan solo un poco. Sabía que en la cabeza de mi madre rondaba la idea de dejar a mi padre trabajando las 24 horas seguidas sin descanso para ella poder estar presente en casa, pero por más que quisiera hacerlo no era viable. Y, además, yo me habría sentido ofendida a esas alturas de que mi madre no pensara que podía comportarme como una adulta, cuando llevaba años estando sola en casa sin ellos.

Acababa de colgar el teléfono cuando Víctor abrió la puerta del coche con cara de enojo. En la mano traía las bolsas que había comprado aquella tarde.

—¿Me puedes explicar para qué te ha comprado esto Oziel? —me preguntó, sacando de la bolsa el conjunto de lencería.

Primera parte.

La polla enfurecida

¿Qué podía decirle? No se me ocurría ninguna excusa aceptable que esgrimir en ese momento. Había dejado que Oziel pagara las compras y me regalara un conjunto de ropa interior que, lo mirara por donde lo mirara, tenía escrita la palabra sexo en cada costura. No me apetecía discutir precisamente en ese momento, tras haber vuelto a sentirme deseada por el hombre que me tenía embrujada.

Embrujada, alborotada, excitada, enamorada...

En ese momento, que tan vivo tenía el recuerdo de sus labios recorriendo mi boca, el cuello o las clavículas, y de sus manos aferrando mis pechos mientras entraba y salía de mí, sólo me importaba saber cuándo volvería a suceder.

Porque estaba claro que si Víctor me había arrancado de mi casa aquella tarde era porque quería que nuestros cuerpos se encontraran nuevamente en cualquiera de las camas que nos faltaban por estrenar. Si no fuera esa la idea le habría importado poco que me quedara cenando con Oziel.

Algo sentía por mí... y era lo suficientemente fuerte como para seguir enfrentándose a su amigo y enfureciéndose conmigo por lo que pensaba que podía haber pasado entre ambos.

Le habría venido bien un buen golpe en la cabeza para que dejara de imaginarse tonterías, precisamente siendo él quien había provocado toda aquella descabellada situación. Mi abuela solía decir que un buen bofetón a tiempo quitaba mucha estupidez de encima. Creo que habría estado de acuerdo conmigo a la hora de administrar guantazos en esta circunstancia.

—Me lo ha regalado Oziel.

Así, sin más. ¿Se podía contestar de otra forma a una pregunta tan comprometida estando la prueba del delito en sus manos? Un bonito conjunto de lencería completamente de encaje, negro como el carbón, y tan transparente que no me había atrevido a probármelo en la tienda por más que sabía que Oziel se moría de ganas de que lo hiciera.

—¿Y lo aceptaste sin más? —Víctor estaba enfurecido, y retorció la tela con el puño cerrado sobre ella como si le escurriera el agua a una bayeta—. ¿Vas aceptando regalos así de cualquiera?

—Hasta hoy sólo tenía unas braguitas que ponerme. Oziel se ofreció a comprar algunas para que mi madre no se enterara de que habían desaparecido las que te llevaste.

Resopló y siguió apretando la prenda.

—Tú nunca has comprado nada parecido a esto.

—Y no lo he comprado yo. Lo ha hecho Oziel. Si quieres explicaciones pregúntale a él en qué estaba pensando. Puede que te responda que en hacer exactamente lo que le pediste que hiciera...

Más resoplidos y más enojo en su rostro. Ni siquiera lo había visto tan enfadado el día que le pegó a Oziel antes del verano.

—¿Y qué pensabas hacer con tan poca tela?

—Pues no he tenido tiempo para pensar en si llegaría a estrenarlo alguna vez, o con quién lo estrenaría. Hasta hace una semana me rehuías, y te recuerdo que le pediste a Oziel que se metiera en mi cama. Y me pediste que le diera una oportunidad —. En el acto me arrepentí de volver a sacar a colación aquella maniobra torpe y a la desesperada de Víctor, ya que sabía en el fondo que se había arrepentido de todo y me había alejado de su amigo unas horas más tarde—. Víctor, Oziel

lo pagó y lo metió en la bolsa. Ni lo vi ni lo elegí, y mucho menos pensé en qué haría con él. Es un regalo muy inapropiado, no me cabe la menor duda de eso, pero si has de buscar un culpable intenta ver las cosas con perspectiva. Oziel no sabía que nosotros estábamos juntos...

Me arrepentí de inmediato de esa última frase, pero ya estaba dicha.

Arrojó las braguitas al interior de la bolsa a la vez que se le volvía a transformar el rostro. Esta vez había perplejidad en él, habiendo desaparecido la furia que lo dominaba sólo un segundo antes.

—No estamos juntos...

Dolió. Víctor no tenía que pegarme y romperme el labio para hacerme daño como a Oziel. Con aquello tenía suficiente para hacer que me doliera todo el cuerpo.

—No sé cómo estamos... pero no estamos juntos.

Supongo que aquella segunda frase trató de sonar más suave que la primera, y más tras ver mi rostro encogido y contraído por el daño de su declaración. No tenía fuerzas para fingir ni un momento más, tratando de aparentar una serenidad que no poseía desde el preciso momento que me había entrado por los ojos, puesto allí por mis compañeras de instituto.

Ojalá nunca lo hubieran hecho...

—Pues al menos sabemos que no estamos juntos... Y eso simplifica mucho las cosas.

Lo empujé con toda la fuerza que pude reunir y Víctor cayó al suelo de espaldas, sin esperarse que yo pretendiera salir en ese momento del coche. Con una rapidez que nunca había tenido recogí las bolsas que habían quedado esparcidas en la acera a su alrededor, y sin cerrar la puerta encaminé los pasos más tristes de mi vida hacia el portal de mi casa.

—¿A dónde vas, Bea?

Víctor gritaba a mi espalda tratando de reponerse de la impresión de haber sido tumbado por una chica en plena calle. Que estuviera de cuclillas delante de la puerta del coche y distraído con la conversación habían sido mis grandes aliados para que acabara en la acera, pero sabía que la ventaja no me duraría demasiado si no lo aprovechaba y me iba en ese momento.

Porque necesitaba marcharme. Estaba demasiado herida como para quedarme y escuchar sus excusas.

No podía más...

No respondí. Seguí avanzando por la calle. Estaba sólo a un par de manzanas del portal. Víctor no se atrevería a montar una escena a esas horas. Si era necesario gritaría pidiendo ayuda. No me iba a dejar manipular nunca más. Me daba igual que no me hubiera cerrado todas las puertas. Que siguiera negando que entre los dos había algo era más de lo que podía soportar después de aquella discusión estúpida, y después de haberlo tenido encima de mi cuerpo en el dormitorio.

Tiró de mí hacia atrás sujetándome de un brazo. Las bolsas volvieron a rodar por el suelo y yo giré sobre mí misma quedando frente a él, con ganas de gritar pero sin atreverme a hacerlo. La resolución que había tenido unos segundos antes resbaló en ese momento por mi rostro en forma de lágrimas horriblemente amargas. Odiaba que Víctor me viera de esa forma pero era incluso más humillante aún agachar la cabeza y no dar la cara.

—¿A dónde vas, Bea? —volvió a preguntar, con un rictus de lo más contradictorio en el rostro.

—No sé a qué demonios estás jugando, pero yo sí que tengo claro que entre los dos hay algo. No me pienso quedar a esperar hasta que te decidas a abrir los ojos y te des cuenta de que te importo y de que te jodería que subiera a casa y me acostara con otro. Yo sé lo que quiero... pero

no lo quiero al lado de una persona que no está dispuesta a intentarlo.

Me zafé de su abrazo y seguí andando, olvidando las bolsas que dejaba abandonadas en el suelo a su alrededor. Tres pasos más tarde Víctor volvía a tirar de mí, anclándome contra su cuerpo. En otras circunstancias aquella insistencia me habría encantado, porque era lo más cerca que había estado de una demostración pública de lo que había entre los dos, pero teniendo en cuenta que él no pensaba reconocer que hubiera algo no me gustaba que pudiera manejar me hasta impedirme que volviera a casa.

—Yo lo que sé es que no quiero que te vayas...

¿Tan difícil sería decirle en ese momento que estaba enamorada?

“¿Te crees que no lo sabe ya?”

—Si no estamos juntos no hay nada entre nosotros. Por lo tanto no debiera importarte a dónde vaya...

Me habría gustado decírselo mirándolo a la cara pero me fue imposible. No encontré la entereza para levantar la vista y clavarle los ojos en los suyos. Tal vez me parecía que dolía menos si no veía su rostro confuso mientras me escuchaba, aunque me imaginé que el sabor amargo que se me quedó en la boca no podía ser mejor que el que suponía que sentiría si lo hacía mirándolo.

—No he dicho que no haya nada...

—Pues vas a tener que averiguar qué hay, porque no puedo hacerlo por ti.

“Y si es sólo sexo... avisa. Porque sexo puedo encontrar en cualquier sitio”.

Por ejemplo... en el dormitorio de al lado.

Segunda parte.

La polla que me dejó marchar

Me llevé las bolsas, la mochila y mi orgullo conmigo.

Y también las lágrimas.

Lloré hasta llegar al ascensor, luego dentro mientras subía, y más tarde en el descansillo de casa, tratando de calmarme antes de abrir la puerta. Lloré sin importarme que al final Víctor me hubiera visto así, porque en verdad nada me importaba en ese momento.

Y lloré tanto que Oziel me escuchó desde dentro de mi casa y abrió la puerta, encontrándome en medio del pasillo, cargada con las bolsas, sin un triste pañuelo que llevarme a la nariz para apartarme los mocos.

Esperé cualquier burla por parte del abogado. Un “*¡qué cena tan rápida!*” o tal vez algo en plan “*sabía que no podías vivir sin mí*” pero se limitó a quedarse en silencio, mirándome, con cierto pesar asomando a los ojos.

Cuando avanzó hasta mí y me abrazó tiernamente para consolarme no lo esperaba.

Mis brazos le devolvieron el abrazo como si llevara toda la vida refugiándome en ellos cuando tenía algún problema. Me sentí tan cómoda que las bolsas volvieron al suelo, mis palmas se pegaron a la tela de su camiseta y apoyé la cara contra su pecho. Me habría encantado poder hacer exactamente eso con Víctor, pero las cosas siempre se torcían en el momento menos esperado.

Y estaba empezando a pensar que el destino no nos tenía reservado un final feliz a los dos.

—Te voy a dar un consejo que espero que nunca uses contra mí —comentó, apoyando la barbilla sobre mi cabeza—. La gran mayoría de hombres no saben lo que quieren hasta que lo pierden. No sé si Víctor es de este tipo, pero apostarí a que sí. Le he conocido muchas novias en estos años, pero nunca me había pegado por tratar de levantarle a alguna. Por norma general siempre le hacía gracia que intentara ligar con ellas. Supongo que pensó que contigo se sentiría igual. Pero no ha sido así...

Sí, un gran descubrimiento. Que Víctor no llevaba bien que yo pudiera acabar en la cama con su amigo no era del tipo de noticias que una revista podía publicar en la portada con la etiqueta de exclusiva. Tampoco me estaba descubriendo la pólvora al decirme que los hombres lloran sólo cuando se dan cuenta de que han perdido lo que querían. Había usado esa estrategia con Víctor no apareciendo por casa durante una semana, y había sido yo la que me había visto otra vez llorando sin entender nada.

—Con Víctor no funciona...

—Vamos dentro, pequeña. A ver si te crees que los arrebatos de ese tío no están producidos por un enamoramiento que aún no está dispuesto a reconocer. Además, no me fio de que no regrese ahora mismo a buscarte y pueda pegarme otra paliza si nos encuentra abrazados.

Me condujo hasta el interior de mi propia casa como si yo fuera la invitada. Recogió las bolsas, me abrió paso, y cerró la puerta tras nosotros.

—Mientras te preparo un café vas a saciar mi curiosidad. ¿Por qué no estás con él ahora?

En mi cabeza daba vueltas la idea de que Víctor estaba enamorado aunque se resistía a decírmelo. Era agradable entender que no era la única que tenía esa sensación. Que Oziel tuviera la misma corazonada hacía que el aire pesara menos en los pulmones cuando entraba, y que luego

cuando salía doliera menos el pecho.

—No le ha gustado nada que me hayas comprado ropa interior.

—Muy típico de un hombre inteligente que sabe y comprende que te hacían falta bragas —comentó él, sacando la cafetera del armario y buscando el tarro de café por la encimera de la cocina—. Lo que hace que cobre fuerza mi idea. Está loco por ti pero se le nubla la cabeza por ese mismo motivo. Vas a tener que explicarme cómo conseguiste que se lanzara, porque viendo lo mucho que te protegía hasta hace nada parece de película de ciencia ficción que se haya atrevido a ponerte un dedo encima.

Llevé las bolsas a mi dormitorio, guardé la ropa en los cajones volviendo a llenar el que estaba vacío con la lencería nueva, y escondí en una caja en el fondo de un estante el conjunto que había provocado la ira del arquitecto. No quería ni pensar en lo que podría pensar mi madre si lo encontraba en mi poder.

—Si ya no estamos jugando prefiero no responder a esa pregunta —comenté al volver a la cocina, sacando de la alacena un par de tazas. Oziel ya tenía la leche en una pequeña jarra y la estaba calentando en el microondas—. Y Víctor no se ha enfadado por las bragas, sino por el maldito encaje negro del que te encaprichaste.

—Una pieza muy sugerente... que imagino que habrá provocado en él el mismo efecto que en mí.

—¿Ira?

—Deseo...

La palabra “*deseo*” pronunciada por sus labios me estremeció. Era como si lanzara un conjuro sobre mis terminaciones nerviosas para que hasta la ropa que rozaba mi piel la sintiera como sus dedos despojándome, precisamente, de la condenada prenda. El diablo mismo me decía que Víctor se había excitado y enfurecido a la vez pensando en rasgar el encaje para poder llevarse mi piel a la boca, y que también estaría dispuesto a hacerlo si le surgía la oportunidad.

—No me deseaba mientras me preguntaba por qué te había permitido regalarme eso.

—¿Y no le respondiste que a mí es difícil prohibirme algo?

—No te conozco tanto...

—Él sí, y ha provocado esta discusión sabiendo que aunque no hubieras querido la lencería habría acabado comprándola y metiéndola en tu cuarto. O ya no razona cuando se trata de ti o necesitaba una excusa para pelearse con alguien además de conmigo.

Nos tomamos el café de pie, en la cocina, como habíamos hecho esa mañana en el desayuno. De vez en cuando nos mirábamos a los ojos como si quisiéramos leerle el pensamiento al otro, pero no dijimos mucho más mientras nos duró el brebaje. A Oziel le gustaba el café fuerte y sospeché que esa noche me iba a costar dormir por culpa de eso. Iba a tener que comprar descafeinado para mí...

—¿Por qué iba a querer discutir conmigo si lo que quería era llevarme con él a vuestro piso?

—Porque, aunque sabe lo que quiere, no le está gustando darse cuenta de que no puede vivir sin lo que quiere. Eso le asusta.

Era bonito pensar así, pero no me terminaba de convencer una idea tan agradable. Era de espíritu pesimista. “Si algo puede salir mal, saldrá mal” rezaba la Ley de Murphy. Y si Víctor se estaba enamorando de mí había miles de cosas que podían dar al traste con ese sentimiento.

“Yo, por ejemplo. Que en vez de acompañarlo había vuelto a casa, donde él prefería que no pasara la noche”.

Me encantaba boicotearme a mí misma.

—No creo que Víctor esté asustado...

—Tú no le viste la cara cuando aparecí por la puerta de tu alcoba. Se puso delante de ti, protegiéndote. Y, por descontado, estaba asustado. Ese sentimiento de responsabilidad hacia ti lo tiene que estar matando.

Como tantas otras veces volví a sentir lástima por Víctor. No tenía la culpa de que yo me hubiera empeñado en que pasara algo entre los dos. Si hacía tiempo que él se había fijado en mí eso era un misterio. Sólo sabía que se había apartado bastante al cumplir yo la mayoría de edad, y que, a pesar de todo, siempre había estado ahí cuando lo había necesitado.

Dejamos las tazas en el fregadero y Oziel hizo los honores, recordando que en aquella casa no había lavavajillas. No le vi muy suelto con el estropajo pero imaginé que en aquella cocina se habían visto sacrilegios mayores a usar casi medio bote de detergente para dos simples tazas. Cualquier comida de mi madre preparada en todos los años que llevábamos viviendo en la casa era un claro ejemplo de ese sacrilegio.

—La próxima vez friego yo...

Oziel me guiñó un ojo, dejó secando las tazas, y se apoyó contra la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No quería que te quedaras aquí conmigo, pero al final tal vez cambió de opinión y tampoco le gustó la idea de llevarte al piso y que empezaran a sospechar sus padres. Y seguramente ahora está dándose de cabezazos contra el volante del coche pensando en que te estarás poniendo ese conjunto de ropa interior para mí.

—Víctor sabe que no me interesas —respondí, tratando de parecer de lo más convincente al decirlo—. Lo más horrible es que él se imagina lo que siento por él.

—Ya, y por eso a mí me ha pegado en dos ocasiones desde que estáis juntos.

—La primera vez no estábamos juntos.

—Mejor me lo pones...

“Es más, ahora tampoco lo estamos. Víctor me lo acaba de dejar meridianamente claro”.

—Me queda claro que está celoso, lo que no sé es por qué —terminé diciendo, en vez de confesarle que Víctor casi me había rechazado al decirme que no sabía en qué punto estábamos. Era demasiado vergonzoso reconocerlo en voz alta.

“Y claro, que nos pillara a los dos desnudos en mi habitación no lo es”.

—Bueno, pues entiendo que sólo nos queda una opción para entender a qué juega Víctor...

Arqué una ceja. Sabía que no hacía falta pedirle que siguiera hablando. Ya había cogido impulso y la sonrisa perversa había vuelto a sus labios.

—Vamos a volver a cambiar las reglas del juego.

Tercera parte.

La polla que no estaba

Me repetí durante todo el trayecto que no era una buena idea. Me lo seguí repitiendo mientras Oziel trataba de convencerme de lo contrario, y mientras metía el coche en el aparcamiento del edificio donde tenía el piso conjunto con Víctor.

Y mientras subimos en el ascensor, sin saber hacia dónde mirar por la vergüenza que sentía.

“No, no es para nada una buena idea”.

—Hombre, por fin lo coges —espetó Oziel, a modo de saludo, a su interlocutor al otro lado del teléfono móvil—. Creí que tendría que presentarme en casa sin que supieras que voy a aparecer.

Los ojos se me fueron a salir de las órbitas de tanto que se me abrieron los párpados. ¿Cómo era posible que Oziel estuviera avisando a Víctor de que íbamos llegando? ¿Y cómo su teléfono móvil tenía cobertura en el ascensor? El mío se excusaba con el dichoso mensaje de “el teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos” en cuanto un par de muros separaban la calle y el aparato.

“Voy a tener que pedir uno mejor para mi cumpleaños”.

—Digas lo que digas voy a entrar por esa puerta, aunque primero te daré la oportunidad de abrirla tú mismo tocando al timbre.

No podía escuchar nada de lo que respondía Víctor, pero imagino que aunque tratara de no gritar para que no se enterara su familia el tono no tenía que ser nada amistoso.

—¿Y dónde estás?

Lo miré con curiosidad. Ninguno de los dos esperaba que el arquitecto no hubiera ido directamente a su casa después de nuestra discusión en la calle. Estando su familia en la ciudad ya bastante raro era que hubiera ido a trabajar por la mañana y que por la tarde hubiera encontrado la manera de escaparse para ir a verme a casa.

“Para acostarse conmigo...”

Casi no podía creer que hubiera vuelto a ocurrir, y que acabara tan mal como la primera vez. Y con mal no me refería a que no me hubiese gustado tenerlo dentro, llenándome sin ningún tipo de pudor con su carne tibia y ardiente. No había nada en este mundo que me gustara más que sentir a Víctor excitado a punto de penetrarme, con sus labios entreabiertos junto a los míos, gimiendo y jadeando.

El problema se presentaba siempre cuando volvía a ponerse los pantalones.

—Pues estamos delante de la puerta del piso.

¿Dónde podía estar Víctor a esas horas?

Empecé a pensar que aquella idea iba a desencadenar en una mucho más funesta si cabía, y que el cerebro de Oziel, maquinando sobre la marcha, haría que la noche fuera a transformarse en un infierno. Ya bastante malo había sido que me dejara convencer por el abogado para presentarnos a cenar con la familia de Víctor —y con Víctor, por supuesto— como para que ahora hubiera que ir a buscarlo, o presentarnos en el restaurante donde se encontraran cenando.

—Sí, estamos. Bea está aquí conmigo.

Temblé. Por fin había preguntado por mí. ¿Con qué tono lo habría hecho? Esperanzado, asqueado... Me dolía mucho no entender lo que verdaderamente se le pasaba por la cabeza, porque estaba claro que había más de lo que exteriorizaba en verdad. Me daba miedo seguir imaginándomelo yo por mi cuenta, porque cada excusa que encontraba era peor que la anterior.

—Pues trae comida para nosotros dos también.

¡Había salido de casa con la excusa de ir a comprar las cosas para la cena! Y en vez de ir directamente a un restaurante, o a un supermercado si tenía pensado cocinar, se había desviado hasta mi cama para asegurarse de que no pudiera dormir esa noche.

“Nunca volveré a dormir igual en mi cama”.

—Y no tardes. Que servir de saco de boxeo me abre el apetito.

Oziel colgó el teléfono y me miró con una radiante sonrisa dibujada en el rostro. Había hecho el primer movimiento y parecía que había obtenido el resultado esperado. Y yo me preguntaba si no era otro que crisar los nervios de Víctor, estuviera donde estuviese, dejándolo con la necesidad de salir corriendo hasta el piso para poder ponernos las manos encima a los dos.

¿O no se atrevería a decir nada delante de su familia?

Sin intercambiar ninguna palabra conmigo el abogado tocó al timbre de su propia casa y esperó a mi lado, con aire resuelto. Se había vuelto a vestir con una camisa y un pantalón de pinzas, bastante más informal que en la mañana, pero que le sentaba igual de bien. Me miró y sonrió, y me dio un pequeño empujón con el hombro a modo de gesto de complicidad. Yo me estremecí al darme cuenta de lo que estábamos a punto de hacer. No había tenido tiempo de plantearme todos los motivos por los que sabía que aquello no era una buena idea, pero estaba convencida de que cualquier cosa en aquel plan de Oziel podía hacer que se fuera al traste.

“En su plan no; en su juego”.

Cuando sintió que se acercaba alguien a la puerta recobró un poco la compostura y, por fin, rodeó mis hombros con su brazo, dejando la mano aferrada a mi brazo.

Y yo dejé que lo hiciera.

La puerta se abrió y apareció Laura al otro lado. Y un poco más tarde sus padres, que seguramente habían pensado que era Víctor el que llegaba con la comida.

Los dos nos miraron con la boca abierta, sin creerse el gesto que nos mantenía unidos. Para afianzarme en Oziel llevé mi mano hasta la suya, y él entrelazó sus dedos con los míos.

Laura fue la única que sonrió.

—Nos apuntamos a la cena...

Cuarta parte.

La polla que no llegó a tiempo

Laura nos arrastró a Oziel y a mí al interior del piso como si ella fuera la dueña y no el que se hacía pasar por mi novio. Nos explicó que Víctor había ido a buscar la cena y que por el tiempo que llevaba fuera tenía que estar cazando algo en vez de comprando. Me habría gustado decirle que era verdad que había estado de caza, pero de una caza diferente a la que se imaginaba.

“Y yo me dejé cazar...”

Los padres de Laura no nos quitaron los ojos de encima. Se habían dado por muy enterados del gesto que había tenido Oziel y poco les faltó para que se lanzaran a por el teléfono para informar a mis padres. Supongo que primero querían recabar más información sobre lo que había entre el amigo de su hijo y yo para hablar con ellos, por si resultaba que no estaban al tanto de mi supuesta situación sentimental.

Pero estaba convencida de que aquella misma noche llamarían.

Y estaba más que segura de que después mi madre saldría corriendo para llegar a casa lo antes posible. Pensé que Oziel debía ir buscando una habitación de hotel, porque dudaba que no lo fueran a poner de patitas en la calle.

“La que se me viene encima...”

Pero Oziel seguía tan resuelto como siempre, con una sonrisa perenne en los labios, como si estuviera acostumbrado a ir diciendo por ahí a todos los padres que salía con su hija, diez años menor.

“Pero ellos no son mis padres. Tal vez le tiemble el pulso cuando tuviera que enfrentarse a ellos”.

Aunque lo dudaba. Y más sabiendo que no se jugaba tampoco nada porque era todo una pantomima. Parte de su juego, algo que le divertía. Probablemente si se estuviera jugando realmente el beneplácito de los padres de una chica de la que estuviese enamorado al menos le fallaría algo la voz al hablar con ellos.

—¿Y desde cuando estáis... los dos... así? Me refiero a juntos, claro—. Al que sí le temblaba la voz era a Raúl, que no sabía cómo plantear mejor la pregunta sin parecer que le iba la vida en conseguir información.

Y como me había pedido Oziel, le cedí el honor de ser él quien diera las respuestas. Desde cualquier punto de vista sabía que sería mucho más convincente que yo. Mi papel aquella noche debía ceñirse a asentir con la cabeza a todo lo que él dijera, poniendo ojillos de enamorada, y de vez en cuando teniendo algún gesto cariñoso con él para hacerlo todo más plausible.

—No tienes que besarme si no quieres —había comentado mientras me explicaba su plan en casa—. Pero desde luego le darías mucho más realismo.

Y diciéndolo me había guiñado un ojo, sin perder en ningún momento la sonrisa.

“Caerás cuando yo quiera... o cuando tengas que meterte en el papel de mi novia”.

Me ruboricé antes de sentir rabia. Habría sido mucho más fácil no estar enamorada de Víctor para poder sucumbir sin tantos problemas a la necesidad que sentía mi cuerpo de hacerle algo de caso al abogado.

—Pues no llevamos demasiado. En verdad creo que la primera vez que le puse los ojos encima fue tras la graduación, empezando el verano. Tampoco es que llevemos demasiado tiempo

saliendo. No se lo hemos contado a nadie.

Laura dio fe de eso ya que me miraba entre enfurecida y extasiada por la noticia. En sus ojos flotaba la promesa de un largo interrogatorio en cuanto se nos concediera algo de intimidad. Se sentía engañada por no habérselo contado cuando me preguntó directamente en el restaurante, y todavía no tenía preparado ningún discurso para poder convencerla. Lo único que se me ocurría era excusarme diciendo que no queríamos que nadie se enterara, ya que sabíamos que muchos iban a poner más de una pega por la diferencia de edad entre ambos. Aun así, probablemente se enfadaría por la falta de confianza, aunque esperaba que si empezaba a desvelarle datos morbosos —ingeniosamente inventados— se le pasaría la rabieta.

—Tampoco había demasiado que contar —comenté yo, tratando de no parecer muy pelele al lado de Oziel. No creía que dar la apariencia de ser una chica dominada por un hombre mayor fuera a jugar a nuestro favor—. Un par de citas nada más. No era cuestión de estar gritándolo a los cuatro vientos.

Le cogí de la mano al decirlo, sentada a su lado en el sofá del salón. Oziel la apretó para infundirme valor, como dando a entender que aprobaba mi intervención.

—Lo habríamos dicho en el cumpleaños de Víctor, pero le habríamos quitado el protagonismo. Y ya sabemos todos lo susceptible que puede llegar a ser, y más ahora que se está haciendo viejo.

—Igual de viejo que tú, ¿no? —La madre de Laura no pudo contenerse en ese momento, dando a entender que sabía perfectamente la edad que tenía Oziel, y que no era ningún niño. Supongo que era la forma más suave que encontró para dejar claro que tampoco era ningún niño, y que me sacaba una buena cantidad de años.

—Yo los llevo mejor —tuvo la desfachatez de decir, precisamente a la madre de su mejor amigo—. Víctor lleva siendo demasiado tiempo adulto. Yo acabo de salir del cascarón de la casa de mis padres...

Era cierto que entre ambos se notaba mucho la diferencia de responsabilidades. Víctor siempre se había mostrado mucho más serio que Oziel, aunque era cierto que a Oziel lo estaba conociendo en ese momento poco a poco. El abogado tenía mucho menos sentido de la responsabilidad, probablemente porque nunca había tenido que plantearse vivir alejado de su familia, viviendo precariamente con el poco dinero que podían mandarles sus padres o dejarle los míos, y teniendo que hacer de niñera de una chiquilla durante unos cuantos años.

“Es completamente normal que no sea capaz de besarme sin sentir remordimientos...”

—En nada Víctor os sorprende casándose y creando una familia...

Me atraganté con la cola que me había servido Laura. No estaba segura de que ese método que estaba utilizando Oziel fuera de lo más efectivo, pero una vez había empezado a girar la rueda lo complicado iba a ser pararla. Y al abogado le quedaba cuerda para rato.

—Que yo sepa Víctor no tiene novia —comentó Laura, arrebatándome mi lata de refresco para compartirla, como siempre hacíamos para ahorrar algo de dinero para las palomitas del cine.

—Yo ahora mismo sé que sale con alguien, pero no me ha dicho aún si va en serio o no...

Sin duda alguna era el dato que a la madre de Laura la hizo reaccionar. Sabía por Víctor que nunca le nombraba a sus padres a las chicas con las que salía —con las que se acostaba, más bien — imagino que precisamente porque le duraban una semana, lo que tardaba en pasársele el calentón. Que hubiera una mujer en la vida de su hijo ilusionó a la pobre mujer, que seguramente interrogaría a Víctor nada más cruzar la puerta y dejar las bolsas de la compra en la cocina.

Tenía todavía los dedos entrelazados con los de Oziel cuando la puerta se abrió de pronto y la

figura de Víctor se personó bajo el dintel de la entrada. Y creo que fue lo que primero vio el arquitecto, las dos manos unidas sobre mi muslo, porque el gesto de enfado con el que nos miró a los dos denotaba a la perfección que la discusión entre los tres iba a durar horas...

O tal vez no volviera a hablarnos en la vida.

Quinta parte.

La polla que no supo qué decir

Me obligué a no retirar la mano. Eso y que Oziel la asió con más fuerza para que no pudiera echarme atrás precisamente en ese momento hizo que Víctor tuviera una buena perspectiva de ellas.

Lo que hizo que le cambiara la cara durante unos segundos.

—¿Tú lo sabías?

Laura lo asaltó medio segundo después, cuando todavía no había podido dejar de mirarnos las manos. Tuvo que repetir la pregunta porque se había quedado petrificado, con unas bolsas de comida china colgadas de ambos brazos, como si fuera un repartidor que estuviera esperando que le pagaran en la puerta. Sólo le faltaba el casco de la moto para dar el pego.

Aunque estaba demasiado atractivo como para estar trabajando de repartidor.

—¿El qué? —consiguió preguntar Víctor un momento después, despegando la vista de donde la tenía clavada para mirar a su hermana.

—¿Qué están juntos! ¿Qué va a ser?

—¿Quién?

La cara de lelo del pobre arquitecto era para retratar y usarla para enviar algún tipo de felicitación navideña en plan “*espero que se te quede esta cara cuando abras mi regalo*”. Miró a Laura y a mí alternativamente, sin creerse el mensaje que le estaba llegando.

—¡Ellos! Chico, pareces tonto...

Miró a Oziel, luego a mí, y por último nuestras manos entrelazadas sobre mi muslo. Temí que se le cayeran las bolsas al suelo y se llenara todo el parquet de salsa agridulce.

—¿Ellos?

La cara seguía siendo de pasmo. Tal vez por un momento pensó que acabábamos de desvelar que él y yo manteníamos algo a lo que todavía no le podíamos poner nombre —aunque por la última conversación daba la sensación de que iba a quedar catalogada como “follamiga”—. Aquel “ellos” había sonado con cierto dolor.

Le dolía lo que Oziel había maquinado.

El juego de Oziel...

Que no era otro que aparentar ser mi novio para estudiar las reacciones de mis padres y luego trabajar en base a ellas. Y ya, de paso, la de los suyos. Según me había explicado el abogado una terapia de choque podía abrirle los ojos tanto a ellos como a Víctor, haciendo que tuviera más confianza en sí mismo para enfrentarse a los reproches. Había comentado que si se mostraba como un novio nada adecuado para mí, pero muy decidido a llevar la relación adelante, probablemente tanto a sus padres como a los míos les agradara luego que prefiriera estar con Víctor.

—Imagínate. Cualquier opción va a ser mejor que la de que salgas conmigo. Incluso Víctor podrá hacer su entrada triunfal en plan caballero andante, rescatando a la doncella en apuros del canalla que lo único que quiere es aprovecharse de ella. No va a poder resistirse...

—¿Y qué vas a ganar tú con todo esto?

—Divertirme... Y tal vez te robe algún que otro beso. Espero que ese novio tuyo no me vuelva a romper la nariz, que mi médico dice que no va a quedar tan bien la próxima vez que reciba un directo como ese.

Jugar. Molestar a Víctor. Tentarme a mí...

¿Por qué este hombre tenía que ser tan perverso? Me dolía reconocerlo, pero sería fácil que me hiciera caer en sus redes si se lo proponía.

Y si Víctor no intentaba pararle los pies.

No pudo responder a la pregunta de su hermana. Caminó con paso raudo hasta la cocina y allí se deshizo de las bolsas. Su madre corrió tras él, imagino que más para interrogarle que para ayudarle con la cena. Mientras, el padre de Laura ni se despegó del sofá ni nos quitó los ojos de encima. La única que parecía feliz era Laura, porque yo estaba tan tensa con la llegada de Víctor que me había olvidado hasta de respirar.

Y Oziel... Él también estaba en su salsa.

Aunque Raúl estaba pensando que esa salsa había que ponerla a hervir a fuego fuerte, a ver si se le escaldaban las partes nobles y se le quitaban las ganas de seguir metiéndose bajo mi falda.

—Chicas, ¿queréis ir a ayudar en la cocina a servir la mesa?

Una forma elegante de pedir quedarse a solas con el abogado. Miré a Oziel con terror, pero se le veía tan tranquilo que no me quedó duda de que estaba seguro de lo que estaba haciendo. Soltó mi mano, me dio una palmadita en el muslo y luego depositó un beso en mi mejilla.

—Venga, caramelito. En verdad ya empiezo a sentir un poco de hambre...

La palabra “*hambre*” y el apelativo “*caramelito*” pusieron en guardia a Raúl, que fulminó con la mirada a Oziel y me miró con cara de querer preguntar “¿pero tú te das cuenta de lo único que quiere este impresentable?” Era amigo de su hijo y siempre se habían caído muy bien, por lo que tenía entendido, pero había pasado a estar en su lista negra en tan solo unos minutos. Si le quedaba alguna duda de lo que iba a preguntarle estando a solas con el abogado ahora no le quedaba ninguna.

—¿Vamos? —le pregunté a Laura, levantándome para dejar libre el espacio que separaba a su padre y a Oziel. El ambiente se había enrarecido en el salón. Si se iban a pegar era mejor no estar en medio.

Y Oziel disfrutaba mucho con aquellos enfrentamientos...

Laura también se levantó y me siguió de camino a la cocina, dejando intimidad para aquella pelea de gallos. Supuse que también había entendido lo que se avecinaba entre su padre y mi supuesto novio y no tenía ninguna necesidad de presenciarlo.

Chica lista...

Últimamente a Oziel le daba por enfrentarse a todo el mundo. Un día ese juego le iba a costar más de una fractura de costillas. Pero no llegamos a entrar en la cocina. Laura me detuvo justo en la puerta, donde ni una pareja —su padre y Oziel— ni la otra —su madre y Víctor— podía escucharnos.

—¿Por qué no me lo contaste?

Era una de las cosas que había ido preparando en el coche de camino a la cena. Sabía que Laura no perdería la ocasión y que preguntaría a la primera de cambio. No tenía todas las respuestas para el largo interrogatorio que seguro me tenía preparado, pero para aquella sí había logrado una bastante convincente.

—¡Laura! ¿Crees que no quería? Pero date cuenta de nuestra situación. ¡Me saca diez años! Ya has visto cómo nos han mirado tus padres. ¡No lo han aceptado en absoluto! La idea era mantenerlo el mayor tiempo posible en secreto. Pero Oziel no ha querido continuar con la farsa. Estaba cansado de andar escondiéndose. Hoy me dijo que le daba igual lo que fueran a pensar todos, que era un adulto responsable y que si alguien tenía algo que decir a que saliera conmigo

mejor que se lo dijera ya a la cara.

Las frases salieron en escopetazo de mi boca, atropellándose las unas a las otras, como si el decir las rápidamente no fuera a darle tiempo a Laura para reaccionar y seguir preguntando.

—¡Pero yo no te iba a juzgar! Me alegro mucho por ti.

Seguía envidiando esa capacidad de mi amiga de exclamar y susurrar al mismo tiempo. A mí no me salía nada bien.

—Y te lo iba a contar en cuanto pudiésemos tener un ratillo a solas. Mañana, por ejemplo, si quedábamos al final para el almuerzo. Pero delante de tus padres o los míos me daba corte, por no decirte delante de Oziel. Siempre tengo la sensación de comportarme como una cría a su lado. ¡Y cuchichear es de crías!

—Pues si no va a aceptarte con la edad que tienes no creo que vaya a salir bien, Bea.

—Sí que me acepta —me apresuré a corregirla—. Soy yo la que me siento rara. Cuando estamos solos la cosa cambia, pero con gente alrededor siempre estoy temiendo meter la pata y quedar en ridículo...

“Y que él lo viera”.

En verdad eso era exactamente lo que me pasaba con Víctor, pero estaba claro que mi amiga no estaba aún preparada para saber la verdad... ni yo para decirla.

Porque decir que simplemente me acostaba con su hermano no era agradable.

“Sí, Laura. Yo creo que estoy enamorada, pero como él sólo me usa cuando tiene un calentón tal vez lo que yo sienta sea lo mismo. ¿Quién lo sabe? Después de todo es la primera vez que me acuesto con alguien, y tal vez sea esa la sensación y me tiene confundida”.

—Y ahora... ¿qué?

—Ahora esta señorita me va a explicar desde cuando sale con Oziel a mis espaldas —dijo Víctor, detrás de mí, con un envase de arroz tres delicias en la mano.

Sexta parte.

La polla que echó al resto

—Necesito hablar a solas con Bea, por favor.

Laura pensaría que no le quedaban muchos sitios donde meterse, ya que del salón nos acababa de echar su padre, y de la cocina la estaba echando ahora Víctor. Su madre lo miró, asombrada, ya que no se esperaba que Víctor también se fuera a poner de parte de ellos a la hora de echarme la bronca por haber iniciado una relación con Oziel.

Imaginé lo que estaría pensando su madre mientras decidía si en verdad abandonaba la cocina.

“Aunque sea Oziel no es nada apropiado para ella. ¡Es muy joven! Espero que Víctor la haga entrar en razón. Será su amigo, pero ella es como de la familia. ¡Es asombroso que él tampoco supiera nada de nada!”

— Espero que a ti te haga caso —logré escucharla decirle a Víctor antes de asentir y llevarse un trozo de pan chino a la boca.

Cedió y abandonó la cocina de la mano de Laura, convencida de que la conversación con su hijo iba a resultar más provechosa para mí que todas sus miradas reprobatorias. Probablemente aprovecharía el momento para llamara a mi madre y preguntarle si estaba al tanto de lo que estaba haciendo yo con mi vida.

Víctor fue hacia la puerta y la cerró tras de sí. Se apoyó en ella y me lanzó una mirada tan amenazante que fue como si me hubiera golpeado con ella pese a los tres metros que había entre nosotros. Permanecí quieta, junto a la mesa, con el estómago contraído de los nervios, pensando en si era bueno que aparentara naturalidad y me llevara un trozo de pan también a la boca.

Aunque lo que me apetecía llevarme a los míos eran los labios de Víctor...

Tenso, serio, imponente.

Pocas veces me había intimidado tanto.

—¿A qué estás jugando?

—Ojalá lo supiera...

Probablemente no tendría que haber contestado, pero estaba enamorada y me costaba horrores permanecer en silencio cuando de hablar con Víctor se trataba.

—¿Prefieres estar con Oziel a estar conmigo?

Consiguió que se me erizara todo el pelo del cuerpo. Si hubiera estado más cerca probablemente habría acabado abofeteándolo.

—¿Te atreves a decir eso cuando sabes perfectamente lo que siento por ti?

Mantuvo silencio, como si se avergonzara de su pregunta. Al final se comportaba de la misma forma en la que lo hacía yo. Estaba confundido y probablemente asustado, pero no le podía permitir que me amedrentara con sus preguntas. Oziel tenía un plan y no me quedaba más remedio que pensar que era mucho mejor que el mío.

Porque el mío sólo conseguía que tuviéramos sexo de vez en cuando.

Y estaba dispuesta a probar cualquier cosa.

Peor no iba a ir...

—¿Estás con él o no?

—Eres tonto...

Fue a dar un paso pero se contuvo. Imagino que no se fió demasiado de lo que podría pasar si llegaba a notar el calor de mi cuerpo, y no tener la puerta bajo supervisión era un peligro.

Fui a dar un paso... y me contuve también.

Víctor necesitaba un escarmiento.

Me hizo sentir bien saber que estaba celoso, que seguramente tenía ganas de salir al salón y partirle la cara a Oziel. Eso, si no lo había hecho ya su padre por él. Que Oziel parecía que disfrutaba comprando boletos en todos los establecimientos que veía abiertos en los que se rifaban bofetones a medida que pasaba. Aún no se había escuchado ningún ruido sospechoso en el salón, pero eso no indicaba que no estuvieran discutiendo con toda la calma de la que podían ser capaces para no llamar demasiado la atención.

—Escúchame, Víctor. Tú no sabes lo que nosotros tenemos, y yo no sé lo que tengo con Oziel. Pero mientras tú no tienes el coraje de echarle narices a esto ahí fuera está tu amigo, dando la cara, demostrándote que sí se puede. Probablemente pienses que como él no es parte de la familia no tiene nada que perder y tampoco decepcionará a nadie, pero sea como sea tiene tu misma edad, me ha cogido de la mano y me ha traído aquí como si fuera su novia. Y ya te ha soportado dos peleas en los últimos meses. No tenía necesidad de recibir una tercera...

—Oziel está jugando contigo...

—Igual que tú.

Le dolió. Y, por una vez, a mí no me dolió hacerle daño.

Sabía que no era del todo cierto y que había diferencias importantes entre los dos, pero mientras le pusiera las cosas fáciles a Víctor nada iba a cambiar. En una de esas frases que recordaba haber escuchado en clases encontré la respuesta.

“Si quieres resultados diferentes no hagas siempre lo mismo”.

Y ya había llegado la hora de dejar de preocuparme por Víctor. Él sabía cuidarse solito. Era mucho más adulto que yo según todos los reunidos a la mesa para opinar sobre el tema. Y ese era exactamente el problema, que era un adulto y a mí me seguían considerando una niña.

Había llegado el momento de pensar en mí y en lo que quería.

—Precisamente lo que estoy tratando es de no jugar contigo. Ojalá fuera sencillo alejarme de ti.

—Pues espero que te des cuenta de que lo que quiero es que no te alejes. Oziel va a demostrarte que es peor lo que te imaginas que lo que va a pasar en realidad. Y yo te voy a demostrar también que mis padres y los tuyos sobrevivirán al hecho de que me haga mayor, desee a un hombre mayor, y pueda ser deseada por un hombre que me saca diez años.

Quise decir amar, pero era mejor no usar esa palabra de momento. Desear quedaba mucho más realista ahora que ya habíamos compartido dos camas como desesperados.

—Tus padres van a preferir a Oziel.

—¿Por qué piensas eso? ¡No sabes el cariño que te tienen!

—Precisamente por eso. No me verán adecuado para ti. Soy como de la familia. Y Oziel es un buen partido.

—¿Estás insinuando que te parece bien?

No podía ser verdad. ¿No iba a decir nada? ¿No iba a luchar? ¿No me iba a dar un beso y a rogarme que olvidara a Oziel? ¿No iba a tomarme de la mano y a decirle a sus padres que el que salía conmigo era él?

“Nadie dijo que fuera a ser fácil...”

Al final iba a tener que aprender a jugar...

Llegué hasta Víctor hecha una furia. Tres zancadas y ya daba igual que hubiera pretendido aparentar serenidad unos minutos antes.

Con Víctor no me funcionaba.

Séptima parte.

Bea 1, Polla 0

—Esta noche, cuando te vayas a la cama, recuerda que hace un par de horas me follaste. Y no fui yo la que vino a buscarte. Me deseabas... Y me deseas.

Me dio igual. Lo agarré de las solapas de la camisa y tiré de él para acercarlo a mi boca. Era la primera vez que tomaba yo la iniciativa para robarle un beso. Se dejó hacer y nuestros labios se estamparon con toda la fuerza que pude imprimirle a aquel tirón de cuello. Jugué con su lengua, envolviéndola, y por unos segundos fui la dueña de mi destino... y del de Víctor.

Tan pronto lo besé, tan pronto dejé de hacerlo.

Aunque necesitara mucho más de él no era ni el momento ni el lugar para reclamarlo como mío. Fuera esperaban sus padres a que yo hubiese entrado en razón tras la charla del arquitecto. A todas luces el que había sido mi cuidador durante años era el mejor candidato para abrirme los ojos y hacerme ver la locura que estaba cometiendo al liarme con Oziel.

Gemí al retirar mis labios.

Él hizo lo mismo, casi tratando de volver a apresarlos.

Miré a Víctor soltándolo del cuello de la camisa. Supe que estaba excitado, que el hecho de haberle recordado que hasta hacía nada su cuerpo se había adueñado del mío, desnudos ambos, había hecho que su polla reaccionara. Tendría que volver a dominar su cuerpo antes de salir por la puerta de la cocina, y a mí se me ocurrían mil formas diferentes de hacer que su ánimo siguiera creciendo...

También yo estaba excitada.

—No sé lo que piensas hacer tú, pero yo voy a demostrarme a mí misma que puedo salir con alguien mayor que yo sin que mis padres me encierren en mi cuarto y tiren la llave por la ventana. Creo que el plan de Oziel es ser tan pésimo novio para mí que mis padres y los tuyos respiren aliviados cuando por fin me deshaga de él y decida salir contigo.

Víctor me sujetó de las caderas y atrajo mi cuerpo contra el suyo. Seguía apoyado contra la puerta, con la camisa mal colocada sobre el torso y la mirada clavada en mis labios. Deseaba volver a besarme y no estaba segura de ser capaz de evitarlo si se lo proponía.

—No quiero que tus padres se enfaden contigo por mi culpa, Bea...

—No es tu culpa. Aquí nos hemos metido los dos, y más tú con mi ayuda que yo con la tuya —le recordé, aunque tenía bastante claro que él no podría olvidarse de todas las situaciones comprometidas en las que lo había metido antes de que por fin se decidiera a quitarme la ropa del cuerpo—. Y mis padres se enfadarán un tiempo y luego entenderán que no pueden decidir en esto. Cometeré mis propios errores, y si van a pensar que esto es un error mala suerte para ellos. Tú no eres un error mío.

—Sí lo soy —respondió, apoyando mi cabeza contra su pecho, como cuando me consolaba siendo una cría—. Nunca he conservado a una chica a mi lado más de dos semanas. No sé estar en pareja.

—¡Mira qué casualidad! Yo tampoco suelo durar mucho con nadie...

Lo dije tratando de no darle importancia a la confesión de Víctor. Si iba a tener también que enfrentarme a eso necesitaba pensar en ello. Ya había demasiadas cosas en contra para que también Víctor se considerara poco válido para tener una pareja estable. Con la diferencia de

edad y el qué dirán de mis padres y los suyos ya tenía bastantes quebraderos de cabeza.

—No espero que tomes una decisión ahora. Sólo espero que no te niegues a tomarla nunca.

—Pero vas a salir a ese salón y le vas a dar la mano a Oziel, ¿no es cierto?

Escuché su corazón acelerarse debajo de la camisa.

—Esa es la idea...

—Pues no esperes que te alabe el gusto. Me parece un plan horrible. Oziel está jugando con todo el mundo y la primera que va a sufrir eres tú.

—Para que me hiciera sufrir tendría que importarme.

—¡Mírate, Bea! Sí te importa. Todavía no te has dado cuenta... pero Oziel te importa.

“El único que me importa eres tú... pero no quieres reconocerlo”.

No tenía sentido darle más vueltas. Hasta casi podía ser mejor que pensara que en verdad sentía algo por Oziel. Era exasperante no poder abrirle los ojos a alguien que no quería ver, y Víctor se había cerrado en banda a mirar.

“Tiene miedo, por ti y por él. Tenías que haberle visto la cara cuando estaba delante de ti y pensaba que yo era tu padre”.

El abogado iba a tener razón. Víctor continuaría buscando excusas hasta que se viera obligado a tener que tomar una determinación, y si cuando llegara el momento no se decantaba la balanza a mi favor tampoco lo habría hecho antes. No tenía nada que perder a esas alturas de la película. Y siempre podría disfrutar de la sensación de sentirme deseada al menos por uno de los dos hombres que habitaban aquella casa.

Aunque fuese del equivocado...

—Ya que tú no quieres darme una oportunidad voy a probar si lo que dices es verdad. ¡Total, no pierdo nada! Tal vez descubra que es verdad... y Oziel me importa.

Nuevo golpe directo al estómago. Víctor se dobló sobre el abdomen y me agarró del mentón para obligarme a mirarlo de cerca. Intenté zafarme porque presentí que lo siguiente que sentiría serían sus labios nuevamente sobre los míos, pero no conseguí hacer que los dedos del arquitecto soltaran su presa.

—Mocosa...

La rabia con la que me besó fue exactamente la misma con la que me arrebató aquel primer beso en la entrada de casa, tras echarse encima de su amigo por haberme visto desnuda y encima bromear con ello. Necesidad e impotencia por no poder apartarse de mi lado por más que lo deseara. Exactamente igual me había sentido yo cuando de pronto empecé a verlo como a un hombre y no como al casi hermano que se había ocupado de mí durante todos aquellos años. A mí la necesidad de su boca me había ganado la partida hacía mucho tiempo. Faltaba saber si podría ganársela también a él.

Conseguí apartarme antes de que diera por finalizado aquel beso robado. Pensé que un buen final podría ser un bofetón que dejara claro que no iba a permitirle que siguiera jugando al gato y al ratón conmigo, pero no me atreví a dárselo porque necesitaba demasiado esos labios mojando los míos. No deseaba espantarlo más, y sabía que aquel terreno eran arenas movedizas. Cualquier cosa podía hacer que Víctor hiciera las maletas y pusiera entre ambos tierra de por medio, así que simplemente me conformé con sonreírle cuando pude mirarlo a los ojos.

—Por cierto, que sepas que también mis padres van a odiarte por abrirle la puerta de nuestra casa a Oziel para que pudiera seducirme. A ver cómo les explicas que no estabas al tanto de que ese amigo tuyo quisiera aprovecharse de mi inocencia. Al final puede que hasta sea más fácil decirles que él sólo está aparentando hacer lo que tú sí te has atrevido.

Octava parte.

La polla que nos dejó cenar

Creo que nunca había tenido una cena tan incómoda. Oziel a un lado, Víctor al otro, y frente a nosotros, los padres de Laura, mirándonos con cara de pocos amigos. Al abogado parecía no molestarle en absoluto tener a dos persona demostrándole tanta animadversión, aunque sus miradas se repartían a partes iguales entre nosotros tres.

Sí, Víctor también estaba recibiendo un par de ellas.

Si pensó que iba a conseguir salir sin ningún daño colateral se había equivocado de pleno. Por las miradas asesinas de sus padres se veía a la legua que ambos opinaban que todo aquello era culpa suya. Oziel y yo nunca nos habríamos liado si él no llega a presentarnos y a permitir que pasara.

Estaba tenso a mi lado, sentado completamente rígido en la minimalista silla del comedor, observando de reojo cómo Oziel me dedicaba mimos y muestras de afecto. Laura, por su parte, no dejaba de hablar sobre lo mucho que le estaba apeteciendo cambiar de universidad para poder estar más cerca de nosotros.

—Seguro que vosotros disfrutaríais mucho de que os dejara espacio en casa —comentó a sus padres, que de pronto sintieron cambiar el orden de las cosas desagradables e importantes de aquella noche—. Ya va siendo hora de que tengáis una segunda luna de miel... o una primera.

Los dardos envenenados dieron en la diana. Sus padres se habían casado a la carrera cuando engendraron a Víctor sin quererlo. Era uno de los motivos por los que mis padres siempre habían sido tan protectores conmigo, ya que sus mejores amigos no habían acabado la universidad cuando tuvieron a su primer hijo. Supongo que para Laura tampoco había sido nada fácil, pero a la fuerza habíamos ido aprendiendo a no despertar sospechas ni a parecer que éramos mujeres en vez de niñas. Probablemente a Víctor le habrían dado muchas veces una charla sobre lo duro que era ser padre tan joven, por lo que no era de extrañar que no le quedaran ningunas ganas de tener una novia formal que un día le pudiera decir que deseaba un compromiso serio, una boda romántica y un par de críos correteando entre sus pies a todas horas.

Agradecí a Laura la ayuda que me había prestado. Estaba convencida de que lo había mencionado para que dejaran de mirarme como si pudieran derretir el hielo con la mirada.

—¿Y desde cuando quieres tú cambiar de universidad?

—Desde que veo lo bien que se lo pasan en esta ciudad las universitarias...

La patada que le di a Laura bajo la mesa coincidió con la patada que le dio también Víctor, e hizo que diera un salto en su asiento y se quejara en voz alta.

—¡Es la verdad! Mira lo bien que les ha ido a ellos. Víctor y Oziel ya tienen trabajo, y Bea tiene un novio que para mí lo quisiera.

El desparpajo de Laura terminó de sacarme los colores e hizo que el abogado se riera sin ningún tipo de pudor. Víctor, por su parte, dejó la servilleta a un lado y fulminó con la mirada a su hermana, pensando que también tendría que tener una seria conversación con ella antes de que terminara aquel viaje.

—Bea y Oziel sólo se están conociendo —respondió su madre, tratando de conseguir quitarle seriedad a mi relación ficticia—, y estos dos muchachos han estudiado muy duro para terminar sus carreras y conseguir un trabajo. La vida es dura vayas donde vayas, tesoro. No creo que sea

momento para hablar de cambios de universidad.

—Pues yo creo que es el momento ideal. Seguro que a Bea le encanta volver a tener la habitación de Víctor ocupada.

—De momento la ocupo yo —respondió Oziel, como si la cosa de su mudanza fuera mucho más permanente. Su sonrisa delataba lo mucho que se estaba divirtiendo en aquella cena.

—No me digas que vas a dejar de pagar la mitad del alquiler...

Víctor lo miró por encima de mi cabeza y el abogado le devolvió la mirada, a punto de echarse a reír.

—Todavía no lo hemos hablado, pero puede ser buena idea que Bea se venga aquí a vivir con nosotros. ¿Qué os parecería a los dos?

Sé que se me abrió la boca porque tras unos segundos tuve que hacer el esfuerzo de cerrarla. Sé que a Víctor le tuvieron que llamear los ojos, pero como yo había girado la cabeza hacia Oziel no pude verlo. Y sé que Laura daba palmas de alegría porque pude escucharla hacerlo.

—Entonces yo también me vengo aquí —comentó mi amiga, como si tal cosa—. Seguro que a Víctor no le importa poner dos camas en su habitación en vez de una de matrimonio.

—¿Qué hay de postre? —preguntó la madre de Laura, levantándose con agilidad de la silla para poder dar por finalizada aquella absurda conversación.

Se alejó hacia la cocina y Víctor fue detrás de ella. Supuse que lo de quedarse allí escuchando a su amigo decir barbaridades no entraba en sus planes aquella noche. Laura ocupó la silla de su madre y empezó a hablar sin parar con su padre, tratando de convencerlo de lo buena idea que era que se mudara hasta allí. Era mucho más de lo que podía soportar aquel hombre, que también salió a escape hacia la cocina.

—Me debes una —comentó Laura por lo bajo—. En cuanto os vayáis a casa van a estar tan ocupados haciendo que cambie de opinión que no se acordarán de que tienen que llamar a tus padres para avisarlos de que su pequeña se ha echado novio. Porque no lo saben... ¿no?

—Aún no, pero me da en la nariz que Oziel no pretende tardar mucho en hacer el anuncio —contesté, viendo como aparecía una nueva sonrisa en sus labios.

—Las buenas noticias no se han de hacer esperar, ¿no crees?

En los ojos de Laura brilló la petición de estar delante cuando se hiciera el anuncio. Me estaba dando que mi amiga disfrutaba también mucho del juego de Oziel, y que en verdad si llegaran a darse una oportunidad harían muy buena pareja. No se había cortado ni un pelo para decir que le gustaba delante de sus padres, así que podía imaginarla acorralándolo en el ascensor del edificio para decirle que necesitaba descubrir el sabor de sus labios.

—Yo esperaría un par de días. A que pudieras volver a casa en vez de tener que irte a un hotel cuando mi padre te eche...

Víctor llegaba por detrás con un frutero lleno de mandarinas. Alcanzó a escucharme y a farfullar algo por lo bajo que no pude entenderle.

—Bueno, si nos tenemos que mudar a un hotel esta noche... ¿cuál es el problema?

—¿Tenemos?

—Ella no va a ir contigo a un hotel...

Por fin reaccionaba Víctor. Dejó la fuente de fruta sobre la mesa e hizo que Oziel se levantara. Cuchichearon algo que fui incapaz de escuchar pero que hizo que el arquitecto se pusiera aún más serio y que al abogado le siguiera creciendo la sonrisa en la cara. Víctor cerró los puños pero se contuvo en el último momento. Oziel le dio un par de palmaditas sobre el hombro, para tranquilizarlo.

—Creo que es mejor que el postre nos lo tomemos en casa...

Me tendió una mano para ayudar a levantarme y cuando me tuvo a su lado me rodeó por la cintura con su brazo. Le extendió la otra mano a Víctor, a modo de despedida.

“O está haciendo que firme un trato con un apretón”.

—Hay sitio para dormir aquí, Bea. Puedes quedarte...

Si en vez de esa frase Víctor llega a decir que le gustaría que me quedara habría sido simplemente suya, pero sabía que no era lo mismo ofrecer darme cobijo a desear que me quedara a su lado. Oziel reforzó su posición haciendo más patente su abrazo y retiró la mano tras varios segundos sin recibir un apretón por parte de su amigo.

—Yo cuidaré de ella —comentó sin más, empujándome suavemente hacia la puerta.

“Ya que tú no te decides...”

Le faltó terminar así la frase. Sabía que Oziel le estaba dando la oportunidad a Víctor para imponer su voluntad, pero el muy cobarde no se atrevió a interponerse en nuestro camino hacia la salida. Los padres de Laura salieron en ese momento de la cocina y nos encontraron abandonando el salón.

—¿Os vais?

—Nos espera una noche larga, y mañana Bea tiene que madrugar para ir a clase.

Cada frase con doble intención de Oziel hacía que Víctor necesitara volver a partírla la cara. Caminó detrás de nosotros hasta la puerta y fue él mismo el que la abrió para dejarnos pasar. Cerró tras de sí y nos quedamos los tres en el rellano de su piso, yo rodeada aún por el brazo de Oziel, y él con los nudillos blancos de tanto apretar. En ese momento se abrió la puerta del ascensor y mientras nosotros permanecíamos en tenso silencio un grupo de chicas salió corriendo de dentro. Un par más llegaron subiendo las escaleras, con la lengua fuera, resoplando y quejándose. Una abrió la puerta que estaba justo frente a la del piso de solteros y las chicas — ocho en total — fueron amontonándose en la entrada, riendo y lanzando miradas coquetas a los dos hombres que me custodiaban.

—Buenas noches, Oziel. Buenas noches, Víctor...

Una a una fueron recitando su saludo antes de entrar en el piso, y aunque ellos permanecieron en silencio siguieron riendo cuando se cerró la puerta y nos dejaron otra vez a solas.

—Son simpáticas las nuevas vecinas...

—No desvíes el tema...

—No tenemos ningún tema. Bea no se va a quedar aquí contigo mientras no reconozcas que te importa.

—Bea puede hacer lo que quiera...

—Bea no quiere estar contigo de esta forma.

—¿Puedo decir algo? —interrumpí, aburrida de aquella disputa que no me iba a llevar a ninguna parte.

Los dos amigos se quedaron en silencio, permitiéndome por una vez decir algo entre toda aquella locura en la que se había convertido nuestro triángulo amoroso. Entendí que aquello me permitía la oportunidad de ser franca con los dos al tiempo, y era algo que no podía desperdiciar.

—Soy lo suficiente mayorcita como para tomar mis propias decisiones. Y lo que opine cualquiera de los dos no va a cambiar el hecho de que soy adulta, y haré con mi vida lo que me dé la gana. Y no pienso montar una escena aquí cuando seguro que tus padres están espiando a través de la mirilla de la puerta. Así que lo que tengas que decir para que me quede dilo ya, antes de que salgan y me obliguen a pasar aquí la noche.

Pero Víctor no dijo nada...
Y yo pulsé el botón para llamar al ascensor.

Novena parte.

La polla que me invitó a su cama

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora nos vamos a casa, esperamos a ver si aparecen tus padres y tal vez te invite a compartir mi cama.

—Estás de broma...

Oziel me guiñó un ojo y arrancó el coche. Estaba cansada, triste y con miedo al próximo paso en aquel plan, por lo que preferí no seguir preguntando al abogado. Siempre podía cerrar mi puerta y dudaba mucho que no fuera a aceptar un no por respuesta. Después de todo, aunque no lo pareciera, Oziel y Víctor eran muy amigos, y que en el pasado hubieran intercambiado amantes no quería decir que conmigo tuvieran esa intención.

Había decidido confiar en Oziel después de escucharlo hablar con Víctor en el cuarto de baño. Era políticamente incorrecto, nadie lo negaba, pero estaba convencida de que tenía buen fondo y que no sólo buscaba pasar el rato y divertirse a mi costa.

También estaba bastante segura de que Víctor pensaba lo mismo.

No me gustaba para nada la idea de pensar que el hermano de Laura me había dejado salir por la puerta con la firme convicción de que iba a ir directa a su cama. Si de verdad sentía algo por mí —y cada vez estaba más segura de que era así aunque no quisiera reconocerlo ni muerto— no se habría atrevido a dejarme marchar con su mejor amigo. Los dos sabían lo mujeriegos que podían ser, por lo que conocían sus puntos débiles... y los fuertes también.

“Siente celos... pero no tiene miedo a que vaya a suceder algo”.

Tal vez el juego con Oziel no fuera a funcionar precisamente por eso. Víctor confiaba en su amigo por más que me dijera que para él todo era un juego. Sabía que no acabaría desnuda recorrida por sus labios, y que por la mañana seguiría sin haberme dejado tocar por otro hombre que no fuera él. Era frustrante ser un libro abierto para la persona a la que intentabas convencer de lo contrario.

—Víctor sabe que no va a pasar nada entre nosotros...

—Cierto. Entre otras cosas porque me ha amenazado con matarme si llego a ponerte un dedo encima.

Así que eso era lo que habían estado cuchicheando en el momento de levantarnos de la mesa. Era más sencillo dejar hablar a Oziel que estar interrogándolo sobre lo que pasaba en el juego, pero yo eso no sabía hacerlo. Necesitaba respuestas aunque a él le gustara mantenerme a ciegas, sorprendiéndome con nuevas normas.

Ser el que llevara la voz cantante.

—¿Te lo ha pedido o te ha amenazado de verdad?

—Las dos cosas. Su estado de ánimo fluctúa bastante de un momento a otro, y prefiere repetir varias veces las cosas de forma diferente para que se capte mejor su mensaje.

—¿Y qué te dijo su padre?

Eso era algo que me había mantenido bastante intrigada durante el tiempo que traté de comerme el arroz tres delicias con palillos chinos. Normalmente no me temblaba el pulso pero en esta ocasión la falda había acabado completamente sembrada de granos blancos y de algún que otro guisante.

Oziel había ido limpiándola con sumo cuidado a lo largo de la comida.

Bajo la atenta mirada de Víctor... y de sus padres.

—Pues me preguntó que si no pensaba que eras demasiado joven para que me interesara salir contigo —respondió, casi llegando a casa—. Esgrimió el argumento de que había miles de mujeres esperando una oportunidad conmigo.

—¿Y qué le contestaste?

—Que era verdad, pero que tú tenías algo especial, y que el resto podía esperar.

—Ganando amistades a marchas forzadas, ¿eh?

Volvió a picarme un ojo.

—La idea es resultar insoportable a tus padres y a los suyos, ¿no? Ese papel lo sé interpretar muy bien. Con Víctor me resulta más difícil ya que en el fondo me conoce y le tengo aprecio. Pero al menos hemos resultado mucho más convincentes de lo que esperaba, y Raúl se lo ha tragado todo. Creo que su esposa también, pero al final con la jugada de despiste de Laura no lo tengo del todo claro.

El coche quedó aparcado casi delante del portal del edificio. No era demasiado tarde y tampoco me habría importado caminar un poco hasta llegar a casa para evitar el incómodo momento de irnos a la cama.

—Vale. Esto no sirve para Víctor pero sí para nuestros padres. ¿Con eso conseguiremos algo? —le pregunté, bajándome del coche cuando me abrió la puerta. Había comprendido que le gustaba comportarse como un caballero a la hora de ayudarme a entrar y salir del vehículo, y era algo a lo que me podía acostumbrar sin ningún problema.

Oziel me puso su chaqueta sobre los hombros y colocó su mano a mi espalda para indicarme que caminara. No hacía frío pero la ropa que llevaba puesta no ofrecía apenas calor e imagino que no era difícil darse cuenta de que se me había erizado la piel nada más salir a la calle.

Aunque el motivo de mi escalofrío era otro.

—¿Serviría de algo con Víctor que me acostara contigo?

Oziel interrumpió el paso y se giró sobre los talones para mirarme. Por una vez en toda la noche no sonreía. Traté de mantenerle la mirada pero tras contar diez segundos en silencio tuve que mirar al suelo. Conté otros cinco segundos hasta que me levantó la barbilla para que volviera a enfrentarle la mirada.

“Uno, dos, tres, cuatro...”

Llegué hasta diez con sus ojos clavados en los míos. Imagino que él también estaba contando, porque los tiempos los marcaba a la perfección.

Y me besó en los labios.

No fue un beso apasionado ni obsceno, sino más bien del tipo que se dan dulcemente antes de dormir en las películas, cuando la pareja está bien enamorada y ha terminado la sesión de sexo. Si hubiera tenido la mente para ponerme a contar no creo que hubiera llegado a pronunciar el tres, pero se me fue la cabeza mientras sus labios húmedos acogían los míos para que no pasaran frío.

—Creo que te falta todavía mucho por aprender sobre los hombres —respondió el abogado, tomándome de la mano para que comenzara a andar otra vez.

¿Eso qué significaba? ¿Que vendría bien que nos acostáramos? ¿Que ni en broma iba a provocar otra vez a Víctor para que quisiera probar la resistencia de su nariz? ¿Que él ya no me deseaba como aquella tarde, cuando aún no sabía qué había exactamente entre su amigo y yo?

—¿Serviría de algo? —volví a la carga.

—¿Te serviría a ti?

—¿Y a ti?

Paramos dentro del portal, a la tenue luz de una bombilla escondida en el aplique de cortesía para poder buscar las llaves y no errar al introducirlas en la cerradura.

Si hubiera querido acostarme contigo ten por seguro que no te habría llevado esta noche a cenar a casa.

Vale, ya no me deseaba. Si mantenía el juego era porque le resultaba más divertido tentar a Víctor que tentarme a mí.

—¿Te serviría a ti de algo que otro hombre se metiera entre tus piernas?

¿Por qué escucharlo hablar de esa forma me alteraba tanto? Sentí la punzada de deseo en el vientre mientras me imaginaba probando a desnudarme delante de Oziel. Tenía miedo a estar metiendo la pata en todos los pasos que iba dando y forzar más de la cuenta la situación. Tenía miedo de no conseguir que Víctor reaccionara, que Oziel se cansara del juego y que al final me quedara sola con el enfado de mis padres y ni una sola amiga a la que poder contarle por lo que estaba pasando.

Me asustaba que Oziel no me deseara... porque eso implicaba que Víctor podía dejar de hacerlo también.

O tal vez el mayor de mis problemas era que no estaba segura de lo que sentía, y las dudas me hacían dar bandazos de un hombre a otro como si yo fuera un coche de choque. Cada vez que me daba un golpe contra uno rebotaba contra el otro. Después de todo creía estar enamorada de Víctor... pero estaba claro que sentía deseo por Oziel.

“¿Cómo no iba a despertar deseo un hombre como este?”

Si las relaciones de pareja siempre estaban tan cargadas de dudas encontraba normal que hubiera tantos divorcios en cuanto la cosa se ponía un poco complicada. Me dolía una barbaridad preguntarme tan a menudo si lo que sentía por Víctor era amor o sólo necesitaba tenerlo encima de mi cuerpo por mi maraña de hormonas revolucionadas. Que deseara tanto a Oziel algunas veces me indicaba que probablemente no estuviera tan enamorada como yo quería creer, pero había visto demasiadas películas como para no pensar que era algo bastante habitual.

“¿Y si acostándome con Oziel descubro que todo esto es una idiotez y que lo que necesito es sexo?”

—Sólo he estado con Víctor dos veces...

Confesión dura, pero el abogado ni se inmutó. Sacó las llaves del bolsillo de su pantalón y abrió la puerta, invitándome a entrar. Me siguió y seguí caminando hasta el ascensor. Escuché el sonido del portal al quedar nuevamente cerrado mientras pulsaba el botón de llamada. Quedé mirando hacia la pared mientras Oziel apoyaba los brazos a ambos lado de mi cabeza, y apretaba su cuerpo contra el mío, acorralando mi necesidad entre la frialdad del mármol y la calidez de su cuerpo.

Gemí en respuesta a su acercamiento.

Suspiró contra mi oreja izquierda, arrancándome otro escalofrío.

—¿Y quieres probar conmigo?

Tragué saliva. De pronto la garganta se me había secado para dejar que toda la humedad bajara a mi entrepierna. Observé las manos del abogado apoyadas contra la pared, las palmas abiertas y un anillo plateado en el primer dedo de la izquierda. Estaban tan cerca de mi rostro que sentí el impulso de lamerlas como respuesta a lo que sentía, pero fui incapaz de realizar ningún movimiento o de pronunciar un lastimero “sí”.

Ante la falta de respuesta apretó más su pelvis contra mis nalgas, haciéndome comprobar que

también estaba excitado.

—Quiero dejar de estar echa un lío...

Oziel me dio la vuelta, llevó mis manos a sus nalgas y me arrancó un gemido al besarme con la pasión que demostró en su día en su cuarto de baño. Sentí sus manos recorrer mi cintura y bajar hasta mi culo, para luego recorrer las caderas y volver a subir en busca de mis pechos. No dejó de besarme mientras exploraba los terrenos que sólo había tocado Víctor, mientras yo jadeaba rendida ante su avance sin que le pusiera la más mínima resistencia.

—¿Sientes lo mismo que cuando él te besa? —me preguntó, apoyando la frente contra la mía y recorriendo con su lengua mis labios enrojecidos.

—No —logré contestar, dándome cuenta de una sutil diferencia entre el deseo que me despertaba Oziel y el anhelo que me producía Víctor. Me sentí feliz y hasta sonreí por haber descubierto algo que hasta entonces me tenía angustiada.

Entonces las manos de Oziel volvieron a la pared, y las mías subieron a su cintura de la forma más decorosa que pude.

—Es fácil que sientas hambre cuando te ponen el plato de comida delante. No es malo sentir curiosidad por saber a qué sabrá la comida —comentó, sin dejar de tocar su frente con la mía—. Pero no hace falta que comas para que otro piense que te has alimentado.

—Sé que no me estás hablando de un filete pero ahora mismo no tengo la cabeza para metáforas...

Entramos en el ascensor cuando la puerta se abrió a nuestro lado.

—Bea, probablemente seas la primera chica a la que voy a respetar aún teniendo ganas de follarte. Pero eso no quiere decir que Víctor no tenga que sufrir un poco pensando en que estoy dispuesto a saltarme nuestra amistad por descubrir lo que a él lo tiene enganchado.

—¿Y eso se hace sin que tengas que meterte entre mis piernas?

—Es más divertido hacerlo follándote, pero eso lo haremos sólo si dejas de estar enamorada. Por suerte para ambos no me gusta que me llamen con otro nombre cuando me besan.

¿Había hecho yo eso?

Décima parte.

La polla para la que me desnudé

Todavía tenía en los labios el sabor de los de Oziel pero en mi mente seguía rondando la pregunta de si habría cometido la imprudencia de llamarlo Víctor mientras me besaba. Fue él mismo el que abrió la puerta de casa, el que luego la cerró y el que comprobó que mis padres no habían regresado esa noche.

Todavía...

Los dos teníamos bastante claro que los avisarían y que alguno de los dos cogería el coche a la carrera para impedir que pasara la noche a solas en casa con mi supuesto novio mayor que yo. Seguramente vendría mi padre, alegando que si había que echar a Oziel a patadas de casa él se valdría mucho mejor que mi madre, aunque estaba segura de que ella intentaría sacar las uñas y querría acompañarlo.

Hasta podrían cerrar por una noche la tienda.

Acompañé a Oziel al salón, aún excitada tras haberme dejado seducir por sus manos. No esperaba que un par de besos y unos dedos presionando mis carnes pudieran tener tanto efecto en mí. Me sentía mojada e intimidada, pero feliz porque por fin había podido entender la diferencia. El hecho de ser tan inexperta en ese terreno me había producido tanto desasosiego como para llegar a plantearme que no estaba enamorada de Víctor, o que por el contrario estaba enamorada de los dos.

¡Aunque eso también podía pasarme!

—Deja de sonrojarte —me pidió Oziel, tomándome de la mano y llevándome hacia la entrada del pasillo—. Hace que desee todavía más lo que estoy a punto de hacer.

Tragué saliva, me encendí como una llama y me dejé llevar hasta la entrada de los dormitorios. Mi cama permanecía revuelta tras el momento que habíamos compartido el arquitecto y yo, lo que hizo que me pusiera aún más nerviosa. La bolsa de la ropa que había comprado esa tarde estaba guardada, pero el conjunto de lencería parecía llamarme desde el fondo del armario, pidiendo que lo liberara de su encierro.

—¿En tu dormitorio o en el mío? —preguntó, sonriendo de forma perversa.

“¿Para qué?”

Si ya de por sí me sentía subir por las paredes, si me imaginaba la cantidad de cosas que podían ocurrir si nos metíamos en una habitación los dos solos no sabía si además sería capaz de caminar cabeza abajo en el techo.

O si querría probar la diferencia entre follar con alguien de quien estás enamorada o hacerlo con alguien que simplemente era el hombre más erótico y sexual que me cruzaría en la vida.

“Todo habría sido más fácil si me llego a fijar en él primero”.

Pero mis compañeras de clase no conocían a Oziel, sino a Víctor. Era mi cuidador el que me llevaba y traía del instituto. Era él quien se sentía como mi hermano cuando alguien me había hecho daño y había abierto los brazos para acogerme en un tierno abrazo. Era el arquitecto el que me había hablado alguna vez de sexo, al que había espiado en la ducha y al que le había robado películas porno mientras se iba de juerga con sus amigos.

Ellas lo habían visto a él... y me habían hecho mirarlo como ellas.

Ojalá Oziel se hubiera puesto antes al alcance de las miradas obscenas de mis compañeras.

Con Oziel todo habría sido mucho más sencillo...

—¿Para qué? —conseguí articular, sintiendo que temblaba como una hoja.

Cualquier respuesta iba a hacer que dejara de respirar.

Lo sabía.

—Para desnudarte.

Esa, además, hizo que mi corazón dejara de latir. O, al menos, así lo sentí yo cuando volvió a señalar con la mano las dos entradas de las habitaciones.

Preferí meterme en la suya, la de Víctor, la de invitados, el antiguo cuarto de la plancha... Esa que quería ocupar ahora Laura y que tantos recuerdos atesoraba de la primera vez que Víctor me tuvo entre sus brazos, contra la pared, o en su cama. Le indiqué con la mirada que elegía la suya, y me pidió que cogiera el conjunto de lencería que me había regalado.

—Vamos a jugar...

Y mientras yo cogía las dos prendas de ropa hechas de fino encaje —lo más erótico que había tenido en las manos sin ser la polla de Víctor y las nalgas de Oziel hacía un rato— él se desabrochó dos botones de la camisa y se apoyó en el escritorio donde tantas horas había pasado estudiando el arquitecto. Cuando entré tenía el móvil en las manos, y mandaba un par de mensajes por lo que pude entender tras verlo teclear tan rápido.

Me quedé parada en el centro de la habitación, mirándolo. Seguía temblando cuando levantó la vista, sonrió con malicia, y extendió la mano para pedirme la lencería.

Nuestros dedos se rozaron cuando se la pasé. Su piel ardía...

Pero no tanto como la mía.

—Esto va a ser divertido...

Colocó cuidadosamente las dos prendas sobre la cama, extendiéndolas para que quedaran bien visibles. Tenía que reconocer que el conjunto era verdaderamente bonito, y que si no hubiese tenido tanto jaleo aquella tarde seguramente me lo habría querido ver puesto. Era de mi talla, sujetador pequeño y braguita pequeña también, por lo que aunque no tuviera un cuerpo concebido para el pecado seguramente realzaría mi figura y me haría parecer más adulta de lo que era.

Estaría bien sentirse objeto de deseo por una vez...

Cuando Oziel terminó de preparar la tela cogió el móvil y le hizo una fotografía. En silencio lo vi otra vez teclear con rapidez sobre la pantalla, y no me quedó ninguna duda de a dónde iba a ir a parar el mensaje con la foto adjunta. Imaginé la cara de Víctor al abrir el mensaje y me estremecí.

—Ahora sí que la has hecho buena...

—Sólo acabo de empezar.

Retiró el cobertor de la cama y revolvió las sábanas. Dejó en el suelo el conjunto, hecho un ovillo, y puso la almohada contra la pared. Volvió a sacar otra fotografía a la imagen que había montado en un momento.

Y volvió a mandarla.

—¿De verdad piensas que se lo va a tragar?

—Probablemente no... pero seguro que se está revolviendo en la cama.

Seguro que Víctor estaba leyendo acostado, enfadado por nuestro montaje, desnudo como le gustaba dormir, cubierto tan solo por una sábana. Hacía calor, y no porque tuviera la piel ardiendo por los besos de Oziel precisamente. La habitación se había convertido en un escenario perfecto para perder la cabeza con el abogado, pero de momento se comportaba como lo que era.

Una farsa...

—¿Puedo leer lo que le estás poniendo?

Me pasó el móvil con la pantalla desbloqueada en la conversación de chat que estaba teniendo con Víctor. Toqué el teléfono para ver el inicio de la conversación y poder leer todos los comentarios desde el principio.

Oziel
¿Estás despierto, boxeador?

Víctor
Tú debieras estar ya dormido para que no vaya allí a partirte otra vez la cara.

Oziel
Ya sabes que soy un bicho nocturno, y precisamente esta noche no tengo demasiado sueño.
¿Por qué será?

Víctor
¿Qué coño quieres, Oziel?

Oziel
Enseñarte una cosa...
Ahí aparecía entonces la primera fotografía del conjunto de lencería. Le había quedado bastante bien para tener tan poca luz, pero recordé que el teléfono era de los caros, que tenía cobertura incluso dentro de los ascensores, por lo que la cámara de fotos tenía que ser también bastante decente.

Víctor
Eres un hijo de puta. No vas a poder picarme con eso.

Oziel
¿Y con ésta?

La segunda fotografía apareció en escena. Cama revuelta, lencería en el suelo. Incluso vi que el abogado había puesto sus zapatos junto a la ropa interior sin darme cuenta. Cuando alcé la vista para mirarlo se estaba terminando de desabrochar la camisa, tirándola al suelo junto con la lencería.

¿Cómo podía estar ese hombre tan bueno?

Me obligué a no mirarle el torso desnudo y volví la vista otra vez hacia la pantalla del móvil. Seguían llegando mensajes del hermano de Laura.

Víctor

Ni con esa tampoco.

Métete en la cama y deja de fantasear con Bea si no quieres que el médico tenga que arreglarte otra vez la nariz, imbécil.

Y haz que Bea también se meta en la cama, que mañana tiene clase y no se va a enterar de nada si llega con sueño.

Oziel
Ya está metida en la cama, en mi cama...

Víctor
Te la estás buscando...

—Desnúdate.

Me retiró el móvil de las manos y volvió a apoyarse contra el escritorio, sin camisa y ya sin pantalones. No sabía si había vuelto a temblar o si acababa de empezar otra vez, pero lo cierto es que cuando me quité la camiseta por encima de la cabeza sabía que no era por el frío.

—¿Completamente?

—No sería divertido que lo hicieras sólo a medias...

Le di la espalda y continué con la tarea. Desabroché la falda y cayó a mis pies, cubriendo los zapatos. Como no llevaba bragas bajo la falda le mostré mis nalgas temblorosas al abogado. Solté los enganches del sujetador y dejé al descubierto mis pechos, ocultándolos con las manos aunque Oziel los había visto ya en su momento en el salón de casa. Sentí vergüenza por estar desnudándome delante de un hombre que no tenía muy claro qué intenciones escondía. De la misma forma me quité los zapatos, dejando toda la ropa a mi lado en el suelo.

Era el momento justo para que entraran mis padres.

Escuché la cámara de Oziel sacar nuevas instantáneas, aunque a él no le escuché pronunciar una sola palabra. Pasé desnuda junto a la cama más de un minuto, con los brazos cruzados sobre el pecho, temblando como una cría. El abogado podría acercarse por detrás, inclinarme sobre la cama y follarme sin que yo pudiera poner resistencia, como tantas veces había visto en las películas que se había llevado Víctor consigo en su ordenador. Era una de las posturas que más me excitaban, pero que todavía no había tenido la oportunidad de probar.

Sería tan fácil inclinarme yo para ofrecerme...

—Vístete si no quieres que deshagamos esa cama de verdad...

Por un momento me había seducido la idea de provocarlo. Menos mal que Oziel se mantenía en su promesa de no meterse entre mis piernas, porque yo no hubiera sabido —ni querido— pararle los pies.

—Vamos a ver cómo se le queda el cuerpo al caballero después de ver esta foto.

Undécima parte.

La polla que nos odió a los dos

Fui directa a mi dormitorio con las prendas de ropa entre los brazos. Llevaba también conmigo el conjunto de lencería y los zapatos. Cerré la puerta y lo dejé todo sobre mi cama, sintiéndome un poco más segura poniendo algo de pared entre los dos. Había sentido la necesidad de entregarme a Oziel y eso me tenía aterrada en ese momento.

Había sido muy excitante desnudarme para él...

Para Víctor...

Para los dos.

Me abracé mientras terminaba de temblar, apoyada contra la puerta de mi ropero. Traté de pensar en lo que tenía que hacer a continuación y lo único que se me ocurrió fue que tenía que ponerme un pijama. Mis padres podían llegar en cualquier momento y no tenía ganas de que me encontraran desnuda... estando en calzoncillos Oziel en el otro cuarto.

Maldije mientras repasaba los que tenía en el cajón.

No había ni uno decente para poder llevar aquella noche sin que a Oziel se le escapara una sonrisa. La Pantera Rosa, Mafalda, Pitufina... Ya me veía yendo con él otra vez de compras, buscando en las mismas tiendas de lencería algún conjunto que no fuera gritando que tenía doce años.

Ganó Mafalda.

Estaba terminando de ponerme la camiseta cuando el abogado llamó a la puerta. Le indiqué que pasara, y apareció el diablo con una camiseta interior blanca sobre el torso y unos pequeños pantalones cubriendo poco más abajo de la ingle. Quise levantar la vista y no reparar demasiado en el bulto de su entrepierna, pero me costó horrores hacerlo. Sólo cuando Oziel me tendió otra vez el teléfono móvil fui capaz de mirarlo a los ojos.

—Borra tú misma las fotos que te he sacado.

El hecho de que me diera la oportunidad de comprobar que no se iba a quedar con ninguna imagen de mi cuerpo desnudo en la memoria de su teléfono me inspiró una tranquilidad que no puedo describir con palabras. Supe con ese gesto que a poco que me esforzara por no pensar en Víctor sería capaz de enamorarme de él. Por suerte el abogado había decidido no ponerme nuevamente las manos encima si yo no se lo pedía.

Lo que faltaba por ver era si yo no llegaría a pedirselo.

Las fotografías habían quedado muy bien, mucho mejor de lo que esperaba en verdad. Aparecía la mitad de mi espalda, las nalgas desnudas y las piernas rodeadas de la ropa de ambos. Y la ropa interior. Sólo faltaban los calzoncillos de Oziel en el marco, pero por algún extraño motivo había tenido el suficiente pudor para no quitárselos. La cama, de fondo, lucía revuelta. Era la típica fotografía que, si ponías en blanco y negro, se utilizaría más de quinientas veces para compartir alguna frase picante en el Facebook.

“Si piensas marcharte ya al menos haz la cama... que yo me encargo de doblar la ropa”.

Me quedó pena darle al icono de “borrar”, pero no era una buena idea tener mi culo desnudo en el móvil de un hombre, por mucho que me fiara de él.

—¿Puedo leer los mensajes?

—Depende... ¿Estás dispuesta a venirte conmigo a un hotel?

La pregunta me tomó desprevenida por completo.

—¿Por qué?

—Porque creo que si no han llamado ya a tus padres va a hacerlo él... además de venirse, claro.

Me pasó el teléfono y lo tomé con cuidado porque estaba nuevamente temblando. Aquel día estaba siendo demasiado largo para mi gusto y si encima tenía que hacer otra vez un bolso para dormir fuera de casa sabía que no iba a conseguir dormir nada esa noche.

“La primera maleta me la hizo Víctor de todas formas...”

También era cierto que no iba a ser fácil pegar ojo teniendo las imágenes del cuerpo de Víctor encima del mío metidas en la cabeza. Cada vez que recordaba sus caderas metidas entre mis piernas, llenándome una y otra vez, mientras me mordía y besaba a partes iguales, el estómago amenazada con echar todo lo que había ingerido en la cena.

Y teniendo en cuenta que no había sido mucho, y que la mitad del arroz me lo había dado Oziel de sus dedos después de recogerlo de mi falda, me hacía falta todo el alimento para conseguir afrontar la noche sin desmayarme.

Creo que nunca había visto a Víctor tan ofuscado como cuando Oziel se dedicó a rescatar el arroz de la tela que medio cubría mis muslos, para luego dejarlo delante de mis labios. Había dudado la primera vez, sin saber bien qué esperaba Oziel que hiciera con sus dedos. De primeras pensé que me estaba reprendiendo por tener tan poco pulso comiendo, pero cuando vi que me miraba con ojos lascivos, acercando mucho sus dedos a mis labios, entendí que lo que me ofrecía era que los envolviera con la lengua.

Y eso hice...

Pasé los labios por ellos y los apreté con toda la sensualidad que me permitía el hecho de saber que en cualquier momento Raúl podía levantarse de la mesa y mandarme a uno de los dormitorios mientras él se encarga de Oziel.

O Víctor...

Escuché gruñir al arquitecto la primera vez, y aunque el resto de las veces trató de no hacer ningún ruido no pudo apartar sus ojos de mis labios... y sus dedos. Lo de los nudillos apretados hasta casi dejarlos blancos se había convertido en un signo muy característico del hermano de Laura.

¡Y mientras ella se lo pasaba bomba!

Jamás había visto a mi amiga sonreír tanto en una cena. Si es que se estaba divirtiendo mucho con los juegos de Oziel... O imaginando que se los dedicaba a ella.

Volví a la realidad, encendí la pantalla del teléfono y empecé a leer los mensajes por donde me había quedado antes de desnudarme.

Víctor

Manda todo lo que quieras, que no vas a conseguir lo que te propones. ¿Y tú te haces llamar amigo? Se te debiera caer la cara de la vergüenza.

Oziel

Precisamente porque soy tu amigo y sabes que no tengo vergüenza te pasa lo que te pasa. Y menos mal que he tomado cartas en el asunto, porque lo vuestro roza lo patético.

Levanté la vista para mirarlo, agradecida. Se había apoyado en el dintel de la puerta, de brazos cruzados. Ni siquiera llevando unas horribles zapatillas de cuadros escoceses de estar por casa dejaba de estar encantadoramente sexy. Me observaba con una sonrisa pícaro en el rostro y, aunque imaginaba que muy relajado no podía estar si se pensaba que de un momento a otro

aparecería mi padre o Víctor para ponerlo de patitas en la calle, no lo aparentaba para nada.

Volví a la lectura de los mensajes.

Víctor

Deja de sacar fotos y manda a Bea a dormir de una puñetera vez.

Oziel

Espera, que me queda una por enviarte.

Y allí aparecía la fotografía. Mis nalgas, mis muslos y mis pies rodeados de la ropa de Oziel y la mía. Contuve la respiración mientras seguía leyendo.

Víctor

Yo te mato...

Sal de esa casa ahora mismo o te mato.

Oziel

No seas tan melodramático, hombre.

¿Qué vas a hacer? ¿Venirte?

Víctor

Estoy cogiendo el coche.

Duodécima parte.

La polla que me hizo decidir

Le tendí el teléfono a Oziel y me quedé a la espera. Ya daba igual que estuviera temblando. Se había vuelto algo tan habitual aquel día que no lo notaba.

—¿Qué hacemos ahora?

—Prepara un bolso. Estoy seguro de que tu padre viene de camino, y si en verdad queremos que Víctor entienda que vamos a llegar hasta el final con esto no nos podemos dejar intimidar por él. Probablemente esté enfadado contigo una buena temporada, por desobedecerlo, pero todos los adolescentes nos hemos revelado alguna vez contra nuestros padres. Es ley de vida —comentó, girándose y caminando hacia su alcoba—. Tú desobedeces, él se enfada, estáis sin hablaros una temporada y luego él entiende que ya no eres su pequeña... Y pactáis.

La voz me llegaba desde su cuarto, mientras volvía a ponerse algo de ropa y hacía la maleta. Escuchándolo hablar sobre las relaciones de padres e hijos parecía que estaba muy seguro de que todo iba a salir bien. No contemplaba la posibilidad de que a mí me fuera a temblar la voz si mi padre me mandaba a mi cuarto.

Exactamente como lo había hecho Víctor cuando me quedé desnuda delante de sus amigos.

A él había sido capaz de enfrentarme, pero no estaba tan segura de que fuera a ser tan fácil con mis padres.

No habían pasado ni tres minutos cuando Oziel volvió a mi cuarto, con la maleta que había traído ayer consigo. Parecía que llevaba allí años por lo lento que estaba yendo el día. Me miró desde la puerta, dejándome la oportunidad de decidir sobre lo que quería hacer a continuación.

Estaba bloqueada.

—Es sencillo. Tú le dices a tus padres que ya no eres ninguna niña y que puedes tomar tus propias decisiones. Ellos te dirán que mientras vivas bajo su techo vas a obedecer sus normas te guste o no. Y es entonces cuando les dices que te vas, y que hasta que no entiendan que tienen que respetarte como adulta que eres no piensas volver a casa.

—¿Y a dónde voy a ir?

Oziel dejó el bolso en el suelo y volvió a adoptar la postura relajada contra el marco de la puerta.

—Esta noche a un hotel conmigo. Y ya mañana será otro día.

Ojalá fuera tan fácil de hacer como lo planteaba el abogado.

—En el peor de los casos, y si tus padres no entran en razón con una noche que pases fuera, los padres de Víctor se marchan pasado mañana. Podrías venirte a casa conmigo. O Víctor termina por mandarme al hospital o deja de hacer el idiota y proclama a los cuatro vientos que comparte tu cama.

Me estremecí al escucharlo hablar así. El problema era que de momento era lo único que hacíamos Víctor y yo, y dolía mucho oírlo en voz alta.

—Casi que si lo va a decir así mejor que no diga nada — confesé.

No me esperaba el abrazo con el que me reconfortó Oziel entonces. Simplemente se acercó a mí, sonrió de forma dulce —para variar— y me rodeó con sus brazos cariñosamente.

Me acababa de salir otro hermano mayor.

¿Por qué no podía despertar otro sentimiento en los hombres? Aunque fuera muy agradable que

en ese momento Oziel me respetara y me apoyara me dejaba un sabor amargo ese cambio de un momento a otro. En el portal de casa me había recorrido el cuerpo con sus manos como si el planeta fuera a implosionar en cualquier instante. Me había besado como si no hubiera nada más importante para él, y lo había sentido completamente empalmado contra mi pelvis, deseando levantar la falda y aprovecharse de que no llevara bragas debajo de ella.

—Seguro que él lo dice de otra forma... tranquila.

Pero no había tranquilidad en aquel momento, en el que Oziel se erigía como mi defensor, ocupando el puesto que hasta entonces había ostentado Víctor, mientras pensaba que el arquitecto lo único que quería de mí era sexo.

—No creo que vaya a decirlo de ninguna de las maneras.

—Si no tuviera intención de tomar cartas en el asunto no vendría de camino.

—Viene porque le divierte partirte la cara.

—Viene para que no te olvides de que eres de él... y no mía.

—No soy suya...

Oziel se separó de mí y cogió mi maleta para dejarla a mi alcance. Tenía que ser yo la que tomara la decisión de ir con él o renunciar a nuestro plan. A su plan.

A su juego...

—Que no lo haya dicho en voz alta no quiere decir que no te considere suya. Víctor te siente así, aunque le pese horrores.

—¿Y si viene sólo a echarte de casa a patadas y a mí no me dice nada?

—No dejes que me desangre en el suelo inconsciente... Llama a una ambulancia.

Y me guiñó un ojo.

Cogí el bolso, metí un par de prendas para cubrir las necesidades de ropa durante un par de días y cerré la cremallera, sabiendo que si necesitaba cualquier cosa Oziel no tendría ningún problema en acompañarme a hacer alguna compra. Estaba poniéndome otra vez algo decente para poder salir a esa hora a la calle, llegarme a un hotel con Oziel y que no se pensara el recepcionista que el abogado acababa de contratar los servicios de una chica a la que se había encontrado en la calle cuando sentí que se abría la puerta de casa.

—Hola, Eduardo. ¿Qué haces por aquí? ¿No tenías guardia esta noche?

La voz de Oziel sonó resuelta y agradable. Me apresuré a pasarme la camiseta por la cabeza para que no me pudiera encontrar desnuda en mi dormitorio.

—¡Fuera ahora mismo de mi casa! —gritó mi padre, cerrando la puerta de golpe. El corazón se me desbocó, pensando en que llegaría la pelea antes de que yo pudiera salir por la puerta y llegar al salón de casa. Abroché el pantalón vaquero a la carrera, y mientras buscaba unos zapatos cómodos continuó la conversación entre los dos hombres.

—Iba saliendo precisamente ahora. No quiero abusar de tu confianza, pero quería agradecerte que me hayas abierto las puertas de tu casa así como lo bien que me habéis tratado tu esposa y tú en estos días.

Imaginé a Oziel extendiendo la mano para que mi padre se la estrechara. Imaginé la cara de indignación que pondría mi padre cuando empezara a temblarle el ojo de la rabia.

Y mientras imaginaba y terminaba de ponerme los zapatos y salir por la puerta llegó el golpe. Oziel chocó contra algún mueble del salón, cayó al suelo y rompió algo de cristal. El abogado blasfemó desde el suelo, con la voz amortiguada.

—¡Papá!

Acababa de llegar a la entrada del pasillo. Llevaba la bolsa de equipaje en la mano y creo que

eso fue lo primero que vio mi padre. Me miró luego a los ojos, enfurecido, y me hizo exactamente el mismo gesto que hizo en su momento Víctor para mandarme a mi cuarto. Oziel estaba en el suelo. Había volcado la mesilla que soportaba el teléfono al lado del sofá y lo que se había roto era una lámpara.

—A tu cuarto, Bea.

Aferré con fuerza las asas de la maleta, rezando por no ser tan cobarde como para obedecerlo...

Al menos a la primera orden.

Y mientras contaba hasta tres... apareció Víctor en la puerta.

Decimotercera parte.

Dos pollas... y mi padre

Vale. No creo haber tenido que pasar por una situación tan tensa en toda mi vida. Aunque, tal vez, el momento en el que me encontró Víctor lamiendo la sábana bajera de su cama nada más levantarse él había sido muy tensa.

“Y la vez que me encontró masturbándome con el cepillo en su dormitorio, mientras tenía puesto el vídeo de la mamada que había terminado ensuciando mis braguitas”.

Bueno. Tal vez últimamente estaba teniendo demasiadas situaciones embarazosas, pero como se iban sucediendo una tras otra la última hacía que olvidara la anterior.

Allí estaba Víctor, en la puerta. Había abierto con su juego de llaves copiado sin que mis padres lo supieran. Era un detalle sin importancia que seguramente para mi padre pasaría inadvertido, y más teniendo en cuenta que tenía a Oziel en el suelo tras acabar de golpearlo. Casi ni se dio la vuelta para comprobar quién había abierto la puerta. No le quitaba el ojo de encima al abogado, que se había sentado tranquilamente al lado del sofá, y se mesaba la barbilla como si comprobara que no tenía nada roto.

Por lo menos no le había golpeado la nariz.

Sólo pude hacer una cosa, y fue actuar como una chica asustada por la integridad física de su novio. Corrí a su lado, con el bolso en la mano, y me arrodillé para preguntarle si se encontraba bien. Oziel levantó la vista, me sonrió con malicia, y asintió para tranquilizarme. Estaba claro que tenía que dolerle el golpe, o al menos que lo había cogido de imprevisto. Porque si de algo estaba convencida era de que mi padre no tenía demasiada fuerza, y que por más que quisiera golpear a alguien como el abogado era complicado que consiguiera derribarlo.

—Sí, preciosa. Tranquila —me contestó, levantándose y ayudándome a mí a hacerlo—. Tu padre tiene un buen gancho.

—¿Cómo se te ocurre, papa? —le espeté, haciéndome la ofendida—. ¿Qué te ha hecho para que lo agredas?

Oziel aprovechó para pasarme la mano por encima del hombro, apoyándose con ese gesto. La verdad es que sí me reconfortó bastante, mientras mi padre y Víctor me miraban de frente. El arquitecto había ido avanzando hasta ponerse casi a su altura, y nos miraban a ambos con cara de muy pocos amigos.

—Bea, vete a tu habitación ahora mismo. Oziel ya se larga.

Habría vuelto a temblar al escucharlo si no llega a ser porque seguía temblando de antes. Era el momento en el que yo tenía que soltar mi frase, aceptar el plan de Oziel al pie de la letra y esperar al chaparrón. Nunca había visto a mi padre tan enfadado, por lo que no sabía qué podía pasar en el momento en el que le llevara la contraria de forma seria por primera vez en mi vida.

Cogí aire...

Pero no conseguí decir nada.

Pero tampoco me moví. Eso ya fue todo un logro.

Miré a Víctor, desafiante. Me habría encantado decirle que todo aquello era culpa suya, que Oziel había vuelto a estar por los suelos por querer apostar por una relación que él daba por perdida —aunque el aliciente del juego para él fuera más que suficiente para acabar recibiendo otra tanda de golpes— y que a mí me esperaba una buena por su cobardía. Que yo sí era capaz de

enfrentarme al enfado de mis padres, y que le iba a demostrar que no era tan pequeña como para no saber lo que quería... y como conseguirlo.

Habría estado bien decir todas esas cosas, pero tampoco fui capaz de articular una sola palabra.

Los dos me miraban, esperando que obedeciera la orden. Probablemente lo esperaba más mi padre que Víctor, que ya se había dado cuenta de cómo me las gastaba cuando me ponía en modo desafiante. Pero pasaron los segundos y no moví un músculo, y Oziel apretó mi hombro para hacerme notas que seguía allí conmigo.

—Fuera, Oziel. No quiero volver a verte en esta casa.

—Una pena que vaya a opinar así sin habernos escuchado.

—No tengo nada que escucharte. Bea es una niña y sólo pretendes aprovecharte de ella.

Mis palabras y las de Oziel se entremezclaron al contestar los dos al tiempo. Creo que el abogado dijo algo parecido a que era comprensible y muy de padre que consideraran que yo era una niña, aunque resultaba poco realista, pero como me había dado por gritar tampoco podía asegurarlo.

—¡No soy ninguna niña, por el amor de Dios! ¿Cuándo van a dejar de tratarme todos de esta forma?

—Cuando dejes de comportarte como tal.

Había contestado Víctor por mi padre. Sonó seco y rudo, enfadado hasta el extremo. Últimamente sólo conocía al abogado en dos estados completamente opuestos: enfadado y excitado. Y creo que incluso cuando estaba excitado también continuaba estando enfadado, ya fuera porque no le gustaba sentirse atraído por mí o porque la paz mundial no era un hecho en pleno siglo veintiuno.

Levanté el mentón, ofendida. Lo miré con odio por primera vez en mi vida. Si tenía que ser la mujer más desagradable del planeta con el hombre del que me había enamorado no me iba a quedar más remedio, y estaba dispuesta a serlo.

Aunque sólo fuera por dejar claro que no era ninguna cría.

Volví a tomar aire.

—Papá, estoy enamorada de un hombre que es diez años mayor que yo. Espero que seas capaz de entenderlo, asumirlo, y confiar en que tu hija no es ninguna estúpida como para querer pasar su tiempo con alguien que no merece la pena.

Víctor se dio por aludido. En verdad se le desencajó el rostro al escucharme plantarle cara a mi padre, confesando lo que había entre nosotros sin decir su nombre. Imagino que tuvo que sentir vergüenza por escucharme mostrarme mucho más adulta de lo que él estaba siendo, pero no dijo absolutamente nada. Por el contrario, Oziel me dio un beso en la sien, me abrazó aún con más fuerza y me susurró un “bien hecho” que me llegó al alma.

—A tu cuarto, Bea. Ya hablaremos más tarde.

Mi padre no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, y lo entendía perfectamente. Era un golpe demasiado fuerte como para asimilarlo en cinco minutos. Probablemente llegaría con la cabeza llena de las palabras de Raúl, explicándole lo provocativo que se había mostrado Oziel conmigo en la cena. Yo seguía siendo su pequeña, después de todo, y probablemente no me veían capaz de desear a un hombre. Simplemente veían en Oziel una amenaza para la inocencia de su hija.

Y no era el momento indicado para decirle que ya no era nada inocente.

Miré a Oziel, asentí, y el abogado volvió a tenderle la mano a mi padre.

No obtuvo respuesta.

Los dos cogimos los bolsos del suelo y empezamos a caminar en dirección a la puerta.

—No te atrevas, Bea.

Miré a mi padre con ganas de llorar, pero conseguí mantener la compostura. Si no llego a tener el brazo de Oziel aún rodeándome probablemente me habría desmoronado en el suelo. Era lo más difícil que había tenido que hacer en la vida. Pasé a su lado y se quedó atónito. No se esperaba que no fuera a obedecerle.

Tampoco Víctor.

Cuando Oziel abrió la puerta y me dejó paso por fin lo escuché decir algo.

—Bea... —pronunció Víctor, casi en un susurro.

Sólo me llamó.

Me volví para mirarlo, esperé unos segundos, y tras comprobar que no iba a decir nada más continué andando hasta el ascensor.

Y Oziel cerró la puerta tras nosotros.

Décimo cuarta parte.

La polla que me llevó a un hotel

—¿Te duele mucho?

Oziel me miró sonriendo. Se tocó la barbilla e hizo luego el gesto de ir a golpearme la mía con el puño cerrado. La puerta del ascensor se abrió y nos deslizamos con rapidez hasta la entrada del portal.

—Víctor golpea mucho más fuerte. Me tiré al suelo a posta.

Asombrada y sin entender mucho de qué iba la confesión del abogado, detuve la marcha para que se explicara. Cogió mi bolsa y se la echó al hombro, mientras que con la otra mano cargaba la suya.

—Para un padre debe ser muy duro querer enfrentarse por el honor de su hija con un hombre al que no puede derribar. Imaginé que al menos, ya que le íbamos a dar ese disgusto, se merecía la satisfacción de tirarme al suelo de un golpe. No creo que eso ahora mismo haga que deje de sentirse una mierda, pero tal vez mañana lo recuerde y se le escape una sonrisa.

Saber que Oziel podía ser tan considerado con mi padre como conmigo hizo que aceptara su brazo para colgarme de él y seguir avanzando. Si el plan del abogado era enamorarme poco a poco lo estaba consiguiendo. Si Víctor no se daba prisa acabaría enredada en los entresijos de las buenas maneras y el morbo que desprendía el abogado. Caminé hasta la calle, sabiendo que probablemente mi padre y Víctor nos estuvieran mirando desde la ventana. Pensé hasta en parar a Oziel en medio de la acera y plantarle un beso en los labios que pudieran escuchar hasta en mi casa.

Pero no lo hice.

Mi padre, al final, me daba pena. Aquello podía haberse hecho de forma mucho más suave si no fuera porque el plan de Oziel estaba lleno de brusquedades y prisas para precipitar los acontecimientos. Eso de ir despacio no iba con él, y podía hasta entender que era un método bastante eficaz. Tenía a todo el mundo disgustado con sus formas, y con la única con la que se mostraba comprensivo y simpático era conmigo.

Llegamos al coche en un momento. No me permití el lujo de mirar hacia el balcón de casa para comprobar si estaban asomados o no. Oziel abrió la puerta, la cerró cuando estuve dentro, y colocó las dos bolsas en el portabultos, y entró por la suya.

—¿Alguna preferencia para el hotel?

—¿Me creerías si te dijera que no conozco ninguno de la ciudad?

—Eso es porque no has tenido todavía la necesidad de ir a follar fuera de casa.

Lo miré de reojo y él me devolvió la mirada con un guiño y una sonrisa pícaro.

—Si tus padres trabajaran en un despacho en tu casa ya verías si conocerías los hoteles de la ciudad.

—Recuerda que he follado más bien tirando a poco...

—Eso es porque Víctor no está bien de la cabeza. Ya sabes... es arquitecto.

Me reí por su comentario, halagador a toda vista, y mientras arrancaba el coche y nos poníamos en movimiento saqué el móvil del bolso que había llevado a la cena para echarle un vistazo. Si no recordaba mal no lo había mirado en toda la tarde.

Me encontré con catorce mensajes de Víctor en el whatsapp.

Víctor

Por favor, no hagas ninguna tontería.

Bea, vete a la cama directa. Mañana hablamos.

Mira, de verdad que me parece que todo esto es una chiquillada. Lo que estáis haciendo no va a funcionar.

Bea, ¿quieres decirme algo, por favor?

Bea, haz el favor de dejar de jugar con Oziel y vete a la cama.

Como me entere de que no estás durmiendo ahora mismo te doy un par de azotes.

¡Qué coño haces desnuda en mi cuarto, Bea!

Sal de una vez de ahí. ¡Vístete, joder!

Bea, voy para allá. Te aseguro que te voy a arrastrar a tu cama por los pelos.

¡Contesta Bea!

Estoy llegando. Espero que estés ya en la cama.

Llamando al ascensor. Que sepas que voy a matar a Oziel.

Bea, estoy en la puerta. ¿Abres o la abro yo?

¡Bea!

Me los leí del tirón, sabiendo que entre el primero y el último había transcurrido una hora. Víctor había intentado comunicarse conmigo desde que había cogido el ascensor en su edificio. Estaba completamente alterado al final, tras mi foto desnuda.

Se lo merecía.

—¿Ya has decidido a qué hotel vamos?

—Pues si me preguntas ahora mismo lo que me pide el cuerpo es ir al que esté más cerca, pero ya te digo que no conozco ninguno.

—¿Nos damos un homenaje? —me preguntó, sonriendo con malicia.

Temí preguntarle que qué entendía él por homenaje, porque como me fuera a soltar otro de sus comentarios morbosos después de haber tenido que salir de mi casa sin que Víctor nos parara iba a acabar besándolo.

—Pagas tú, ¿no?

Decimoquinta parte.

La polla que me arrancó un orgasmo

—Una habitación doble, por favor.

El recepcionista nos echó una mirada furtiva a los dos, más a mí que a Oziel, para luego volver a fijar su mirada penetrante en el abogado. Habíamos acabado en un hotel de cinco estrellas en pleno centro, en el que nunca había reparado por más veces que había pasado caminando por delante de la puerta. Era verdad que me habían llamado la atención los setos de la entrada, muy verdes y con una vistosa forma de espiral, pero más allá de la anécdota de encontrarlos en medio de la acera, no me había percatado de que se trataba de un hotel.

Oziel había dejado el coche en la puerta, y un aparcacoches había cogido las llaves para hacerse cargo de él. Nosotros sólo tuvimos que hacernos con los dos pequeños bultos —en verdad él cogió los dos, para luego dárselos a un botones que apareció de inmediato por la puerta de cristal. Me llevó de la mano hasta el enorme mostrador de mármol y madera que había justo frente a la entrada, y mientras saludaba sacó su cartera para buscar su documento de identificación y una tarjeta de crédito.

—Por supuesto, señor. ¿Sólo para una noche?

—No lo hemos decidido aún —respondió, dejando los documentos sobre el mostrador—. De momento al menos dos noches, y ya veremos después. Avisaré cuando sepamos si dejamos la habitación o seguimos en ella.

—No hay problema, señor. ¿Qué tipo de habitación deseaban?

—No fumador. Con vistas al jardín.

Pude ver al recepcionista dudar entre hacer o no la siguiente pregunta. Casi se puso a sudar mientras cogía la tarjeta de crédito y la contrastaba con el documento de identificación.

—¿Cama de matrimonio, señor?

Oziel me miró, sopesando la posibilidad de pedir lo que le exigía el cuerpo o, por el contrario hacer lo correcto.

Y ganó el caballero que había detrás del canalla.

—Dos camas, por favor.

Nos asignó la habitación 232, con vistas al jardín y un pequeño salón. Las camas se encontraban ocultas tras unos paneles que hacían las veces de biombos para separar los dos ambientes. Estaban juntas, con mesillas de noche a ambos lados, sin separación entre ellas. Pensé que eso y pedir una cama de matrimonio era exactamente lo mismo, pero lo cierto era que el hecho de que hubiera dos colchas y una separación entre ellas daba algo de sensación de intimidad.

—¿Te gusta?

—Mucho.

No había estado nunca en una habitación de cinco estrellas. No había querido enterarme de cuánto costaba cada noche en el hotel, más que nada porque no quería resultar grosera espiando la factura que había firmado Oziel con un elegante bolígrafo que no sé de dónde demonios salió. La rúbrica que dejó plasmada en el folio blanco me pareció lo más equilibrado y refinado que se podía hacer con una firma.

Tenía que practicar mucho para conseguir algo medianamente parecido.

Y también quería un móvil como el suyo, por descontado.

—¿Una ducha?

Me apetecía, y mucho, pero estaba tan cansada después del día tan largo que habíamos tenido que lo único que me llamaba la atención de verdad era meterme debajo de las sábanas e intentar dormir algo para no dar cabezazos en clase al día siguiente.

—Por la mañana... seguro que agradezco más el agua fría para despertarme.

Fue hasta su bolso y sacó una especie de pijama que se echó al hombro.

—Yo necesito una ducha. Lo de pelearme con tanta gente hoy me ha dejado algo sudado. No tardaré, pero si estás dormida cuando salga no haré ruido, aunque no puedo prometer que no te meta mano.

Le saqué la lengua, burlándome de él. Me picó un ojo como respuesta.

Entró al cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha sin cerrar la puerta. No quise mirar hacia él mientras se desnudaba, pero supe que lo hizo así precisamente para hacerse desear.

Y lo deseé...

Me quité la ropa, busqué mi pijama de Mafalda en el bolso y, eligiendo cama sin preguntarle qué lado prefería, me metí bajo las sábanas. Iba a ser la primera vez que compartía una cama con un hombre, aunque no sé si a aquello se le podía llamar compartir.

Me obligué a mirar hacia el otro lado de la habitación para no ver a Oziel desnudarse, para no tener la tentación de espiarlo cuando saliera de la ducha y se secara, y se pusiera el escueto pijama con el que me había regalado unas magníficas vistas de su cuerpo.

Incluso tenía ganas de volver a ver sus horribles zapatillas de cuadros.

Apreté los ojos y empecé a contar ovejas. Pero en vez de animales lanudos empezaron a desfilar al lado de la valla Ozieles y Víctores, en calzoncillos negros.

Horrible para quedarse una dormida.

“Ya me vale...”

—¿Duermes?

Hice un gesto negativo con la cabeza y Oziel se dio por enterado. No quise abrir los ojos para ver si iba vestido, aunque el esfuerzo de mantenerlos tan fuertemente cerrados hizo que me doliera la cabeza.

—¿Estás bien?

—Intento dormir... pero creo que me va a costar un poco.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees?

Sentí a Oziel sentarse en su cama, apartar la colcha y acostarse. La luz de la mesilla de noche seguía encendida. Me llegó el olor a jabón y cabello mojado. Me dio rabia tener tanto miedo a perder los papeles si los abría y lo miraba a los ojos.

Mi padre y Víctor estaban enfadados conmigo, había desobedecido a mi padre y me había ido de casa, y estaba en una habitación de hotel con alguien que se hacía pasar por mi novio mientras mi madre se tiraba de los pelos y le gritaba a mi padre que por qué me había dejado marchar.

Todos estaban pasándolo mal por mi culpa.

—Porque estás excitada.

“Tierra, trágame”.

Y era verdad. Podían mis padres estar llamando ahora mismo a todos los hoteles de la ciudad, buscándome. Podía estar Víctor mandando todos los mensajes a mi móvil, tratando de que regresara. Podía estar Laura castigada por haberse comportado como una cría para ayudarme.

Y yo estaba excitada.

El sexo con Víctor, la pelea entre los dos amigos, el hacerme pasar por la novia de Oziel y haber dejado que me diera de comer de sus dedos, el haber tentado a Víctor en la cocina, el estar acorralada en el portal de casa por el abogado, el desnudarme para que me sacara una fotografía...

¿Podía pasar algo más aquel día que me pudiera tener más alterada?

Sí, tenerlo a él acostado a mi lado, sin saber si estaba desnudo debajo de las sábanas.

¿Y cómo demonios sabía Oziel que, de entre todas las cosas que me debían de tener atormentada aquella noche, la que más me afectaba era el calor que desprendía mi entrepierna?

—¿Y qué si lo estoy?

Lo sentí moverse en la cama, girarse hacia mí, porque de pronto sentí su respiración acariciarme el rostro y moverme los cabellos, haciéndome cosquillas en la nariz.

—Que puedo ayudarte.

—¿A qué? —Volvía a tener la garganta seca.

—A que dejes de estarlo y puedas dormir.

—¿No dijiste que no pensabas tocarme mientras estuviera enamorada de otro? —Las palabras salieron temblorosas de mi boca, temiendo que respondiera que habían cambiado las reglas del juego, y que eso era lo que le divertía en ese momento.

—Vas a tocarte tú...

No pude dejar los ojos cerrados. Lo miré, a escasos centímetros de mi rostro, con la cara más atónita que creo haber puesto en la vida. Creo que me mordí el labio, y que me sonrojé tanto que me ardieron hasta las orejas. Pero la expresión de Oziel no cambió un ápice. Seguía mirándome con una pasión en los ojos que era imposible de apaciguar con un beso obsceno y un par de caricias dadas a la carrera en cualquier descansillo.

—Te ayudará a enfrentarte a Víctor estar más serena. La cabeza no piensa bien cuando manda el coño, y estoy convencido de que si meto los dedos entre tus piernas te encontraría mojada.

¿Qué podía responderle? ¿Qué se equivocaba? ¿Qué no me afectaba para nada su presencia allí, o cualquiera de las situaciones que había vivido —y que recordaba con extrema claridad— aquel día?

—Me da vergüenza...

Lo más estúpido que podía decir en ese momento. Si empezaba a entender que era normal que Víctor y mi padre me consideraran una cría.

—¿Acaso no te masturbas cuando estás a solas?

Asentí con la cabeza, con la lengua demasiado rasposa como para poder decir mucho más después de la genialidad que acababa de soltar por la boca.

—Pues ahora lo vas a hacer igual... con la salvedad de que vas a escuchar mi voz mientras lo haces.

—¿Y qué vas a decirme?

Oziel se apoyó en el brazo para elevar la cabeza y mirarme desde cierta altura sobre la cama. Estaba tan serio como cuando me escuchó preguntarle si serviría de algo que me acostara con otro hombre.

Con él...

—Obscenidades.

Tragué, pero no había saliva que suavizara la garganta.

—Cierra los ojos, separa las piernas, y déjate llevar.

Imagino que vio lo ruborizada que estaba y se apiadó de mí, porque apagó la luz para

ofrecerme cierta intimidad. De pronto me vi rodeada de oscuridad, sin poder verlo mirarme, cubierta por la sábana que me daba un calor horrible, y teniendo unas irresistibles ganas de dejarme llevar y seguir aquellas nuevas reglas del juego.

Pero no separé las piernas.

—Imagina que en vez de llegar tu padre a casa hubiera llegado Víctor. Imagina que en vez de darme tu padre un golpe asumible descarga tu amante toda su rabia sobre mi nariz y me deja tirado en el suelo, inconsciente. Imagina que se acerca a ti, furioso, y que en vez de darte un bofetón por desobedecerlo te agarra de los cabellos, hace tu cabeza hacia atrás, y te muerde los labios con tanta rabia que hasta te hace daño... Pero te gusta.

No entiendo cómo logró llevarme todas esas imágenes a la mente, pero sentí a Víctor tirarme del pelo y besarme de forma ruda y posesiva, tal y como me lo narraba Oziel.

—Separa las piernas, Bea. No te lo voy a decir una tercera vez...

Tuve ganas de preguntar que qué tenía pensado hacerme si lo desobedecía, pero supe que no valía la pena tentar a ese hombre. Sólo con su voz había conseguido enloquecerme, así que no podía ni imaginar en lo que me abandonaría si sus labios llegaban a apoderarse de los míos, queriendo en verdad hacerme suya.

“Caerás cuando yo quieras que lo haga”.

Y yo estaba a punto de caer, aunque fuera de una forma tan extraña.

Oziel y sus juegos.

Separé las piernas.

—Bien. Ahora lleva tu mano a tu coño y nota lo mojado que lo tienes, y sigue pensando en ese beso de Víctor. En sus dientes mordiendo y en la otra mano haciendo exactamente lo que vas a hacer tú ahora. Víctor va a meter sus dedos entre tus pliegues para asegurarse de que lo que está haciendo te gusta. Aunque está seguro de que nada de lo que él haga puede desagradarte... le gusta comprobarlo de primera mano.

La voz de Oziel era demasiado seductora como para que mi cuerpo no reaccionara a sus palabras. Sentí mis pezones duros contra la tela con el dibujo de Mafalda, los músculos de las nalgas contraerse y mi coño pedir carne que rellenara ese vacío tan doloroso que sentía. Llevé mis dedos a mi entrepierna para darme cuenta de que, en verdad, no podía estar más mojada. Gemí al rozarme, despertando una leve risa en el abogado. Estaba muy sensible como para poder disimular, por más que necesitara que no se notara tanto.

Casi seguro que también podía olerme...

—Tócate. Quiero escucharte gemir mientras lo haces. Mientras Víctor te mete un par de dedos dentro, mientras te folla con ellos. Sé que se correrá en tu boca, que está deseando hacerlo. Pero antes quiere follarte, de espaldas, contra la pared, como te acorralé yo antes. Quiere tener tus nalgas redondas expuestas, sujetarte las manos sobre la cabeza mientras te aprieta el culo con la que le queda libre. ¿Sientes sus manos? Una sujetándote las muñecas contra la pared y la otra aferrándote las nalgas, pasando de una a otra, metiendo varios dedos entre ellas para buscar la humedad que sabe que reina allá abajo...

No contesté, más que nada porque no sabía si era una pregunta retórica o en verdad esperaba que lo hiciera.

—No estás gimiendo...

No había podido volver a rozarme tras probar la sensibilidad de la zona la primera vez. Mi boca se había quedado cerrada, escuchándolo absorta. De vez en cuando abría los ojos, pero sabía que no conseguiría ver absolutamente nada.

—Si no te masturbas tú te tocaré yo...

“¿Lo prometes?”

Menos mal que no se me escapó la pregunta porque dudo que Oziel hubiera tardado mucho en tomarme la palabra, colocarse encima de mí y empezar a manosearme como hacía un par de horas.

Volví a comprobar que estaba demasiado excitada como para que la misión suicida de tocarme fuera a llegar a buen puerto.

—Duele...

—No roces. Presiona. Lento y profundo. Así duele menos...

¿Cómo coño podía saber él cómo tenía que masturbarme? Pero hice exactamente lo que me exigía, y el resultado fue tan placentero que no pude dejar de regalarle un prolongado gemido.

—Eso está mejor. Seguro que a Víctor le encanta escucharte gemir mientras te folla. Se acaba de abrir la bragueta y se ha sacado la polla. La tiene en la mano, y te la está restregando por las nalgas. ¿La sientes?

—Sí... —Esta vez no pude evitar responderle, más que nada porque había dejado todo el pudor a un lado y me estaba gustando horrores pensar en Víctor a mi espalda, a punto de empalarme, sujetándome las muñecas y gimiendo sobre mi cuello. Mis dedos se movieron con la experiencia que habían demostrado durante aquellos años de adolescencia pensando y deseando sin tregua la polla del hermano de Laura. Por una vez no tenía que imaginármelo sola, sino que Oziel me lo dibujaba para que yo solamente tuviera que sentirlo.

Y era sumamente placentero.

La polla de Víctor me empotró contra la pared en el mismo momento en el que así me lo contó Oziel.

—Duro, muy duro, y muy caliente. Te acaba de meter toda la verga entre las nalgas y ha llegado hasta el fondo. ¿No lo sientes? ¿No te gusta?

—¡Sí! Por favor... me gusta.

—Eso es. Sigue gimiendo, que Víctor tiene ganas de que lo hagas. Te va a sacar la polla y te la va a meter tantas veces como necesites hasta que te corras, y lo va a hacer de la misma forma. Con fuerza, haciendo que suene, gimiendo contra tu espalda, aferrándote por un hombro para atraerte hacia él. Le encanta sacarla y meterla, sacarla y meterla otra vez, y seguir perforándote el coño cada vez con más fuerza.

La vergüenza era un espejismo en ese momento. Estaba gimiendo tan alto que en cualquier momento alguno de los huéspedes llamaría al estirado recepcionista para quejarse de nuestra habitación, y mientras subía en el ascensor se preguntaría por qué demonios habíamos pedido unas camas separadas si al final íbamos a formar tanto jaleo.

—Córrete, Bea. Córrete para Víctor. Córrete para mí.

Fue delicioso estallar con su voz exigiéndome que llegara al orgasmo, sintiendo casi sus dedos guiar a los míos entre mis pliegues, presionando duro, metiéndose en mi interior como lo haría la polla de Víctor como si estuviera presente. Fue un orgasmo súbito, largo y extenuante, que me dejó desmadejada sobre la cama, con las piernas abiertas y el rostro vuelto hacia la voz cálida y sensual de Oziel.

Unos segundos de silencio acompañaron a mis últimos temblores, mientras escuchaba al abogado respirar a escasos centímetros de mi cabeza.

—Si no quieres que salte sobre ti y te folle exactamente como te lo ha hecho Víctor, la próxima vez que te corras grita su nombre... y no el mío.

Decimosexta parte.

La polla que me despertó con un beso

“Y ahora quiero correrme en tu boca”

Víctor repetía esa frase una y otra vez en mi sueño. Yo acababa de correrme, gimiendo contra la pared, mientras él me follaba con una fuerza mucho menos real de la que sabía que podía soportar mi cuerpo. Y, mientras lo hacía, soltaba la frase lapidaria.

“Me gusta, Oziel. Me voy a correr”.

Por consiguiente, Víctor se empotraba contra mí de forma salvaje, luego me decía que quería terminar en mi boca, pero en vez de hacerlo me negaba su polla. Era como si maquinara una cruel venganza por haberlo llamado con otro nombre. Normal, al fin y al cabo, que estuviera molesto.

Y así una y otra vez. Víctor se corría delante de mí, derramando su leche en el suelo del salón de mi casa. Y yo no sabía si debía ir e intentar recogerla o esperar a que, en el siguiente pase del sueño, quisiera entregármela en la boca.

Un bucle muy malo...

—Hora de despertar, pequeña.

Sentí el beso de Oziel rozarme la mejilla, suavemente, como quien despierta a una hija cuando se tiene una pesadilla. Tratando de no sobresaltarme más de lo que me tenía sobresaltada el sueño, apartó unos mechones de cabello de mi rostro y volvió a recitar su frase.

—Hora de despertar, Bea.

Supongo que a la cuarta vez que lo escuché ya no pude seguir fingiendo que permanecía dormida, y no me quedó más remedio que abrir los ojos y mirarlo. Desde que apagara la luz antes de hacer que me corriera no lo había podido ver, pero ya había amanecido y la luz entraba entre las cortinas a medio abrir de la habitación. El jardín del hotel se despertaba a la vez que nosotros, aunque Oziel tenía pinta de haber dormido más bien poco.

—No tienes buen aspecto —le comenté, sin mala intención.

—Recuérdame que la próxima vez te despierte con una jarra de agua helada sobre la cabeza...

Oziel me picó un ojo, y yo sonreí abiertamente, olvidando por unos instantes que hacía unas horas había gemido su nombre mientras disfrutaba de un orgasmo tan necesario como el comer o el respirar.

Pero en cuanto lo recordé volví a sonrojarme.

—¿En qué habíamos quedado con lo de ponerte colorada?

—Es que me da vergüenza que yo haya dormido tan a pierna suelta mientras que tú parece que no has pegado ojo en toda la noche.

Oziel apartó la colcha y se levantó de la cama, alejando su cara de mi rostro. Continuaba llevando el escueto pijama que tan bien marcaba su físico. Y, por más que busqué en los pantalones, no había ni rastro de la erección matutina de la que se hablaba en todas las webs especializadas.

—Apenas he descansado. Alguien tenía que planear el siguiente movimiento, y no ibas a ser tú, que te quedaste dormida nada más correrte.

—No hace falta que seas tan específico...

Sonrió mientras iba al baño. Se echó agua a la cara, humedeció sus cabellos negros, alborotándolos un poco, y regresó a la habitación para retirarme las sábanas de encima.

—Podría ser aún más específico, pero me lo reservo para cuando tengamos nuestra primera noche loca... y te vuelva a escuchar gemir.

—Ni en sueños...

—En sueños también has gemido... y también has estado diciendo mi nombre.

“Tierra, trágame...”

Me encendí hasta las orejas, pero Oziel no permitió que me regodeara en mi vergüenza. Me sacó de la cama tirando de mis brazos, me empujó hasta la ducha y abrió el grifo del agua caliente. Por un momento temí que pretendiese desnudarse conmigo dentro del baño.

—¿No decías que te darías una ducha por la mañana?

Asentí, mirándome al espejo y comprobando que mis cabellos necesitaban un poco más de atención de lo acostumbrado. Luego volví a mirarlo a él, que lucía unas intensas ojeras en el rostro. Nunca lo había visto con mal aspecto, ni en la época de estudiante con los exámenes a la vuelta de la esquina.

—Vas a necesitar un corrector de ojeras para ir al trabajo.

—No te creas. Mis compañeros pensarán que no he dormido porque he estado ocupado en cosas más interesantes y podremos gastar unas cuantas bromas.

—Pero no vas a decir la verdad...

—¿Y cuál es la verdad?

—Que has estado vigilando la puerta por si mi padre o Víctor nos localizaban y la echaban abajo de una patada.

Estaba claro que Oziel tenía el don de la improvisación, y que lo que más le divertía era ir cambiando las reglas del juego a cada acontecimiento que se cruzaba en nuestro camino. Por lo tanto, no podía ser cierto que lo de planear nuestros siguientes pasos le hubiera podido quitar el sueño.

Como mucho... era capaz de creerme que el no haber tenido un orgasmo estando, probablemente, igual de excitado que yo lo había desvelado al principio de la noche.

Pero eso lo podía haber arreglado yendo unos cuantos minutos al cuarto de baño...

El abogado sonrió, me revolvió el cabello como si volviera a acariciar a un perro que acabara de encontrarse en su camino, y me hizo un gesto para que atendiera a la ducha.

—Al final voy a entender que Víctor no sea capaz de verte como a una niña...

Decimoséptima parte.

La polla que se topó de bruces con la otra polla

Oziel me había avisado, y lo cierto era que yo también estaba convencida de lo que sugería.

—Prepárate. Tu padre, Víctor o los dos, van a estar esperándonos delante de la facultad.

Después de ver que tenía un millar de llamadas perdidas, tanto de mis padres como de Víctor, no me quedaba la menor duda. Si la policía no andaba ya buscándome era porque yo, aunque les pesara, era mayor de edad. Y, probablemente porque Víctor les habría convencido de que no lo hicieran. Al final Oziel era su amigo, y a mí me conocía lo suficiente como para saber que no hacía locuras...

Salvo con él.

Si tenía que enumerar todas las que había cometido para conseguir que el arquitecto me mirara al menos un poquito me faltaban dedos en las manos... y en las manos de Laura. Menos mal que no tenía la obligación de confesarme con ningún párroco, porque podían echarme del confesionario si llegaba a contar todo lo que había hecho desde que puse los ojos en Víctor.

Imaginé que, por eso mismo, las Primeras Comuniones se hacían a los diez, y no a los dieciocho. Nadie podría salir con el perdón concedido a esa edad.

Allí estaba Víctor, aparcado delante justo de la entrada a la facultad. Para coger ese sitio tenía que llevar allí por lo menos dos horas. Me dio cierta pena pensar que tal vez no había dormido nada aquella noche, mientras yo me masturbaba con las palabras de Oziel.

Pero se me pasó muy rápido.

Se merecía sufrir un poco —bastante— y lo estábamos consiguiendo. Bueno, en verdad lo conseguía sólo Oziel, y yo me dejaba llevar por lo que planeaba.

O lo que se le ocurría sobre la marcha.

Había sido todo un detalle que permaneciera despierto vigilando, aunque no lo fuera a reconocer ni muerto. Así podía enfrentarse a Víctor en igualdad de condiciones, que también tenía pinta de no haber dormido absolutamente nada. Una discusión entre dos mentes con falta de descanso podía ser incluso más interesante que verlos enzarzarse en una pelea a puñetazos.

Víctor hizo un gesto para que parara el coche justo a su lado. Eso implicaba aparcar en doble fila, pero a Oziel pareció resultarle buena idea. No había terminado de detener el coche cuando el arquitecto abrió la puerta de mi lado y trató de desabrocharme sobre la marcha el cinturón de seguridad. Tuve que golpearlo en el brazo un par de veces para que se estuviera quieto.

Fue entonces cuando me besó.

No fue un beso suave. Tampoco fue uno de esos sexys que conseguían calentarme desde lo alto de la coronilla a la punta de los pies. Más bien fue un beso que pedía perdón por todo, por lo pasado y lo futuro, y no me gustó para nada su sabor.

—¡Iros a un hotel! —comentó Oziel a mi lado, divertido.

—A un hotel ya te la has llevado tú, capullo —respondió él, soltando mis labios y volviendo a la dificultosa tarea de despojarme del sistema de anclaje—. Al menos podías haberme dicho a dónde la llevabas.

—¡Sí, hombre! Para que aparecieras a las dos de la mañana a ponerte a soplar desde el otro lado de la puerta, en plan lobo feroz. No me gustaba nada la idea, perdona que te lo comente.

—Y a mí me gusta menos que la sacaras de casa anoche.

Oziel se bajó por su puerta y yo traté de apartar a Víctor para poder salir por mis propios medios por la mía.

—Te recuerdo que nadie me sacó a rastras. Fui yo la que quiso marcharse. Si mi padre hubiera sido más razonable...

—¿Pero qué coño esperabas, Bea? —me interrumpió—. ¿Creíste de verdad que a tu padre le podía gustar la idea de que te echaras un novio de la edad de Oziel? Ya te dije que no van a permitirnos estar juntos, y que si llegan a enterarse de que te he puesto los ojos encima me echarán a patadas de vuestras vidas. Tus padres y los míos. Que ellos también llevan lo suyo y confiaban ciegamente en que iba a ser una buena influencia para ti.

—Creo que le has puesto más de un ojo encima, Víctor.

Lo fulminó con la mirada, con ganas renovadas de seguir su pelea del día anterior.

—No hagas que te estropee ese bonito traje de chaqueta antes de ir a trabajar.

En ese momento eran como el día y la noche. Oziel iba impecablemente vestido, con un nudo de corbata tan perfecto que hasta los maniqués de las tiendas de ropa para bodas envidiaban su secreto. Víctor, por el contrario, lucía vaqueros deslucidos y un jersey de cuello en pico, tan gris como su sentido del humor aquella mañana. Los dos llevaban las mismas ojeras, pero no se les ocurría dar ni un solo bostezo. Oziel, por lo menos, se había servido tres cafés en el restaurante del hotel aquella mañana.

—Si quieres esta noche la pasas con ella en la habitación. No le he cogido excesivo cariño aún, aunque la cama es bastante cómoda...

—Si supieras las ganas que tengo de matarte...

Me puse en medio de los dos gallos de pelea mientras un par de compañeras de clase cruzaban por el paso de peatones y se nos quedaban mirando.

“Perfecto. Hoy voy a ser la comidilla a la hora del almuerzo”.

—¡Ya está bien por hoy! Es demasiado temprano como para aguantaros a los dos con estas tonterías. ¡Y después la infantil soy yo!

—Vete a clase, Bea. Le diré a tus padres que estás bien, que estaban desesperados sin noticias tuyas. A duras penas he conseguido que no vinieran a montarte una escena.

—Claro, ese derecho te lo has reservado para ti...

—La escena que pienso montar con Oziel te la vas a perder, porque ya vas a estar metida en clase.

—Yo tengo una reunión importante a primera hora —comentó el abogado, divertido—. ¿Podemos posponer el hecho de que me mates hasta la una? Pero tendrá que ser rapidito, que he de recoger a Bea a las dos para el almuerzo.

—A Bea la recogeré yo después de clase...

—Nadie me va a recoger. Hoy almuerzo con Laura. Y puedo llegar a la pizzería perfectamente en autobús.

Los dos me miraron con cara de estar fastidiando los planes del día. Era como si no tuvieran otra cosa mejor que hacer que vigilarme durante toda la tarde. Entonces me pareció mi vida mucho más intensa y estimulante que las suyas, dependiendo de una chiquilla que aún no contaba con veinte años.

—Te llevo yo.

—Pues yo en vez de llevarte te acompaño.

Empecé a sospechar que aquello ya no iba conmigo, sino que era una rivalidad que llevaban ejerciendo desde hacía mucho tiempo. Eran como hermanos que se querían y se odiaban con un

intervalo de un par de segundos entre las dos emociones. Dos niños pequeños que luchaban por la posesión del juguete, que en este caso era yo.

Faltaba por ver si se iban a cargar el juguete antes de aprender a compartirlo...

O antes de decidir a quién pertenecía.

Por suerte llegó una de las compañeras con la que había compartido mi primer beso con Oziel aquella noche que nos encontramos en verano con el grupo de amigos de Víctor. Se paró a nuestro lado, a la espera de que le dejara paso para que pudiera saludar con sendos besos a los chicos a gusto. Cuando me vio con cara de pocos amigos se lo pensó dos veces y simplemente saludó con la mano.

Me despedí de Víctor con un beso rápido en la boca.

Y con Oziel hice exactamente lo mismo.

Ya tenían motivo para seguir regañando toda la tarde.

—¿Con cuál de los dos sales? —me preguntó, con la boca abierta y los ojos saliendo de sus órbitas.

—Con los dos.

—Las hay con suerte...

Decimoctava parte.

Laura y yo... y ninguna polla

Sí, había llamado a mis padres para avisarlos de que estaba bien. Sí, había pedido que avisaran a los suyos para que también supieran que estaba viva. Y sí, esa noche tampoco pensaba volver a casa.

El interrogatorio de Laura era el esperado dadas las circunstancias. Después de que Oziel y yo nos marcháramos de la cena sin el postre —con el comentario de Oziel de que nos lo íbamos a tomar en casa— el ambiente se había enrarecido. Víctor se había ido pronto a la cama, su padre había llamado al mío, y habían tenido una fuerte discusión con ella por los comentarios del cambio de universidad.

—Mis padres estaban que no cabían en su asombro con Oziel —comentó, tomándose su primer vaso de cola—. Que si parecía tan formal el año pasado, que si Víctor no lo había visto venir, que si tú eras aún muy joven para salir con alguien que te sacara diez años... No quiero ni imaginar la cara de tu padre cuando entró en tu casa.

—Yo lo que no quiero es recordarlo —le dije a Laura, abriendo la carta del menú y echando un primer vistazo a la selección de pizzas del restaurante. Nuestra asignación semanal no nos permitía el derroche, por lo que a nuestra edad elegir entre una marinera y una romana dejaba claro que los champiñones eran mucho más baratos.

—¿Y qué hizo Oziel?

Traté de contarle todo lo que había pasado desde que salimos del piso de soltero de los chicos anoche. Cuando quedó satisfecha con la narración —en la que había omitido la escabrosa escena de tocarme mientras Oziel exigía que lo hiciera— empezaron las preguntas más difíciles de resolver.

—¿Y por qué no me contaste nada antes?

—A eso ya te contesté anoche. Es un palo estar hablando de estas cosas, cuando ni siquiera sabíamos si saldría bien. Y queríamos mantenerlo en secreto al menos durante las primeras semanas, porque sabíamos lo que iba a pasar en cuanto saliera a la luz.

—¿Y cómo conseguiste ligarte a ese hombre? Y no me vengas con tonterías, que lo he visto más veces de las que seguro recuerdo, y no es del tipo del que se fija en chicas como nosotras.

Eso lo tenía claro. Víctor tampoco era de ese estilo, pero ahí estaban los dos. Que Oziel se hubiese excitado un par de veces pensando en mí no era exactamente que lo tuviera en el bote. Y menos si a ese hecho le añadíamos que lo que más le interesaba al abogado era estar en el meollo del asunto, complicándolo todo, para que Víctor cogiera rabieta y pudieran hacer los dos algo de ejercicio con el boxeo.

Pero que Víctor hubiera acabado teniendo necesidad de mí era mucho más extraño aún.

Y más sintiéndose como se sentía. Casi un hermano...

—Le hice gracia. Opina que tengo un sentido del humor muy vivo. Le hacía algún comentario cuando venía a casa con Víctor, casi siempre sin que tu hermano se diera cuenta, y una noche en la que coincidimos su grupo y el mío... me invitó a una copa. Luego, supongo que todo fue ir cayéndonos bien.

—¿Y cómo es en la cama?

Casi se me cae la carta al suelo cuando escuché la pregunta. Luego, para intentar bromear con

ella, oculté la cabeza detrás de las hojas donde venían los ingredientes de las pizzas y su correspondiente foto, y comencé a silbar, disimulando.

Lo cierto es que no sabía silbar.

Laura bajó la carta y me pellizcó la nariz, riendo.

—O respondes o pagas mi almuerzo.

—Pues pide una pizza margarita.

Las dos reímos de buena gana, escandalosamente en verdad. Los otros comensales nos miraron con cara de pocos amigos, como si aquel fuera un restaurante de postín donde las excentricidades sólo están permitidas a golpe de billetera.

—¡Déjate de tonterías y desembucha!

Pedimos al camarero una “*Cuatro Estaciones*” sin alcachofas y una ensalada. En cuanto se alejó volvió a mirarme como si con la mirada pudiera inyectarme en sangre suero de la verdad.

—Qué bien tiempo hace, ¿no?

—¡Bea!

—No hemos hecho nada. No me he acostado con él. ¿Contenta?

—No me lo creo.

Se enfurruñó sentándose contra el respaldo de la silla con tanta fuerza que temí que se cayera de espaldas y tuviera que recogerla del suelo.

—Pues sí, aún no hemos hecho nada. Nos hemos metido mano y nos besamos mucho... pero Oziel está yendo despacio conmigo. Precisamente porque tengo la edad que tengo, y porque tampoco hemos disfrutado de demasiadas oportunidades.

—¿Y anoche? Hotel y soledad. ¿Qué más necesitabais?

—Anoche yo estaba demasiado nerviosa por haber desobedecido a mi padre como para tener ganas de hacer nada. Y Oziel lo sabía perfectamente. Necesitaba mimos y abrazos, y eso fue exactamente lo que hizo. Es muy tierno... cuando quiere.

“*Y cuando no... es un demonio*”.

Laura aceptó mi palabra, pero me siguió interrogando cuando llegó la ensalada, cuando nos pusieron la pizza humeante en medio de las dos —y refunfuñamos por tener que quitarle a mano las alcachofas, que se habían olvidado de que no las queríamos— y mientras compartimos un tiramisú y una tarta de queso a la que le habían echado demasiados arándanos y apenas sabía a queso.

Me dio pena que el almuerzo hubiera llegado a su fin tan pronto. Estábamos con el café cuando me di cuenta de que al día siguiente Laura se iría y que volvería a quedarme a solas conmigo misma y mis coches de choque, rebotando entre Oziel y Víctor hasta que con alguno de esos golpes me rompiera la cabeza. La distancia nos había separado un poco, el hecho de que me hubiera enamorado de su hermano había influido drásticamente en que tuviera pocas cosas que contarle —que no fueran a enfadarla— y eso contribuyó a que la llamara y mensajeara cada vez menos.

Pero cuando se tenía una buena amiga sólo había que mirarla a los ojos para recordar lo que nos unía... que era más de lo que nos separaba.

Aunque lo que nos tenía separadas era algo más complicado que los ochocientos kilómetros de tierra árida y montañosa que había entre su ciudad y la mía.

Laura echó mano a su teléfono cuando lo sintió vibrar en el bolso. Pidió la cuenta al camarero y contestó que ya estábamos terminando de almorzar a su interlocutor. Colgó un minuto después, aunque poco caso le hice mientras hablaba ya que estaba buscando la cartera en mi mochila. Temí

que fuera su padre queriendo venir a buscarnos, y aprovechando para llevarme a rastras a mi casa.

La cuenta era asumible; más si teníamos en cuenta que no tenía que pagar la parte de Laura al haber respondido aceptablemente a sus preguntas.

Pero no llegué a poner el dinero en la cestita donde nos habían pasado el papel con la minuta.

—Pago yo —comentó Víctor, cogiendo la cuenta y sacando la tarjeta de crédito.

Decimonovena parte.

Derretirse por una polla...

Daba igual que me hubiera dejado marchar con Oziel la noche anterior sin decir ni pío. Daba igual que no se atreviera a decirle a mi padre que en verdad el que se acostaba conmigo era él y no su mejor amigo. Daba igual que se pegara con Oziel en vez de enfrentarse a la situación que me tenía en una montaña rusa de emociones. Daba igual que no fuera capaz de admitir lo que sentía por mí, si es que sentía algo.

Cada vez que lo veía me pasaba lo mismo.

Me derretía...

Víctor fue hasta el camarero en busca del datáfono sin quitarme los ojos de encima, como si temiera que me fuera a escapar por la puerta en cuanto se diera la vuelta. Lo cierto es que me entraron ganas de hacer exactamente eso. No me gustaban las encerronas, y aquella era bastante fea. Víctor sabía perfectamente que no quería que apareciera ninguno de los dos en el rato que iba a estar con mi amiga.

En cuanto pude fulminé con la mirada a Laura.

—¿Por qué le has dicho dónde estábamos?

—Me lo preguntó hace un par de horas, diciéndome que vendría a buscarnos para llevarnos a casa. No me pareció mala idea. Así llegamos antes. ¿Te molesta?

Laura recogió su bolso del respaldo de la silla y se lo colgó al hombro. Tampoco parecía mucho molestarle que su hermano pagara la cuenta del almuerzo.

—Pensé que volveríamos en autobús. Podríamos seguir hablando tranquilamente las dos—. No sé si la excusa le parecía razonable, pero fue la única que se me ocurrió tras mostrar lo molesta que estaba.

—Tampoco es que tengas algo mucho más jugoso que contarme sobre tu relación con Oziel. Si al menos me dieras detalles del sexo salvaje que dices que no has tenido...

Laura me picó un ojo, dejando entender que no se creía que yo no le hubiera bajado los pantalones a Oziel ni que él no me hubiera levantado la falda. En cuanto tuve la mochila colgada me dirigí hacia la puerta, pero fui interceptada por Víctor a medio camino. Me sujetó del brazo y me hizo darme la vuelta para mirarlo mientras hablaba.

—¿A dónde vas tan deprisa y sola?

—Pues a tomar un poco el aire. No me gusta sentirme espiada.

—No te he estado espiando. He esperado pacientemente en la puerta hasta que habéis terminado de almorzar. Sólo he llamado para asegurarme de que ya ibais terminando, porque Laura me dijo que a las cuatro y media quería estar de regreso para hacer la maleta.

Miré el reloj; eran las cuatro y veinte. Lo que no tenía muy claro es si Víctor llevaba en la puerta todo el almuerzo.

—Quería un rato de tranquilidad con tu hermana, nada más.

—¿Y ya habéis hablado de todo lo que teníais que hablar?

Fue entonces cuando, al escuchar el tono preocupado de Víctor, entendí qué le angustiaba. Seguramente estaba pensando que había quedado con Laura a solas para confesarle con quién tenía en verdad una relación. Imagino que no había obtenido información de Laura, y que en vez de preguntarle directamente a su hermana si tenía algo que contarle o preguntarle, era más fácil

confiar en que yo cantara como un canario.

Pues se iba a quedar con las ganas de que le dijera algo.

—Sí, ya hemos hablado de todo.

—¿Y te ha servido para desahogarte mucho o poco?

Lo miré de reojo y sonreí con malicia. Estaba en lo cierto; Víctor estaba preocupado por lo que le podía haber contado a su hermana.

Sabía de sobra que Laura tenía muy buena relación con Víctor. Todo lo protector que había sido conmigo también se multiplicaba por tres cuando de defender a su hermana pequeña se había tratado en la adolescencia. Realmente el primer recuerdo que tenía de Víctor era peleándose con un par de niños que le habían quitado la muñeca a Laura, estando las dos en primer curso de primaria. Creo que es una imagen que nunca iba a faltar en mi cabeza cuando lo veía ahora, alto y atlético, nada que ver con el chiquillo desgarrado que había sido en el colegio.

—Sí, me ha ayudado mucho, la verdad. Hacerle confesiones a una buena amiga es siempre muy gratificante.

En su cuello se movió la nuez al tragar. Me habría gustado decir que me dio lástima, pero no fue así. Me regodeé un poco en sus nervios aunque tampoco quise darle demasiada importancia. Mi prioridad era que se acostumbrara a la sensación de que nuestras familias supieran que estábamos liados, pero tampoco conseguiría nada bueno con el juego si entraba en estado de pánico y salía huyendo.

—¿Y tú qué? ¿Quedaste ya en un duelo a muerte al amanecer con Oziel por llevarme al hotel anoche?

Esa pregunta consiguió sacar cierta sonrisa de sus labios. Desde luego lo prefería así de atractivo y despreocupado.

—No he tenido ocasión. Preferí venir y que no te escaparas esta tarde.

Lo de escaparme sonaba bien. Pensé en correr hacia la puerta y ver si era capaz de ponerse en evidencia y salir corriendo detrás de mí, pero quería despedirme antes de Laura y eso me lo impediría.

—¿Y qué es lo que tienes pensado para esta tarde que no puedes dejar que me escape?

Le brillaron los ojos y a mí sé que me brilló una parte de mi cuerpo que no podía ver a simple vista. También me puse roja, y ardí. Pleno en sensaciones con un solo gesto de su rostro.

—Creo que lo de probar todas las camas de tu casa o de la mía va a estar complicado por el momento. Pero había pensado en enseñarte las posibilidades que puede ofrecernos el coche...

Vigésima parte.

La polla que me hizo hervir en el coche

Aunque parezca mentira, decirle “adiós” a mi mejor amiga —sin saber cuándo volveríamos a vernos otra vez— fue lo más fácil que tuve que hacer en el coche de Víctor. Nos paramos delante del portal de la casa que tenían ocupada sus padres y su hermana, y tras un sincero abrazo se despidió de mí y fue casi corriendo para llamar al telefonillo. Su hermano se quedó parado al lado de la puerta abierta del coche, vigilándola mientras se perdía en el interior del portal. Ella le hizo un gesto con la mano para que nos fuéramos, y acto seguido subió en el ascensor.

—A mí me parece que fue ayer cuando os escoltaba hasta el colegio —comentó, con rostro serio—. Y ahora de pronto me doy cuenta de que tendría que preguntarle si el chico con el que se acuesta la trata bien. Antes sólo tenía que preocuparme de que no os quitaran los juguetes...

—Pues si no has permanecido en coma durante ocho años no fue precisamente ayer cuando te peleabas con los niños que nos hacían llorar robándonos las muñecas.

No contestó. Sonrió con pesadumbre, sabiendo que lo que le decía era cierto y que si se le había pasado por alto que el tiempo pasaba era porque había andado demasiado ocupado sacando año por año la carrera de arquitectura.

—Era más divertido pelearme con esos chiquillos a hacerlo ahora con Oziel para que deje de mirarte como lo hace.

—No me mira tan mal...

—Si lo dejara te miraría mucho más.

“Y mucho peor...”

Le puse un dedo desafiante en el centro del pecho y presioné como si pretendiera tumbarlo hacia atrás con la fuerza del empuje. Observó el dedo hundirse en su jersey, en esa zona que el día anterior había mimado con mi lengua mientras él se movía enterrándose entre mis caderas.

Había pasado una eternidad desde ese recuerdo.

Nos había pillado Oziel, no lo había acompañado tras decirme que no sabía qué había entre nosotros, había empezado a fingir que tenía novio delante de su familia, había desafiado a mi padre al irme de casa, me había masturbado mientras Oziel me hablaba y aquella mañana se habían enfrentado los dos para ir a buscarme a la salida de la facultad.

Y allí estaba él, mirando mi dedo.

—Yo también tendría que dejar que me mirara, ¿no te parece?

Me cogió el dedo entre los suyos y lo apartó de su pecho.

—Fíjate que yo soy el que parece estar en coma, pero tú tienes amnesia. Anoche mismo te desnudaste delante de él para que te sacara unas fotografías...

Menos mal que no se le había ocurrido decir que me había desnudado para follar con Oziel. Podría haberlo abofeteado si se le llega a escapar esa sugerencia.

—Me desnudé para ti... no para él.

Se lo dije mirándolo a los ojos, con toda la seriedad de la que fui capaz mientras por los suyos pasaban todos los sentimientos que se habían despertado en aquellos días. Creo que fue la primera vez que me creyó con respecto a Oziel, pero aún así les quedaban todavía muchas cosas que solucionar entre ambos...

Y la tensión sexual era una de ellas.

No dejaba de darle vueltas a su invitación a enseñarme los placeres que se podían obtener en un coche, e imagino que él tenía lo mismo en la cabeza.

Habría sido demasiado arriesgado darme el gusto de besarlo en ese momento, pero me faltó muy poco para hacerlo. Seguía allí parado, como si estuviera dudando entre volver al interior del vehículo y llevarme a que mis padres vieran que estaba bien u ocuparse de que realmente tuvieran motivos por los que preocuparse...

Era un buen momento para soltar un chiste, pero no se me ocurría ninguno.

—Pues no vuelvas a desnudarte para mí delante de nadie, ¿entendido?

Tuve ganas de decirle que sonaba muy eterno, que para eso tendría que decirme que me quería, que comprometerse conmigo, tal vez incluso casarnos. Pero de pronto entendí que había hecho la aclaración de que no me desnudara para él delante de nadie, y no que no me desnudara nunca para nadie más. Se me bajó el alma a los pies con la misma fuerza con la que me había subido la emoción a la cabeza. Habría sido simplemente perfecto que Víctor de pronto me sintiera de su propiedad...

Como sugería Oziel.

—No te preocupes. La próxima vez que me desnude delante de alguien será para que ese alguien disfrute, y no para ponerte celoso.

Si había alguien de su familia mirando por la ventana tuvo que quedarse con la boca abierta al ver a Víctor agarrarme por las muñecas, acercarme a su cuerpo y besarme con la misma despreocupación con la que se besa a una novia en la calle. Posesivo, obsceno y demandante. Me dejó sin aire, pero tampoco lo necesité. Mi cerebro había dejado de funcionar y no le hacía falta demasiado oxígeno para el poco uso que iba a darle mientras me besaba.

No sé cómo llegué al interior del coche.

No sé cómo de pronto estábamos delante de la puerta de mi casa.

Y no sé cómo subimos en el ascensor si creo que ninguno de los dos tuvo dedos para otra cosa que no fuera recorrernos el cuerpo por encima de la ropa...

Con la esperanza de recorrerlo en breve debajo de ella.

No tengo ni idea de cuál de los dos abrió la puerta con su juego de llaves. Ni de quién fue el que la cerró en cuanto entramos.

Y tampoco recuerdo qué cara tenía cuando entré en el salón y me encontré allí de bruces con mis padres.

Lo que sí recuerdo es que Víctor se situó justo a mi lado, que me miró un momento y que me revolvió el cabello disculpándose por la encerrona.

Y un instante después me había cogido de la mano.

—Hay una cosa que tengo que contaros...

Y ahora... ¿QUÉ?

Si has llegado hasta esta página quiero darte enormemente las gracias. Gracias por haber comprado mi libro, pero sobre todo gracias por haberlo leído.

Es difícil embarcarse en un proyecto como el de dedicarte a la escritura. Por eso es tan importante para mí que haya ahí un lector que, sin conocerme de nada, haya decidido darle una oportunidad a mi estilo, mi temática, y mi forma de plantear el sexo escrito.

Por todo ello, mil gracias.

También he de hacerlo por algo muy especial, ya que haber sacado por fin esta segunda parte del libro a la venta, tras los problemas que he tenido por la censura del primero, ha sido mucho más complicado de lo que esperaba, y que hayas querido leerlo es todo un halago.

En mi web podrás encontrar muchísimos relatos, mis diferentes blogs con temáticas diversas, así como el blog de este libro, que abriré próximamente, Aunque sea su hermano... (magelagracia.com/hermano) en el que contaré de dónde nace la historia de Bea y Víctor, y hacia dónde se dirige.

Otro de los blog que encontrarás en mi web es magelagracia.com/otra. En el podrás adentrarte en los entresijos de mi segunda novela, titulada "La Otra. Historia de la Amante"; es, sin duda, mi proyecto más ambicioso, y el más personal también. Allí podrás seguir leyendo las desventuras de Oziel en la edad adulta.

Finalmente, me gustaría hacerte un regalo por acercarte a mi libro, a mi web y al mundo Magela Gracia. Si me envías un correo a aunquesigasiendosuhermano@magelagracia.com recibirás mis novedades como escritora y te enviaré un último capítulo de esta historia. ¿Qué puede pasar a partir de ahora con Bea y Víctor? De esa forma quiero recompensarte el haber depositado tu confianza en mi libro. Espero que lo hagas, que me saludes y que me cuentes tus impresiones sobre la historia, que me digas hola... Tengo muchas ganas de saber que existes. Sería un enorme placer agradecerte el haber conectado a través de un libro.

Gracias por estar ahí.

Hasta pronto.

Besos perversos.

Magela Gracia

Muchas más historias...

¡Hola!

Espero que te estén gustando las aventuras de Bea y Víctor. Estoy muy ilusionada con su historia, y por ello ya me he puesto a trabajar en la tercera parte de “Aunque Sea Su Hermano...”, ya que sigo recibiendo cientos de mails que me piden que la continúe. ¡En ello ando!

Pero mientras esperas a que salga a la venta quería ofrecerte como regalo unos cuantos capítulos de mis otras novelas: *“La Otra. Historia De La Amante”* y *“Una Mancha En La Cama”*.

Estoy segura de que te van a gustar.

¿Preparad@ para seguir leyendo?

Pues aquí las tienes.

Empieza nuevas historias. Empieza a disfrutar de nuevas emociones.

Enamórate de nuevo...

La Otra. Historia De La Amante

PRÓLOGO

Se me atragantaron sus palabras. Realmente, la sensación fue más como si hubiera recibido una patada en el centro del pecho, impidiéndome la respiración. No me lo esperaba, y más después de los meses que llevábamos juntos.

Dolía...

Mi mente luchó entre la incredulidad del momento, pensando que simplemente era una broma de mal gusto, y la necesidad de no parecer tan descompuesta como me imaginé que se me veía. Tenía ganas de vomitar, pero desde luego no era de las cosas que se podían catalogar como lucir impertérrita. No sabía si debía guardarme el disgusto, o reconocerle que había sido tan cruel que no estaba segura de poder perdonarle.

¿Cómo podía ser tan imbécil? ¿Perdonarle? ¿Estaba loca?

Llevaba saliendo con este hombre casi un año. ¡Doce jodidos meses! Y en ese momento me miraba con ojos caídos, como si en verdad mereciera que le acariciara con ternura el rostro y le dijera que nada había cambiado. Que le quería y que podría superar por él todas las adversidades.

Sabía mentir francamente bien, el muy mal nacido. Si por lo menos no estuviera tan enamorada... Yo no sabía hacerlo tan bien, y lo necesitada en ese momento más que nada en el mundo. Mentir me era tan necesario como respirar.

El que creía mi novio me tomó de la mano y la envolvió entre las suyas. Eran manos gruesas y fuertes, aunque bien cuidadas. Se notaba que habían trabajado poco en la vida, salvo para aferrar el manillar de su pesada Ducatti, trabajar con las mancuernas y manejar mi cabeza mientras me guiaba para que le envolviera la polla con los labios en el interior de la boca. Esas manos, que me habían aferrado tantas veces el cabello para follarme, eran mi perdición. Siempre me había gustado sentir su contacto, y entonces luchaba por rechazarlo, apartar la mía y propinarle el fuerte bofetón que merecía, que le dejara la cara marcada durante lo que restaba de día.

Y con el que la otra le viera mis dedos pintados de rojo, decorándole la mejilla.

Al final logré apartar mi piel de la suya, y aunque de repente se me helaron las manos sabía que era lo correcto. Necesitaba tiempo para asimilarlo todo. La cabeza no paraba de darme vueltas y tomar decisiones sin reposar los sentimientos nunca solía salirme bien. Y a pesar de tener claro que en esa ocasión no habría respuestas acertadas o equivocadas, simplemente porque con los sentimientos nunca las hay, necesité salir del interior del coche. Después de esos largos minutos tras su confesión ya me había convencido que no era una broma, y de que el dolor que sentía en el fondo del pecho iba a durarme mucho más que cualquiera de los golpes que me había dado mi profesor de defensa personal en el gimnasio.

Aquello era real, y mi novio no dejaba de mirarme, esperando, con rostro lastimero.

¡El muy hijo de puta!

El cuero de la tapicería amenazó con hacerme sudar con su contacto en los muslos, donde otras veces tanto lo había agradecido, mientras me aferraba a él en la intimidad de un aparcamiento en penumbra, cuando nos abandonábamos al olor a sexo. Poco importaba si nos retrasábamos con la reserva de la mesa para cenar en esos momentos. Me sentí la tela del vestido pegada a la piel de la espalda, y de repente no me gustó nada la idea de dejarle las marcas en el

coche, signo de mi maldita debilidad.

Un año engañada...

Ciertamente necesitaba coger un poco de aire, escabullirme entre el bullicio del tráfico y no parar antes de sentir el dolor punzante del roce de los zapatos nuevos, de un escandaloso charol rojo e imposibles tacones. Me imaginé arrojándoselos a la cabeza si se atrevía a perseguirme con el coche...

Un año era mucho tiempo. Ese dato no podía, sencillamente, pasar desapercibido. En un año se presentaban muchas oportunidades para sincerarse, para tomar la opción correcta, por dolorosa que pudiera ser para ambos, y comportarse como un adulto asumiendo las consecuencias de los actos. En un año habían muchos abrazos en la cama tras las interminables horas de sexo, muchos almuerzos rápidos compartiendo confidencias, y hasta un par de mini vacaciones de un fin de semana, alejados del estrés diario. Incluso un par de días separados por la visita que acababa de hacerle a mi hermana en Navidades.

Un año daba para mucho...

Me estaba asfixiando.

Abrí la puerta del coche y puse los pies en el asfalto. No recuerdo si fui yo la que recordé coger mi bolso o si fue él quien me lo tendió, entendiendo que no conseguiría meterme nuevamente en el habitáculo para hablar. La calle me dio vueltas, y los olores no me lo pusieron más fácil. De pronto estuve al otro lado del suelo asfaltado, en la acera, y lo miré con ojos perdidos, como si lo viera por primera vez.

Era un perfecto desconocido.

Había salido por su puerta y me miraba, sin atreverse a decir nada.

Su imagen recortada sobre el fondo oscuro del coche me evocó el recuerdo de la primera vez que me recogió a la salida del trabajo, hacía ya tantos meses. Entonces el automóvil era otro, él vestía ligeramente diferente y su sonrisa, desde luego, era mucho más excitante que el rictus de incredulidad que le adornaba en ese momento la cara. Teníamos muchas historias a las espaldas, muchos encuentros, muchas emociones.

Mucho sexo...

Lo miré como si lo viera por vez primera, observando al capullo que me acababa de decir que tenía una amante desde hacía un año.

Simplemente no podía creerlo.

Las lágrimas me empezaron a rodar por las mejillas, estropeando el maquillaje de día; ese maquillaje que había esperado descomponer con la saliva de su boca al besarme, con el sudor despertado con sus embestidas y mis lágrimas escapadas por descuido durante un magnífico orgasmo. En la entrepierna aún sentía el escozor de su polla, follándome minutos antes en el cuarto de baño de mi oficina. Olía a corrida apresurada. Ahora podía entender que deseara con tanta ansia empotrarme contra los azulejos del baño, abrirme de piernas mientras deslizaba con rapidez el bajo de mi falda hasta la cadera, para enterrarse de frente aun a riesgo de mancharse los pantalones del traje. La sorpresa de su deseo me había encendido, y no había encontrado resistencia en la decena de embestidas que duró hasta me llenó por entera de leche.

Aún podía escucharlo gemir contra mi cara.

Mi novio tenía una amante.

Me había follado antes de contármelo por si mi reacción acababa siendo precisamente la que había tenido. Quería correrse, simplemente por si era la última vez que conseguía hacerlo dentro de mi cuerpo.

La última vez que obtenía el placer que tanto le gustaba.

En ese momento su leche resbalaba por el interior de mis muslos y no sabía bien qué necesitaba hacer con ella. Mi lado vicioso me decía que podía retener a ese hombre a mi lado, y que lo único que tenía que hacer era comportarme como la puta que había sido siempre en el sexo. Llevarme un par de dedos a los muslos, sin quitarle los ojos de encima, y luego probarlo mezclado con el sabor que desprendía yo. Octavio no podría resistirse a eso, y yo podría olvidar todo el daño que me había hecho en unos insignificantes minutos.

Pero no quería ni pensar en olvidar el daño de doce meses. Eso era muy complicado de asimilar. Bastaba con olvidar lo que acababa de confesarme, sin más...

Hacer como si nada hubiera pasado.

Pero mi lado enojado me arrastraba a bajarme las bragas, limpiarme en medio de la calle con ellas y arrojárselas lo más fuerte posible, tratando de acertarle en la cara. Sabía que estaba demasiado lejos como para que la tela no acabara cayendo en el parabrisas de cualquiera de los coches que circulaban por la calle, y que afortunadamente nos hacían en ese momento de barrera.

Lo odié con todas mis fuerzas...

Empecé a llorar sin poder controlarlo. Y con la poca dignidad que me quedaba conseguí darme la vuelta y empezar a avanzar sin rumbo, con la única necesidad de alejarme de él. No podía apostar si se quedó, mirándome marchar o si volvió al interior de su Audi para alejarse de mí, arrancándose de su vida.

Pero a ese hombre siempre le había encantado mi trasero, y apostaré a que, aunque fuera sólo por si no volvía a verlo, esperó hasta que doblé la primera esquina, donde me derrumbé en el suelo y lloré amargamente durante lo que me parecieron horas.

Mi novio tenía una amante...

Y era yo.

I

Por tercer día consecutivo las ganas no me acompañaron a la hora de levantarme de la cama. Pero ya era lunes y no me podía permitir el lujo de quedarme entre las sábanas, como había hecho el día anterior, esperando al reparto del pizzero.

La luz se filtraba entre las lamas del estor, invitándome a reaccionar. Lo cierto era que no me había molestado mucho darme cuenta de que había pasado otra noche en blanco, mirando el techo, agradecida por cada coche que pasaba e iluminaba las paredes. Pero los faros se marchaban y volvía a quedarme a oscuras.

No me gustaba sentirme así.

Yo no era así.

¡Malditos fueran los hombres que jugaban con los sentimientos de las mujeres!

Me giré en la cama, poniéndome otra vez la colcha sobre los hombros. Solía dormir desnuda, pero desde aquella horrible confesión me había enfundado un pijama de franela y no me lo había quitado sino para ir al baño. Menos mal que el fin de semana me había ayudado para desconectar de todo.

Un libro en la mesilla de noche y el televisor trasladado desde el salón al dormitorio por toda compañía. Daba gracias por tener una reserva importante de helado de chocolate en el congelador. Era el alimento perfecto para aliviar las penas mientras me tragaba toda la primera temporada de Juego de Tronos con las piernas cruzadas apoyada en el cabecero de la cama. A golpes de espadón esperé olvidarme de todo, y en cada cabeza cortada vi el rostro de mi novio, ahora amante. Aunque tras seis capítulos, y un montón de muertos ensuciando los terrenos del reino, empezó a dejar de ser efectiva la terapia.

Juego de Tronos no lo curaba todo.

Me había pasado el fin de semana enfadada. A pesar de que el primer día había llorado como una tonta por la pérdida de la estabilidad que mi relación ficticia me había proporcionado unos meses atrás, tras la primera noche en vela decidí que lo que quería era descargar mi ira. Debí haberle pegado un guantazo en el interior del coche. Nunca había soportado estar mucho tiempo triste, y preferí cambiar esa sensación por una cólera que sí apaciguaba algo el helado.

El chocolate hizo su efecto, y por supuesto, las cabezas rodando por el suelo, poniéndolo todo perdido de sangre. Menos mal que no me tocaba limpiar a mí el desastre.

Dos días de televisión y libro, amontonando cajas de pizzas en el suelo del dormitorio, con el fregadero lleno de cucharillas de postre y la basura repleta de envases de refrescos de cola y tarrinas de helado.

Menos mal que había llovido todo el fin de semana, y no me había perdido ningún plan interesante con mis amigas...

Bueno, a decir verdad no lo tenía muy claro, ya que había apagado el móvil en cuanto entré por la puerta de casa aquel viernes, con las piernas aún oliendo a semen y a engaño. También había desconectado el teléfono de la pared. El cable solamente volvió a su sitio para hacer el pedido de las pizzas a las horas en las que me entraba hambre.

—¿No le apetece una ensalada para la noche?—, me había preguntado el pizzero, el mismo que había acudido cinco veces a llevarme mi sustento. El tipo rondaba los treinta, y no supe decir si me lo aconsejó porque se empezaba a preocupar por mi dieta, o porque mi casa quedaba demasiado lejos del local y la lluvia no hacía llevadera la profesión de repartidor de pizzas en

moto.

—Lo pensaré—, le dije, temiendo que su plan era que me pidiera la ensalada en el restaurante del local que tenía al lado del portal de casa, y para así librarse de tener que volver a llegar tan lejos de la pizzería por la noche—. Pizza y ensalada me parece un buen plan.

El muchacho me miró muy mal.

Por supuesto, cuando apareció el hambre al anochecer, no encargué la ensalada, aunque sabía que en la pizzería también me habrían preparado algo que llevara lechuga.

Menos mal que no perdía el apetito cuando me disgustaba.

Únicamente con la muerte de mi madre había dejado de comer una semana. Me vi tan débil que me prometí a mí misma que sólo le guardaría ese tipo de luto a mi padre, pero esperaba que pasaran muchos años hasta que eso sucediera.

Un novio no podía cargarse la salud de una mujer, por muy enamorada que una estuviera, y por muy bien que se le diera llevarte a la cama.

¿Por qué, entonces, me resistía a meterme directamente en la ducha, como cada lunes?

Seguro que el agua resbalando por la piel se llevaría el malestar del cuerpo, y una vez en las cañerías del desagüe no me importaría tanto mi ex novio.

¿Ex?

¿Había llegado a romper con él?

Esa idea sí me hizo sentar en la cama. El despertador marcó las siete con sus numeritos rojos, a punto de volver a sonar para instarme a abandonar la calidez de las sábanas. La función snoozer había sido un gran invento.

Había presionado el dichoso botón un par de veces.

El televisor bloqueaba parcialmente el acceso a la puerta del baño. La de salida hacia el pasillo estaba plagada de cajas de cartón con el logotipo del restaurante y restos de las aceitunas que no me había comido. Tenía el consolador ocupando el otro lado de la cama, sobre la almohada. Allí lo había puesto al amanecer del domingo, para rellenar el hueco que la cabeza de mi novio había dejado. Me había resultado gracioso entonces pensar que se le podía sustituir por una simple polla de plástico, y reducirlo a lo que él me había reducido a mí.

A una amante.

Si eso era en lo que mi novio me había transformado, era en lo que yo pensaba transformarlo a él.

No... mi novio no. Mi ex.

Por fin una sensación de inquietud hizo que tuviera ganas de saltar de la cama. Apagué el despertador justo antes de que volviera a sonar, subí la persiana veneciana y dejé entrar la claridad del día en la alcoba. Mi consolador me dio los buenos días, y yo se lo agradecí llevándomelo a los labios, y besando su capullo con toda la intimidad del mundo.

Los pantalones del pijama quedaron a los pies de la cama de un salto, y la camiseta fue a parar un par de metros más lejos, mientras avanzaba hacia el cuarto de baño. Abrí el grifo del agua caliente de la ducha mientras observaba mi aspecto en el espejo. Ojeras importantes, muchos mechones enredados en los cabellos, pero pocas señales más habían dejado las noches en vela en mi cuerpo. Estaba cansada pero me sentía viva. Y el cansancio lo iba a retirar de mi rostro con una buena capa de maquillaje. Del pelo ya me encargaría tras la ducha, o se encargaría la peluquera si veía que merecía la pena una rápida visita antes de mi primera cita de trabajo de aquella mañana.

Me devolví la sonrisa a través del espejo y me metí bajo el grifo de agua caliente. Disfruté de

la ducha como si hiciera años que no me daba una. Sentí las gotas golpear mi piel, y esa presión me relajó lo suficiente para que se me fuera de la cabeza atacar el botiquín buscando alguna pastilla que me quitara el dolor de espalda. Aquella misma tarde tenía que volver al gimnasio. La falta de ejercicio no me había sentado nada bien.

Ritual completo. Jabón de spa, mascarilla para el cabello, crema hidratante, una buena capa de maquillaje... Todo para ahuyentar el fin de semana en vela.

La toalla fue a hacerle compañía al pijama en el suelo. Pensé que ese pijama no debía volver al cajón nunca más. Siempre acababa enfundada en él en mis momentos bajos, y no me iba a permitir ni uno más por el momento. Mejor que acabara en el cubo de la basura antes de volver a sentir la necesidad de ponérmelo otro fin de semana.

Cogí un saco grande de basura y fui metiendo todo lo que me podía recordar los días metidos en mi dormitorio. Llevé el televisor a su lugar en el salón, y luego pensé que el pijama debía llevarlo a la parroquia en vez de dejarlo en la basura. Lo metí en el tambor de la lavadora y junto con las prendas de la semana anterior dejé puesto un programa de lavado corto.

La casa volvió a parecer un sitio acogedor donde vivir.

Entré en el vestidor y elegí el conjunto más arrebatadoramente sexy que pude encontrar para el invierno. Arreglé mis cabellos lo suficiente para poder posponer la visita a la peluquería al menos una semana, y elegí complementos escandalosos que indicaran claramente que era la ex de alguien. Necesitaba sentirme atractiva, y que me miraran con deseo.

El reloj despertador no había marcado las ocho cuando me calcé los tacones y recuperé mi móvil. Lo encendí mientras me tomaba un café en la cocina. La fruta se había echado a perder, pero pude comer algo de pan con jamón mientras hacía una lista de la compra mental para aquella semana. Me estaba tomando el último sorbo de café cuando el teléfono cogió cobertura y empezó a descargar todo lo que no había descargado en aquellos dos días.

Se me hizo tremendamente largo esperar a que terminara.

Había más de quinientos mensajes de whatsapp, varios correos electrónicos, recordatorios en mi agenda de los diferentes cumpleaños de las amigas y familia y algunos mensajes de llamadas perdidas.

Y lo que más se repetía era el nombre de mi novio.

Octavio...

—No. Mi novio no. Mi ex...

Me llevé el teléfono a la oreja justo tras marcar su número de teléfono. Tantas veces lo había llamado en aquellos meses que se me hizo enormemente raro pensar que era la última vez que lo hacía. Su voz sonó esperanzada y alegre al descolgar tras el tercer tono. Casi me dieron ganas de susurrarle que necesitaba que fuera a buscarme para arreglarlo.

Cerré los ojos y conté hasta tres, concentrándome en la ira que me había obligado a permanecer todo el fin de semana pegada al televisor viendo la serie más violenta que me pude permitir.

Menos mal que duró la necesidad sólo un instante.

—Olivia... ¡cuánto me alegro de que me hayas llamado! Estaba muy preocupado por ti.

Cogí aire, saboreando su alivio.

—Sabes que eres mi ex, ¿verdad?—, le dije, con el tono más frío que había utilizado en toda mi vida—. Porque yo lo tengo muy claro.

II

Llevaba una semana siendo la perfecta trabajadora, la perfecta amiga y la perfecta deportista. Necesitaba un respiro.

Las buenas intenciones se afrontaban muy bien los lunes por la mañana (o los domingos por la noche) pero al llegar el viernes pasaba lo que nos ocurría con la dieta. Aparecían las ganas de pecar.

Y yo, tras una semana sin querer coger el teléfono a mi ex —que me llamaba varias veces al día—, evitando los lugares donde podía encontrarlo, o al menos en los horarios en los que sabía que podía cruzármelo, estaba como loca por marcar su número de teléfono y escuchar su voz.

La carne era débil. Al menos... la mía.

Necesitaba una buena juega con mis chicas. Ellas siempre habían sido la voz de la cordura en mis etapas de locura, y yo había tratado de corresponderles de la misma forma cuando habían andado en sus peores horas. Todas las mujeres necesitábamos largas tardes de tertulia con un café entre las manos y algo de olor a chocolate como promesa. Mis chicas se habían portado como nunca conmigo.

Tenía el lujo de poder llamar amigas a las mejores mujeres de la ciudad, y estaba casi segura de que no estaba exagerando. Si había personas que podían sacarme una sonrisa en un momento de crisis como aquel esas eran ellas. Y llevaban toda la semana turnándose para acompañarme a casi todas partes, las muy sufridas. Gimnasio, almuerzos y cenas, compras, paradas esporádicas para surtirnos de chocolate...

Las había tenido conmigo en el baño, incluso cuando me dio un ataque de lágrimas a mitad de semana.

Debía invitarlas a una cena. Se la debía por las horas en las que me había pasado comiéndoles el coco con mis historias. Las pobres habían tratado de consolarme y animarme a partes iguales. Además, habíamos tenido un par de magníficos momentos en los que, simplemente, lo maldijeron conmigo. Ninguna de ellas se esperaba que la relación perfecta que yo les había descrito durante un año hubiera acabado de aquella manera. Por lo tanto, el lunes en el almuerzo había tocado dejarlas a las tres con la boca abierta.

—Lo he dejado—, informé, nada más sentarnos en la mesa del restaurante para almorzar.

—¿Te has vuelto loca?— me preguntó Olaya, que acababa de pedirle al camarero su sempiterna Coca Cola—. ¿Qué ha pasado?

No por nada ella me había visto marcharme el viernes con él, luciendo la mayor de mis sonrisas. Nada hacía presagiar lo mal que acabaría la conversación dentro de su coche.

—Resulta que es un enorme capullo, y además tiene pareja.

Ojos como platos, manos a la cabeza, y unas cuantas maldiciones. Me uní a los insultos, por supuesto. Me acababa de levantar de la cama tras un fin de semana horrible, y cualquier cosa era preferible a volver a tener por compañero al televisor y al helado, y por único humano visible al que saludar el repartidor de pizzas.

—¡Será hijo de puta!

—Lo es, lo es...

Les conté lo poco que sabía, ya que yo, en verdad, no me había quedado a escuchar mucho las explicaciones de Octavio. Ahora tenía muchas más lagunas de las que deseaba, pero en aquel coche había empezado a hacer demasiado calor, y yo no tenía ganas de demostrarle lo mucho que

me había herido echándome a llorar. Él habría acudido a brindarme su abrazo, a secar mis lágrimas con sus besos, y probablemente yo habría acabado sucumbiendo a ellos, buscando su contacto.

Tal vez habría perdonado a mi novio.

“No, mi ex. Lo tengo que tener muy claro”.

Eso había pasado el lunes.

Y ya habíamos llegado otra vez a un jodido viernes.

Cinco largos días desde que me levanté y mandé a la mierda a mi novio, y había sustituido la quema de calorías del sexo con un extra de ejercicio en el gimnasio. Cambiando de horario, por supuesto. Que siempre quedaba con Octavio para sudar un poco juntos antes de seguir sudando en mi apartamento.

Por suerte, él no tenía mucha disponibilidad para intentar coincidir conmigo si yo empezaba a ir al mediodía al gimnasio, antes del almuerzo. Y, después de tantos meses, entendía el motivo.

¿Cómo no iba a tener siempre prisa, si tenía que complacer a dos novias?

Me daba rabia darme cuenta ahora de lo obvio. No se quedaba a dormir en casa salvo en contadas ocasiones. No podíamos quedar sino para cenar en mi piso entre semana, tras el gimnasio diario y un encuentro cuerpo a cuerpo en cualquier lugar de la casa. Si le pedía que se quedase me contestaba que al día siguiente tenía que madrugar mucho, y que necesitaba descansar en su cama. Fui una tonta pensando que tan importante era su propio colchón como para negarme su abrazo al menos una vez en semana.

Ahora me daba cuenta de las verdades que antes no vi, y que debieron hacer sonar mis alarmas. Fines de semana casi siempre ocupados con su familia, a la que nunca llegué a conocer. Trabajo enigmático de empresario, del que apenas hablaba conmigo, que lo requería demasiado a menudo como para que no debiera cobrar un suculento plus de disponibilidad de veinticuatro horas, hoteles en vez de su casa, siempre en coche en vez de en moto, y preferiblemente por separado... Miles de datos que clamaban al cielo que me fijara en que aquello no era normal.

Pero yo, simplemente, estaba enamorada.

Cuando estás loca por alguien no le prestas atención a los detalles, y simplemente tratas de permanecer más tiempo con esa persona. Te vas creyendo las mentiras, porque al final quieres hacerlo, y porque el que miente suele tener una gran maestría para engañarte.

Octavio me engañó durante todos los meses que duró nuestra relación, pero no tenía más referencias acerca del engaño. Algo tan básico como si estaba casado o sólo convivía con la otra se me escapaba. Si había hijos de por medio, hipoteca conjunta y demás historias de pareja nunca lo sabría. No le había preguntado siquiera si la amaba...

Si nos amaba a las dos, o si con cualquiera de las dos fingía.

Ahora imaginaba que cada vez que salía de mi apartamento a las diez de la noche era porque iba a recogerla al trabajo para luego dormir juntos en su acogedora casa de pareja respetable. Cada vez que recibía una llamada del trabajo en plena cena y se disculpaba con un rápido beso para salir corriendo era porque ella lo reclamaba antes de la hora acordada por la mañana. Si lo llamaba por la mañana y no contestaba al teléfono era porque estaba su novia presente, o si era imposible quedar con él para una escapada de fin de semana era porque todos los tenía ocupados con esa mujer.

Con la oficial.

Me había imaginado tantas cosas esa semana que a veces tenía ganas de tirarme de los pelos por idiota. De nada servía torturarme con todas esas conjeturas. Tenía una mujer a la que prefería

estar unido en vez de quererme a mí en exclusiva.

Así de sencillo.

Yo solamente era la amante.

Con esas ideas en la cabeza había ido lidiando hasta la llegada del nuevo viernes. Mis amigas me habían ido consolando como nunca antes, quitándole importancia a lo que se había convertido en un drama para mí. No saber nada de lo que me había ocultado mi ex me estaba produciendo más ansiedad de lo que quería reconocer, pero a ellas no se les escapaba.

Hora de salir de la oficina, hora en la que Octavio venía a buscarme en su precioso coche y pasábamos una agradable tarde en el hotel que hubiera elegido... hasta las diez de la noche. Alguna vez, las menos, me sorprendió diciéndome que se podía quedar a dormir conmigo, pero fueron tan pocas que debía forzar la memoria para recordar las fechas.

—Mentira—, me dije, cerrando los cajones de mi escritorio, dando por finalizada la jornada laboral—. Las recuerdo todas.

Ciertamente, había atesorado esas pocas ocasiones en las que pude acurrucarme en el hueco entre su hombro y su brazo y me dispuse a dormir compartiendo el calor, además del sudor por el sexo desenfadado. Había sido la mujer más feliz del mundo cuando eso ocurría, y esas ocasiones habían servido para estar aún más enganchada a él.

Mi hermana hubiera comentado que se trataba de la misma táctica que usaba un pescador para cansar al pez una vez ha picado el anzuelo. Tira y recoge... Ella se habría dado cuenta del juego de Octavio. Una lástima que viviera en el extranjero y no lo hubiera conocido nunca.

Él no había querido acompañarme en el único viaje que había podido organizar para ir a verla.

Esas noches compartiendo cama habían compensado luego las largas semanas de vuelta a la rutina, a vernos un par de horas y siempre con los mismos fines. Algo de ejercicio, algo de sexo, algo de comida...

Se lo puse demasiado fácil al muy gilipollas.

Abastecía sus necesidades conmigo en una especie de avituallamiento amoroso. Se surtía de lo que necesitaba, y luego iba a buscar a su novia a su trabajo, o a donde fuera, para contarse mentiras sentados en el sofá de su casa antes de irse a la cama. Tal vez incluso cenaban, que conmigo nunca abusaba. Dos cenas no sería algo descabellado teniendo en cuenta que era un hombre activo y fuerte, y nunca cometía excesos estando conmigo. Las calorías que ingería después del sexo las compensaba follándome de pie contra la pared del salón nada más cruzar la puerta.

Y, sin querer, se me mojaron nuevamente las bragas.

El sexo con Octavio siempre había sido maravilloso. Agitado, morbosos, pasional. Era un hombre que en cuanto me tenía cerca aferraba la trenza que adornaba mi pelo, la enlazaba entre sus dedos, y me susurraba al oído.

—Te deseo...

Acto seguido se apoderaba de mis labios, y yo empezaba a sentir sus manos recorriendo todo el cuerpo, apremiante y posesivo, como si tuviera miedo de que fuera a desvanecerme de un momento a otro. En ese momento, en el que ya me había desvanecido, me preguntaba si se empalmaría con igual rapidez con la que yo me había sentido mojada en mi silla.

Miré el teléfono.

Otra vez viernes.

Me llevé las uñas a la boca para contener el impulso de descolgar y marcar su número. Mis

piernas temblaron ante la perspectiva de llamarlo, pedirle explicaciones, exigirle que dejara a la otra y se viniera aquella noche conmigo. Tenía que ceder. Me lo debía después de haberme tenido un año engañada, después de usarme como una muñequita, después de tantas malas noches que no compartió conmigo y sí con ella.

Aquella noche me la debía.

Me debía tantas explicaciones. Y yo le debía tantos insultos...

Menos mal que Olaya, que además de amiga era compañera de trabajo, entró en ese momento en mi despacho. Me vio mirando el teléfono como si lo odiara y amara al mismo tiempo, y se apresuró a levantarme de la silla y a buscar mi chaqueta que permanecía colgada en el perchero.

—¡Por fin es viernes!

Sí. Otro maldito y jodido viernes.

III

Cena en un japonés. Mis amigas me estaban mimando mucho.

Las otras dos del grupo ya estaban sentadas en la mesa cuando Olaya y yo llegamos. Ellas también eran compañeras de trabajo entre sí, y su jornada laboral terminaba sustancialmente antes que la nuestra. Normalmente cuando llegábamos siempre habían tenido tiempo de almorzar, ir de compras y tomar un par de copas para luego darnos una enorme envidia cuando nos sentábamos a su lado, con cara de “lo que os habéis perdido esta tarde”.

Casualmente lo que siempre nos perdíamos era a un dependiente de zapatería que estaba como un queso, o un camarero que pedía a gritos que le dejaras una buena propina, y que le dejabas porque tenía en la mandíbula más deseable de toda la ciudad. Cuando llegábamos Olaya y yo ya quedaban pocos hombres interesantes a los que echar el ojo. Tendríamos que plantearnos lo de cambiar de trabajo y pasarnos a la empresa de las Olga y Oriola, las dos afortunadas.

Su jefe seguro que nos podía hacer un hueco.

Eran amigas desde la infancia, al igual que Olaya y yo. Nos habíamos conocido en la universidad el primer año de carrera. Eran el tipo de chicas que atraen con mirada tanto si eres hombre o mujer. A mí, simplemente, me cautivó el buen rollo que había entre ellas. De primeras pensé que formaban una pareja de lesbianas, de lo tan unidas que las veía siempre. Cariñosas y simpáticas, con unas inmensas ganas de pasarlo bien. Olaya y yo habíamos sido siempre más dedicadas al estudio que a la juerga, pero al conocerlas eso cambio... para peor.

Nuestro primer año de carrera fue nefasto para las cuatro. Demasiadas salidas, demasiados chicos, demasiadas noches de tertulia en el piso que al final acabaríamos compartiendo juntas. Al llegar septiembre nos quedaban la mayor parte de las asignaturas a todas, lo que nos hizo replantearnos las cosas. Yo no estaba dispuesta a pasar otro verano estudiando a destajo lo que no había podido entender en los meses anteriores, y convencí al resto de que lo más sensato era moderar el ritmo de vida.

A alguna le costó más que a mí aceptarlo. Pero al llegar el nuevo verano teníamos todas las asignaturas aprobadas.

Ahora, sobre todo a Olga, le iba muy bien en su trabajo. Ganaba casi tanto como nosotras tres juntas. También era cierto que dominaba tres idiomas desde la infancia, al ser sus padres profesores de la escuela oficial de idiomas. Supongo que también ayudaba que se hubiera liado hacía unos años con su jefe y que le hubiera subido sustancialmente el sueldo, pero era verdad que la chica valía, y mucho. Era condenadamente buena en lo que hacía.

Y no me refería a chupársela al directivo que tenía por encima de su cargo en el ascensor del rascacielos donde su empresa tenía las oficinas centrales. Que sesenta y ocho plantas daban para mucho... pero no era el caso. Siempre se habían cuidado mucho de mantener la relación lo más en secreto posible, y salvo al departamento de nóminas, que seguro que se olía algo, nadie en la empresa, salvo Oriola, sospechaba nada. Incluso me había pedido alguna vez que Octavio fuera a recogerla a la oficina para que sus compañeros se creyeran que salía con alguien ajeno al departamento. Mi ex nunca había podido hacerlo —tan liado andaba siempre el pobre teniendo una doble vida como para fingir también una tercera novia—, pero el novio de Olaya se había prestado unas cuantas veces.

Vigilábamos desde entonces de cerca al novio de mi amiga, por si las moscas... Y no por Olga precisamente. Que todas sabíamos que estaba muy enamorada de su jefe, y él de ella. En verdad

también sabíamos que el novio de Olaya estaba loco por ella y que sólo se prestaba al juego porque le gustaba complacer a la muchacha, pero nosotras bromeábamos con el hecho de que había sido muy fácil convencerlo para que cogiera de la mano a Olga.

—Ese trama algo—, solíamos comentarle. Ella, simplemente, se ruborizaba.

Teníamos la esperanza de que en poco tiempo Olga nos hiciera vestirnos horrorosamente de damas de honor para su boda secreta en alguna isla paradisíaca. Con todos los gastos pagados, por supuesto. Ya, después, podrían enterarse todos en la empresa.

—¡A ver cuando nos das ese capricho!

Mis chicas habían comprado, como no, alguna prenda de ropa. Lo que no me esperaba era que hubieran dedicado el tiempo a renovar mi vestuario y no el suyo. Al parecer, invitaba ese día el novio de Olga, que tras enterarse de mi mala suerte con mi novio —ex, que no me entraba aún en la cabeza—, había insistido en que a las mujeres siempre nos animaba un par de prendas de vestir sexys.

—¡Mira qué cosas tan chulas te hemos traído!

Y me pasaron tres bolsas de tres tiendas donde ya te cobraban por respirar el mismo aire que rozaba las prendas.

Ciertamente, toda la ropa era preciosa. Tuve que llamar de inmediato a Carles, el novio ricachón, para agradecerle el detalle. No era que me pareciera correcto que pensara que a un novio se le olvidaba sustituyéndolo por ropa, pero aquel mismo fin de semana había colocado yo mi consolador en el sitio que Octavio había ocupado en la cama con las mismas intenciones. Así que el gesto era, en principio, igual de superficial que el mío.

Estaba mirando un conjunto de lencería del todo inapropiado para sacar de la bolsa en el restaurante cuando me llevaron la primera copa de vino.

—Esto voy a tardar en estrenarlo—, les comenté, pensando que ponerse tales encajes sin que los fuera a disfrutar un hombre era una pena, y andar lavando a mano prendas de diseño no se me daba nada bien.

—Eso ni lo sueñes. Tú te buscas un amante esta misma noche, aunque valga solamente para dos polvos.

Oriola era la única que permanecía soltera, y creo que en su fuero interno se alegraba de poder tener ahora a una amiga que fuera a ir de caza por las noches con ella, en vez de sentirse simplemente observada por nosotras tres, que hasta hace nada teníamos pareja.

—Tú lo que quieres es que te quite a los moscones feos de delante, para que puedas ligarte a los hombres guapos.

—No lo dudes...

Nos echamos a reír mientras mirábamos la carta, aunque en los restaurantes japoneses siempre pedíamos básicamente lo mismo. Nos gustaba hacernos las interesantes, mirándonos por encima de las hojas, a ver si alguna se atrevía a pronunciar el nombre de alguno de los platos, con tan poco acento e idea que acabara despertando la risilla disimulada del camarero. Oriola había optado por pedir los platos por el número que acompañaba a la foto, tras tenerla muy gorda con una camarera de un restaurante del que casi nos echan y al que nunca habíamos vuelto.

—Lo de siempre, ¿no?

—Lo de siempre...

Si teníamos claro que la noche de chicas era para beber...

Nos contamos a grandes rasgos las novedades del día, que no eran muchas. Y Olaya tuvo la indecencia de confesar que me había encontrado en mi despacho con pinta de ir a descolgar el

teléfono para llamar a Octavio.

—Traidora...

—Lo hago por tu bien—, respondió ella, cruzando las piernas en plan diva, dando a entender que estaba muy orgullosa de sí misma por haber sido tan oportuna—. Si llego a entrar tres minutos más tarde la tenemos que ir a buscar al hotel donde hubiera quedado con el muy cabronazo.

Era una pena que a esas alturas de semana tuviera tan poca fe en mi fortaleza mental, pero al final estaba en lo cierto. Había tenido demasiadas ganas de llamar a Octavio como para poder negar la evidencia.

No iba de haber estado enamorada como una tonta de él. Iba de seguir enamorada de él, hasta las trancas.

Mierda.

Probablemente la idea de intentar ligar aquella noche no fuera tan descabellada. Cualquier cosa sería mejor que pasar la noche del viernes llorando en mi casa, reviviendo la escena de la semana anterior. Los aniversarios eran muy malos para los recuerdos, y ya se cumplía una semana desde que estaba sin novio.

“No. Desde que me enteré de que era su amante. Rompí con él el lunes por la mañana”.

Mierda, dos aniversarios.

Mejoraba la cosa por momentos.

—Pues vale—, sentencié, levantando la copa para soltar un solemne brindis. En el restaurante comenzó a sonar una canción de Taylor Swift—. Por la noche en la que me pienso ligar al tío más bueno del Martinies.

Shake it off acompañó el chocar de copas.

—Por la noche en la que piensas ligarte al segundo tío más sexy del Martinies—, contestó Oriola—. Que al más bueno me lo pienso llevar yo a la cama.

Reímos de buena gana. Nos hacía falta.

Me hacía falta.

Mis amigas volvieron a levantar las copas conmigo, y menos Olaya, lo hicieron convencidas de que se presentaba una velada memorable. Pero era porque Olaya me había visto flaquear, y no por nada me conocía desde la infancia. Sabía que lo estaba pasando tremendamente mal, y que me iba a costar superar el golpe que me había dado el capullo de mi ex.

Y no iba mal encaminada...

IV

Esa noche no pude ligar. Por más que lo intenté no tenía el cuerpo para estar tonteando con desconocidos que lo único que buscaban era sexo rápido y sin compromiso.

“Mira tú por dónde, como quería mi amante”.

Cuanto más le daba vueltas a la cabeza más entendía que había sido una estúpida al no darme cuenta antes de la vida que había llegado con mi novio. Vida de amante. Vida de mujer resignada que se conformaba con las migajas que le dejaba la otra. Vida clandestina.

Se acercaron un par de hombres interesantes, acuciados por mis amigas, claramente. Cualquier espécimen que le entrara a Oriola, Olga u Olaya venía rebotado hacia mi lado del reservado, donde nos habíamos sentado a beber mojitos, rérnos de la vida, y criticar vestidos de las otras féminas del local.

Y a observar al género masculino, por supuesto.

No me quité el abrigo en toda la noche. Habían bajado sensiblemente las temperaturas, y no estaba muy por la labor de coger un fuerte catarro que me tuviera otro fin de semana en casa, con un nuevo pijama —ya que el otro al final había ido a parar a la beneficencia—, y más decapitaciones en la tele. Olga se había encargado de ir conmigo a comprar la prenda de ropa, y había tenido muy buen ojo para rebuscar entre los pijamas de rebajas.

Me había quejado varias veces del frío a mis amigas. Ellas parecieron no sentirlo, probablemente porque bailaron más, bebieron más, e incluso interactuaron más de la cuenta con los hombres, probablemente para atraerlos hacia mí.

Las miré y hasta las envidié por poder estar sin abrigo en pleno enero. De todos modos, como no tenía el impulso de ponerme a lucir vestido y curvas para levantar alguna polla que quisiera pasar un buen rato, no me quedó pena por el mal tiempo en la terraza, siempre que no me obligaran a despojarme de la preciada prenda de abrigo.

El cielo amenazaba lluvia, y yo tenía muy a menudo ganas de llorar, acompañando la humedad del clima.

Al tercer tío que vino a parar a mi lado tras ser desviado sutilmente por mis amigas me puse algo tiesa en el sillón de mimbre, en el que compartía hueco con Olaya cuando se cansaba de bailar.

—No sé qué te habrán dicho las lenguas viperinas de aquel lado—, comencé, señalando con el mentón a mi grupo de amigas, que había hecho un corrillo para mirarme. Pusieron los pulgares en alto, señalando que les gustaba, sin duda alguna, el hombre que acababa de acercárseme—. Pero no ando buscando conocer a nadie esta noche, muchas gracias.

Supongo que fui demasiado brusca, porque el hombre que se me acababa de presentar frunció el ceño hasta parecer enfadado. Me sentí mal por ser tan grosera. En verdad yo nunca había sido descortés con nadie, y no tenía que empezar a serlo aquella noche. Era mi primer fin de semana sin pareja, y tenía que dejar de comportarme como una mártir. Nadie en aquella terraza tenía la culpa de que a mí me acabaran de romper el corazón.

—No por no andar buscando conocer a alguien se deja de conocer a alguien—, contestó, tratando de obviar lo grosera que acababa de ser al hablarle.

El rostro se le suavizó mientras charlaba, y me esforcé por mirarlo a los ojos, cosa que no había hecho con los dos tipos anteriores. No sabría decir quiénes eran los otros dos hombres que se me habían acercado pocos minutos antes, y era toda una descortesía por mi parte. Me sentí mal,

a la vez que me quedé sorprendida al darme cuenta de que me resultó muy agradable mirar a mi interlocutor.

Era, sin duda alguna, muy atractivo.

—Cierto. No buscar compañía no me exime de ser educada.

Me levanté del sillón, no sin algo de dificultad tras tres mojitos y el vino de la cena. Le extendí la mano para presentarme tras estirar mi vestido y el abrigo por debajo del culo. El tipo siguió mis movimientos con la mirada, y pude notar que sonreía complacido cuando volví a mirarlo a los ojos.

—Me llamo Olivia.

Rechazó mi mano y se apropió de mi rostro para darme un beso suave en la mejilla, muy cerca del oído.

—Eso me ha dicho tu amiga. Un placer... Olivia.

Tenía una voz sensual que hizo que me temblaran un poco las piernas al aceptar su beso. Lucía una barba de tres días que me raspó la mejilla, haciéndome cosquillas. El beso fue húmedo, y cuando retiró los labios sentí frío sobre la piel que había dejado atrás.

Impulsivamente llevé los dedos a la zona, gesto que le hizo mucha gracia.

—Yo soy Oziel.

Me quedé como una tonta mirando sus labios, enmarcados en la barba incipiente. Tenía unos preciosos ojos picarones que jugaban con la idea de recorrerme el cuerpo para valorar si merecía la pena el esfuerzo de quitarme el mal humor. No puedo decir que me desagradara su poco disimulado descaro, ya que hacía un par de mojitos antes había decidido que aquella noche iba a meterme en la cama con un completo desconocido, y aquel lo era.

Y estaba realmente bien el caballero.

Cabello oscuro ligeramente ondulado, lo suficientemente largo como para poder peinarlo y aferrarlo mientras se le besaba. Mandíbula cuadrada que me recordó a la del personaje de Batman bajo la máscara negra. Cuerpo esbelto aunque sin grandes pretensiones. Buena postura, y buena mirada...

Supongo que a él también le hizo gracia que lo valorara.

—Siento que sea un mal día para conocer a alguien. Me habría encantado tomarme una copa contigo.

Volvió a darme un beso a modo de despedida, algo más largo que el anterior. Y muy húmedo. Sentí que me excitaba bajo la presión de sus labios, mientras sus palabras me acariciaban la piel cerca del oído, tratando de dejar huella en mi mente... y en mi entrepierna.

—Espero que otro día quieras conocerme.

Su mano tocó mi cuello para terminar de embaucarme, y la otra rozó mi cintura. Temblé y sentí su sonrisa a mi lado, raspando con el gesto mi mejilla. La música sonaba alta en el local, pero no se me escapó ni una de sus palabras.

Hubiera quedado como una hipócrita si de pronto me entraban ganas de aceptarle esa copa tras haberlo mirado a los ojos, así que no dije nada. Me limité a asentir, como él intuía que haría, y lo observé con cara de lela mientras se alejaba, volviendo a saludar a Oriola, que era la que lo había conducido hasta mí.

“Gilipollas”.

Me lo llamaba a mí, no a él, que para nada se había comportado como tal. Acababa de dejar pasar al tío más atractivo, probablemente, de todo el local, y su beso de despedida había sido como un bofetón por la promesa de erotismo que escondía, y que me había privado de disfrutar.

Sentí el impulso de quitarme el abrigo y salir a bailar con Oriola, pero mi estado de ánimo se ensombreció ante la perspectiva de comportarme como una niña que trata de recobrar la atención del niño al que acaba de insultar. Seguí con la mirada su trasero, casi cubierto por el blazer que llevaba, mientras se alejó de nuestro reservado y se confundía entre la masa que se movía al ritmo de las notas musicales.

No me gustó el sabor de boca que se me quedó al perderlo de vista.

Y no me gustó la canción que sonaba, por lo que volví a sentarme en mi sillón de mimbre, cruzando las piernas, y poniendo más tela del abrigo sobre ellas.

Mi humor había empeorado considerablemente.

Me prometí que era la última vez que dejaba que Octavio me fastidiara una noche. No había nada entre él y yo, salvo las mentiras y mi corazón roto. Mi rabia y mi impotencia, y mi necesidad de volver a estar entre sus brazos. Necesitaba comprobar si esa necesidad se evaporaba al estar entre otros, que apretaran mi cuerpo con la misma fuerza.

Pero mi promesa me recordó demasiado a la que me había hecho el fin de semana, tratando de comer algo para no perder peso por un disgusto amoroso.

Mis promesas sonaban demasiado huecas...

—¿No te ha gustado ese hombre?

Mi amiga soltera se había quedado también mirando la estela que dejó Oziel al alejarse, con mejores cosas en la cabeza que llamarse gilipollas a sí misma por haberlo espantado. Ella, probablemente, se veía ahora mismo acercándose a él, presentándose con una enorme sonrisa, y plantándole un enorme beso en los labios a modo de saludo. Si se lo follaría en alguno de los baños de la terraza, en el asiento de atrás de su coche, o en la cama de cualquiera de los dos, no me quedaba muy claro. Pero mi amiga se había puesto en modo caza, y Oziel iba a tener pocas posibilidades de defenderse de ella.

Me dio cierta envidia.

En verdad ella había prometido acostarse con el tío más guapo del local, y me quedaban pocas dudas de que ese era sin duda Oziel.

—Todo tuyo. Disfruta de la noche—, le contesté, intentando sonreír—. Y dale recuerdos de mi parte.

“¿Recuerdos de mi parte? Cada día ando más atontada”.

Me dio un beso donde aún conservaba el recuerdo del anterior, y dando saltitos se perdió en la misma dirección que el primer hombre que había conseguido que se difuminara la imagen de mi amante, metido entre mis piernas, entrando y saliendo con ansia, apoyada contra la pared de mi piso una noche cualquiera.

Aquella noche iba a necesitar los servicios de mi consolador, lo estaba viendo.

Olaya me miró desde la zona de baile, y sonrió entendiendo cómo me sentía. A los pocos minutos se sentó a mi lado portando dos copas con sendos mojitos. Lamí el azúcar del borde del cristal para quitarme el amargor de la boca, y mordisqueé un poco de hielo. Olaya me abrazó cuando las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Al final, había empezado yo a llorar antes que el cielo a llover.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Perdonarme las malas noches que voy a darte...

Olaya cogió un poco más de azúcar con su dedo y me lo ofreció para que lo lamiera.

—Todas las que hagan falta. Para eso están las amigas.

Y mientras lloraba y masticaba azúcar busqué con la mirada a los hombres que no podía

identificar de aquella noche. Pensé que les debía una disculpa. Pero ya si eso para cuando pasara otra vez por delante de un espejo, que el maquillaje tenía que estar hecho una pena con las lágrimas.

“Olivia en modo mapache”.

Sí, me prometí que aquella noche era la última que me fastidiaba mi ex novio.

Era una pena que mis promesas me sirvieran de poco a aquellas alturas.

V

Levantarme el sábado añorando el pijama que di a la beneficencia no fue, para nada, iniciar el fin de semana con buen pie. Acostarme llorando pensando en Octavio... tampoco ayudó a que la cosa mejorara mucho.

La noche del viernes había acabado como se barruntaba, triste y lacrimógena. Después de perder de vista a mi amiga, en pos del amante que se me escapó de entre las manos por comportarme como una tonta enamorada —que lo era—, la velada no había hecho sino empeorar. Y cuando ya ninguna de las chicas pudo consolarme nos metimos en un taxi y nos fuimos a casa.

Cada una a la suya, a compartir cama con su pareja. Yo, simplemente, abrí la puerta de mi casa y me derrumbé contra la pared tras pasar el pestillo. A rastras llegué al dormitorio, y sin quitarme la ropa me acurruqué bajo las sábanas.

Creo que eran las cuatro de la mañana cuando, tras cansarme de dar vueltas en la cama con los ojos en modo mapache, resultado de la mezcla del rímel y las lágrimas, cogí el móvil. No quise pensar en lo que hacía, en si estaba bien o mal, en si quedaría como una completa imbécil o en si me arrepentiría a la mañana siguiente. Encendí la pantalla y mis dedos teclearon un mensaje para Octavio.

“Te echo de menos, hijo de puta”.

Y lo envié casi a la carrera para no echarme atrás...

... borrando el insulto.

Enamorada y gilipollas.

Para mi sorpresa, y después de enviar el mensaje, conseguí dormir el resto de la noche, tranquila y relajada, embadurnando de negro el forro de la almohada. También lo dejé algo mojado de lágrimas y saliva —aunque no pensaba reconocer ni muerta que babeaba por las noches cuando bebía tres copas— pero por la mañana casi sólo se notaban las manchas de rímel.

Al conseguir despegar los ojos la claridad de la mañana me golpeó de lleno desde la ventana. ¿O era ya por la tarde? Mi estómago me decía que llevaba demasiadas horas sin comer nada, y que no había sido buena idea lo de seguir bebiendo hasta tan tarde. Estaba algo mareada, me dolía todo el cuerpo, y el vestido me había dejado señales muy feas allí donde los broches habían presionado contra la piel durante las horas de sueño.

—Octavio...

Su nombre se escapó de mis labios, y acto seguido el recuerdo del mensaje de hacía unas horas me golpeó en la cabeza como un bate de béisbol. Me senté en la cama, con el cuerpo tembloroso, y alargué la mano hacia el teléfono. Tuve que respirar varias veces antes de atreverme a encender la pantalla y mirar la hora que era, y todas las notificaciones que tenía en la barra superior de la enorme pantalla.

Las doce de la mañana.

Y cientos de mensajes aglutinados en un espacio tan pequeñito, con su diferente iconografía según el lugar de procedencia. Facebook, Twitter, Instagram. Recordaba vagamente haber subido un par de fotos a las redes sociales por la noche, presumiendo de amigas y de lo guapas que nos veíamos. Alguna foto de la vistosa copa del último mojito al final había caído. También tenía la esperanza de que alguien que conociera a Octavio viera las fotos y le comentara lo bien que parecía haber superado yo la ruptura, aunque en verdad sabía que teníamos muy pocos amigos en común, y casi todos lo habían conocido a él a través de mí, como mi pequeño grupo de amigas.

Él se había cuidado mucho de no presentarme a sus amistades.

Otra señal inequívoca de que nuestra relación había sido una fantasía.

Ni familia ni amigos. Muy triste.

Entre todo aquel batiburrillo de notificaciones, y alguna que otra llamada de mi padre que había pasado desapercibida al poner el teléfono en silencio, encontré el mensaje que estaba buscando.

Octavio había respondido esta mañana, cerca de las ocho.

“Yo también a ti”.

Me dio un vuelco el corazón al leerlo. Por más que quería evitar pensar en la posibilidad de ceder a la necesidad de refugiarme entre sus brazos aquella mañana quería ser débil. Débil y tonta, y fingir que nada había cambiado entre nosotros. Que yo no sabía que mi ex tenía pareja, que yo era la amante y que me había mentido durante un año. Necesitaba que mi vida volviera a ser tranquila y monótona, con los pocos ratos que pasábamos juntos, con los fines de semana robados a su apretada agenda, y los instantes de sexo desenfrenado, comiéndonos el uno al otro como si no hubiera una segunda oportunidad.

Sabía que no conseguiría follar con otro hombre como lo había hecho con él... Y eso me angustiaba también un poco. Bueno, para ser sincera, me angustiaba bastante. Había pasado un año con una intensa vida sexual y me había acostumbrado a ella. Sabía que podía volver a enamorarme. Con mi edad tenía muy claro que las historias de amor empezaban y acababan tarde o temprano. Pero lo que también sabía era que enamorarte de un hombre maravilloso no te garantizaba buen sexo. Había tenido parejas a las que había querido mucho, pero no me habían complacido del todo entre las sábanas. Y eso deterioraba una relación, dijese los románticos lo que dijese.

Si al final no te estremecías tras tener su lengua entre los pliegues durante un buen rato... podías ponerle a la relación fecha de caducidad. Y yo necesitaba a un hombre que me erizara la piel con el mero hecho de que me susurrara un par de obscenidades al oído, en el momento más decoroso. Que me hiciera tomarlo de la mano para buscar un sitio a solas y abrirle las piernas mientras él luchaba con la ropa interior y los botones de su bragueta.

Así había sido el sexo con Octavio. Violento, anhelante, sucio...

Así nunca me habían follado antes.

No podía reprimir la pregunta de si tendría sexo con su pareja de la misma forma, o si con ella hacía el amor y conmigo follaba. Había tantas cosas que se habían quedado flotando en mi cabeza que si no le preguntaba probablemente me obsesionaría con ellas. ¿Por qué había aparecido en mi vida si ya tenía pareja? ¿Había tenido otras amantes antes? ¿Mientras estaba con su novia y conmigo veía a otras chicas? ¿En verdad me había querido alguna vez?

—¿Para qué quiero saber todas esas cosas?— me pregunté, sintiéndome aún más estúpida—. ¿Qué gano con eso?

“Respuestas...”

Tenía el pequeño defecto de obsesionarme con las cosas. Necesitaba entender lo que me pasaba, y en ese momento me pasaban demasiadas historias por la mente como para que la madeja se desenredara. Al contrario, con cada noche que pasaba sola en la cama el ovillo se liaba más y más, y me sentía atrapada.

“Es sólo cuestión de tiempo. Tengo que dejar que pasen los días.”

Pero las mañanas llegaban y me sentía tan mal como al acostarme, y tenía miedo de permanecer así meses, viviendo del recuerdo y de las preguntas no respondidas. Tenía miedo de

convertirme en una mujer triste y rencorosa, que tratara a todo el mundo igual que al tío que había intentado ligar conmigo aquella noche. Me tenía merecido que me hubiera dejado plantada tras presentarnos por fin.

Maldito Octavio...

Y allí estaba yo, mirando la pantalla del móvil, como hipnotizada, pensando en si debía contestarle algo o si esperar a que fuera él quien mandara el siguiente mensaje. ¿Qué más podía escribirle?

Pero tenía la respuesta, al menos, a esa pregunta.

“¿Por qué lo hiciste?”

Mis dedos teclearon la pregunta a la misma velocidad que apareció en mi cabeza, y la envié de la misma forma, sin pensarlo mucho. Al final, sabía que necesitaba respuestas para volver a la normalidad, para seguir con mi vida, para aceptar lo que había pasado.

No... No podía engañarme. Necesitaba respuestas para perdonarlo, para aceptar que era la amante de un hombre que de momento podía ser que estuviera casado y con hijos, para seguir con nuestra vida clandestina de noches quedando en el gimnasio, cenas frugales y sexo sin prejuicios. Necesitaba perdonarlo, y eso solamente lo conseguiría hablando con él.

Ciertamente, era mucho más gilipollas de lo que había pensado.

Tuve ganas de golpearme la cabeza con la pared donde se apoyaba el cabecero de la cama, pero cuando estaba a punto de levantarme sonó nuevamente la notificación de que otro mensaje había sido recibido. Casi se me cae el teléfono al suelo al intentar leerlo.

“Porque te quiero”.

Mi corazón volvió a alborotarse. Nada podía importarme en ese momento más que el hecho de saber que sí le importaba a mi novio. A mi ex. A mi amante...

¿Qué coño era Octavio para mí?

No podía conformarme con ser su amante. No podría tener hijos con un hombre que simplemente me veía a ratos, escapándose a su vida ficticia conmigo. No podría presentarlo en las cenas de Navidad, e invitarlo a las bodas de mis amigas donde cualquiera podría reconocerlo. No podríamos tener una casa juntos, un baño en proyecto para reformar cuando ahorráramos algo de dinero, y un perro sacado de la perrera que estuvieran a punto de sacrificar.

No había futuro con Octavio...

Y, simplemente, lo que necesitaba en aquel momento era un presente.

Y lo quería en él.

—Voy a cometer la mayor gilipollez de mi vida...

Y, aun sabiéndolo, mi alma había quedado sencillamente en paz al tomar la decisión. Necesitaba seguir con Octavio, aunque sólo fuera para poder resolver los asuntos pendientes, y aceptar que todo aquello había ocurrido en verdad. Estaba enamorada, y eso era algo que no podía negarme. Estaba enamorada, y el amor no desaparecía de la noche a la mañana porque de repente te enteraras de que tu pareja era un capullo integral.

Aunque debería pasar...

Ya habría tiempo de dejar de amarlo. Lo bueno de los desengaños era que al final desgastaban una relación. Y nos debíamos, al menos, las explicaciones.

No... Me las debía él a mí. Yo me debía a mí misma volver a ser feliz. Y aceptar que en aquello sólo tenía la culpa de haber sido tan tonta como para confiar en que Octavio estaba realmente muy liado con su trabajo y su familia como para dedicarme más tiempo.

Me debía las noches que me había negado, los besos que no me dio por las prisas, y el sexo

que tenía con ella.

Me debía tantas cosas...

¿Por qué iba a negarme yo estar con la persona a la que quería?

—Porque está mal... Soy la amante.

Pero yo no quería ser La Otra. Quería ser la oficial, la que saliera en las fotos de familia, la que fuera por la calle de su mano, en su coche al cine, y eligiera las sábanas de la cama.

Quería aquella locura, al menos... de momento.

—Buena suerte...

“Yo también te quiero”.

Acababa de enviar el mensaje cuando me llegó la respuesta.

“Necesito verte”.

Y yo, que sentí que había ganado algo de confianza sabiendo que él estaba igual de enamorado que yo —o que al menos lo fingía— me llené de valor y pensé que no había que ponerle las cosas fáciles al capullo de mi amante.

Sí, mi amante... Era bueno empezar a reconocer las verdades.

“Esta noche. Haz alguna reserva en un restaurante. Tienes muchas cosas que explicarme”.

Sabía que era sábado, que él nunca quedaba conmigo los sábados por la noche, y que para él sería muy complicado organizar su vida para poder acudir a aquella cita con tan poco tiempo para organizarse. Mentir a su novia, buscar una excusa, hacer la reserva, deshacer antiguos planes.

Al menos necesitaba saber que si me iba a embarcar en algo... él iba a hacer también sacrificios, y no sólo yo.

Miré la pantalla durante un par de minutos, pero permaneció en silencio.

—Capullo...

Estaba a punto de apagar el móvil y coger el panfleto de la pizzería para volver a embarcarme en la vorágine del fin de semana anterior, helado y Juego de Tronos incluidos, cuando llegó un nuevo mensaje.

“A las ocho en el Broidiese. Gracias por darme otra oportunidad”.

La suerte estaba echada, y se me había quedado la cara de piedra.

Una Mancha En La Cama

PRÓLOGO

Me atrevo a entrar en el dormitorio, con la luz de la luna como única compañera. Pero al hacerlo me golpeo los dedos de un pie contra la pata de la cama. Esa pata, donde aún permanece atada la cuerda con la que me dominaste hace un par de noches, y que me habría servido para retenerte si me llego a dar cuenta de que ibas a desaparecer de mi vida. La miro, tirada en el suelo de cualquier forma, y la recuerdo enredada alrededor de mis brazos, vistiéndome la piel desde las muñecas hasta los codos.

Las marcas de los brazos habían desaparecido, pero todavía permanecía mi coño mojado...

Enciendo la luz de la mesilla. Las sábanas andan arrugadas a los pies del colchón, pues esa noche nunca llegaron a taparnos. Se quedaron enroscadas sirviendo de poca ayuda, salvo por la que prestaron cuando te vi vestirme tras permanecer abrazados un rato. Entonces, apareciendo un pudor que nunca he tenido y que no se puede explicar hasta que te sientes tan indefensa con tu propia piel expuesta, las enroscué para taparme mientras me levantaba y me ponía a tu vera. No esperaba que fueras a desaparecer tan pronto, sin apenas clarear el día.

Pero es que no eras mío... Ni de nadie.

El deseo, como mismo viene, desaparece...

La puerta se cerró llevándose tu olor y tu calor, y yo me quedé pasmada, sentada en el borde de la cama que ahora me ofrecía el mismo consuelo que entonces. Las camas vacías tienen una extraña forma de llamarte para tumbarte, pero no reconfortan sin el abrazo que da paso a un suspiro, a un cerrar de ojos, a un beso tierno y un buenas noches susurrado al oído pesaroso.

Y el olor a sexo...

Allí, en la sábana donde podía intuir mi cuerpo junto al tuyo, estaba la mancha que me tiene paralizada. La que me dice que eras real, que te he sentido y me has tenido. Supongo que tu esperma se escapó de entre mis piernas mientras me abrazabas minutos después, y allí se quedó, dando fe de tu existencia, con la tranquila impasividad de los que nada tienen que demostrar. Una mancha, como tantas otras antes, a la altura justa...

Suspiro. Suspiro aunque la cabeza se me llena de gemidos.

A pesar de haber tardado dos días en volver a casa, a enfrentarme a la imagen de la soledad, allí estaba. Una mujer tiene siempre tendencia a levantar la cabeza, aunque se baje la barbilla de vez en cuando. De todo se recupera una. De las ausencias, y de las presencias.

Y tú eras las dos cosas.

Más valía una mancha de semen en las sábanas... que mancharlas con lágrimas.

INTRODUCCIÓN. PECADOS DE LA MENTE, FANTASÍAS PORNOGRÁFICAS.

El parque.

Horas que nos pasamos sentadas en el banco con los tacones enterrados en la arena, viendo las nubes pasar por encima de nuestras cabezas. Gritos de niños, gritos de madres peleando con los niños. Gritos de madres hablando con otras madres...

Abuelas que dan de comer a las palomas y menean sistemáticamente un cochecito de bebé, buscando que el sol no incida directamente sobre la cara del crío.

Hace mucho tiempo que acudo al parque sola. No tengo hijos, pero sí una perrita a la que le encanta perseguir mariposas entre las flores. Los niños salen de su zona acotada de vallas de colores para ir a rascarle la cabeza entre las orejas en cuanto llegamos a nuestro banco. Y allí, desde hace unos meses, me da por ponerme a sacarle historias a las personas que lo frecuentan. No que me las cuenten ellos, por supuesto, que para eso ya tengo yo mi imaginación... y me encanta usarla.

Parejas de enamorados que pasean por los caminos que rodean la arboleda; adolescentes tirados en el césped, jugando al juego de estar enamorados; mujeres solitarias con un libro en la mano, sentadas al borde de la fuente de piedra; hombres corriendo por las pistas de atletismo, sorteando bicicletas...

¿Cuántos de ellos llevarían meses sin tener sexo? ¿Cuántos todavía llevaban prendidos sus olores en el cuerpo?

¿Cuántos, al igual que yo, morboseaban con la idea de follar, allí, con cualquier desconocido?

¿A cuántos les apetecería poder mirar, por una rendijita de la puerta abierta, el combate de dos cuerpos entregados a los deleites del desenfreno?

Debo confesarlo. De cualquier escena saco algo erótico, algo libidinoso, algo pornográfico. Va a ser que tengo la mente sucia...

Me siento, observo, elijo.

Y cuando llego a casa, me centro en escribir. No me dedico a ello, pero es una buena forma de pasar mi tiempo libre tras la dura jornada laboral. El ocupar unos minutos estando delante del papel, con la pluma que me regalaron por navidades entre los dedos, hace que mis fantasías cobren un poco más de vida. Ver las palabras plasmadas en el blanco folio, jugando entre ellas para unirse, hace que mi estancia en el parque requiera mucha más atención al detalle de las personas a las que observo. Cada matiz en la forma de acercar una mano, cada destello en la mirada, cada rubor.

Así me pruebo la piel de la persona a la que imagino. Siento sus deseos, se me acelera el corazón recordando los contactos, se me revoluciona el fondo del abdomen con el calor que se despierta allá abajo.

¿Te has sentido alguna vez observado en el parque? Puede que haya sido yo...

Puede que formes parte de las fantasías que escribo.

Luego, en la intimidad de mi dormitorio, cuando los folios se han amontonado ya en una pila de hojas que cogerán polvo a medida que les va llegando el olvido, me acuesto en la cama y ensucio las sábanas...

FANTASÍA I

Una mujer lleva un rato sentada en una de las sillas que componen la zona de la terraza, en la cafetería del parque. Ha pedido una botella de agua sin gas, muy fría.

Esa mujer es infiel.

Lo sé porque lleva un pañuelo cubriendo todo su cabello. También usa unas enormes gafas de pasta, oscuras como el carbón. Y una gran pamea. Mira con nerviosismo su reloj de pulsera, e imagino que su amante se está retrasando, y que no le gusta estar expuesta a las miradas indiscretas.

No lleva maquillaje, pero va muy bien vestida. Está estrenando zapatos de tacón, vertiginosamente altos. Y luce un collar muy vistoso, destacando en el escote de la perfecta blusa planchada, que no insinúa nada y, sin embargo, promete todo...

Se ha arreglado para un hombre, y ese no es su marido. Esta mujer va de caza.

Bueno, puede que sólo esté esperando a una amiga que llega tarde, y se acabe de hacer un tratamiento en la piel y no quiera coger sol. Si me acercara a preguntarle, probablemente, habría miles de explicaciones a su indumentaria, tan de anuncio de perfume caro, propio de un paisaje con mar de fondo y un coche descapotable brillando a la luz del sol.

Pero me encanta la idea de que vaya a serle infiel a su pareja.

¿Cuál es el motivo por el que se decide que se va a traicionar sexualmente a la persona con la que compartes algo más que mañanas estresantes al levantarse, o noches de confianzas entre las sábanas? Enfado, aburrimiento, distanciamiento, oportunidad...

El calentón que hace que todo pierda sentido.

¿Va en el carácter, igual que lo de ser constante? ¿Se puede ser infiel sólo una vez en la vida, y nunca más volver a pensar en otra persona? ¿O cada vez que tenemos una fantasía con alguien distinto a nuestra pareja, somos infieles?

Creo que la gracia está, seguramente... en que eso nunca se decide.

Simplemente, ocurre.

INFIEL

La pregunta que nunca debí hacerte...

—¿Dónde se deja de ser fiel?

Y la respuesta que nunca debiste darme...

—Probemos...

Bajar la cremallera de mi vestido negro, dándote la espalda, mostrando la piel del hombro, sacando una manga. Terminar de bajarla, sabiendo que tus ojos acompañan mis dedos en el proceso. Pensé, y dije después, que desnudarme delante de ti no era ser infiel... Y tú, cómplice, no dijiste nada.

Sacar el otro brazo y dejar caer el vestido a mis pies, para mostrarte la lencería que en mi intimidad para ti había comprado, fantaseando con algún día poder mostrarte. Negras braguitas de topitos blancos; sujetador a juego con el escote engalanado en encaje, desdibujando la línea del busto abultado. Separar las piernas para que las braguitas se hundan en mi raja y quede la mayor porción de nalga expuesta a tus ojos malditos.

Inclinarme para mejorar mis vistas, y para verte devorarme a su vez...

Que te abras la bragueta en dos movimientos puede que tampoco sea ser infiel...

Y ver tu polla tiesa entre tus dedos supongo que tampoco. Esbelta, tersa, con el capullo rosado, hinchado y babeante. Saber que si no hubiera un anillo en mi mano esa verga estaría ahora recorriendo mis entrañas calientes. Eso es aún más excitante. Ojalá las ataduras y los juramentos desaparecieran tan convenientemente como se puede esconder por unas horas un anillo en el bolsillo de una chaqueta... ¡Qué digo unas horas, unos simples minutos! No me hace falta para saciar la sed que me atormenta la garganta más que unos cortos y maravillosos minutos, entregada a los placeres de tu carne traviesa.

Tu mano aferrando tu polla, y el brillo de un anillo en uno de tus robustos dedos. Ese anillo ahora se frota contra la piel endurecida por el morbo que te ofrece mi cuerpo, y no puedo evitar imaginarme el momento en el que tu esposa lo puso allí, vestida de blanco, tal vez sin haberte separado todavía las piernas para que pudieras olerla.

Me encanta observar el oro rozarse con tu polla, haciéndola tan prohibida...

Puede que tampoco sea considerado infidelidad apartar un poco las bragas para enseñarte mi coñito rasurado y mojado...

Y al hacerlo comprendo que el hecho de que te masturbes mirando como nuevo la tela negra sobre mi entrepierna, estimulando mis zonas nobles, no puede ser tan malo... ¡Cómo va a ser malo si me está gustando tanto! Esto no es ser infiel, es disfrutar de mi imaginación mientras hay un hombre que hace lo mismo con la suya. Ahora, en tu cabeza, me la estás metiendo fuerte... Lo sé, lo intuyo... En esa misma postura, por detrás, apartando las braguitas a un lado para que tu verga se empotre contra el fondo que te ofrezco, una y otra vez... La siento menearse en mi interior como si en verdad lo hiciera. Deliciosa plenitud contra la que apretarse mientras me torturo el clítoris con la yema de los dedos a través de la tela de las braguitas elegidas.

No, definitivamente verte masturbar no puede ser serle infiel a mi marido. No te estoy tocando...

Ver como te la machacas con la mano cerrada contra la carne dura es lo más excitante que he hecho en años. Tu imagen empalmada mientras te muerdes los labios y me clavas los ojos en las nalgas como harían tus dedos si te estuviera permitido me tiene tremendamente mojada. ¡Maldita

moralidad la tuya! Horrible sensación de impotencia al saber que si me acerco un poco más a ti huirás con la polla tiesa a medio meter en la bragueta, a la carrera.

O tal vez no...

Invitarte a que entres... Invitarte solamente a tocarme.

Me acuesto en la cama boca abajo y separo las piernas. El dormitorio de la casa de tu amigo es tan impersonal como puede ser cualquier otro de un hombre que sólo lo usa para follar. Esa etapa la pasamos ambos hace ya más de una década, cuando éramos jóvenes y pensábamos que comerse el mundo incluía comerle el sexo al menos a una pareja distinta cada semana. Las cosas se complicaron con el paso de los años, y se desdibujaron los deseos en pos de una estabilidad tan efímera que cuando nos quisimos dar cuenta lo único que quedaba para sustentar nuestra realidad era el puñetero anillo en el dedo indicado.

Anillo de condena. Anillo de castigo.

Aun así, impersonal y todo, la cama es cómoda y amplia. Una pena que los dos seamos fieles a nuestras parejas, y no te animes a tumbarte a mi lado, o sobre mí, como deseo tanto.

Aunque esté boca abajo puedes ver mis dedos entrar y salir de mi coño, y escuchar el chapoteo. De eso estoy segura, porque yo lo escucho y sé que se te sigue endureciendo, ya que te veo a través del espejo que hay al lado de la cama. Me miras tocarme, te miro yo hacerlo... Y me excito con la idea de que me poseas y me retuerzo por ello entre las sábanas de la cama. Te enseño mi anillo de casada... juego con él mientras lo deslizo de mi dedo y marco mi clítoris con él para hacerme sentir más atada a algo que ahora mismo no comprendo. El anillo cae a la cama con el juego, y tú lo observas entre mis piernas, depositado en las sábanas de tu amigo.

¿Gemir pensando en otro es ser infiel? Porque estoy gimiendo...

Empiezo a no ver la línea y me doy cuenta de que no me molesta tanto.

Pero, sobre todo, te escucho gemir.

Me estremezco al verte temblar a mi lado, ya que te has acercado a la cama. Estás parado a un lado, con la verga en la mano, dura como una roca. Me duele el cuerpo de la impotencia, me duele el alma por la falta de contacto y el coño porque está vacío... Y me duele el dedo porque he perdido el anillo. Aun así estoy tan excitada que no puedo contenerme, y me pregunto si un avance más será posible estando tan cerca tu cuerpo del mío.

—¿Se puede considerar infidelidad ofrecerte mi culo para que lo huelas?

Te he herido de muerte, y lo sabes...

Elevo las nalgas, hincó las rodillas en la cama, y te ofrendo mi culo... tal como siempre quisiste.

Sé que estás a punto de caer, y no sé si podré sostenerte. Provocarte hasta ese extremo ha sido peligroso, pero sabía que no podía dejar de ofrecerte mi olor, con lo que sé que lo deseas. Tal vez, sólo tal vez, sea miedo lo que brilla en mis ojos, a la vez que deseo. Pero tú te inclinas con toda tu mala leche, y dices, con tu rostro junto a mi culo, que si no hay roce, no hay pecado...

Y tus palabras retumban en mi cuerpo mientras te escucho olerme, aspirando fuertemente mi aroma. Y pareces satisfecho, porque la polla, tan dura como la llevas, ha empezado a babearte, con un brillo delicioso que estoy deseando llevarme a la boca. Estoy segura de que te falta poco para eyacular encima de mí. Algo, por otro lado, que nunca creímos que fuera a llegar a ser posible.

Aún recuerdo tus primeras palabras cuando nos conocimos. Eras de esas personas con las que te encuentras en el mundo, de vez en cuando, y piensas que conocías de toda la vida. Un hombre resuelto, pícaro y decidido, que hacía que lo miraras de arriba abajo mientras te lo cruzabas en el

supermercado... y mientras te recorría él a ti, también, de arriba abajo. Ahora, medio desnudo a mi lado, poco te parecías a ese hombre que me hizo volver la cabeza mientras tú volvías la tuya, y soltabas con gran desparpajo una frase que me acompañó durante muchos días... y muchísimas más noches.

—Si quieres te doy mi número de teléfono—, me habías comentado, antes de seguir cogiendo un bote de tomate frito para ponerlo en tu carro, justo con los pañales de recién nacido.

—Si quieres te doy yo el mío...

En mi cesta de la compra iba amontonando poco más que un par de cosas para los rápidos desayunos antes de salir al trabajo, ya que pasaba la mayor parte de mi tiempo fuera de casa, al igual que mi marido.

Y aquella noche, cuando ya el sueño me vencía, la ocurrencia de intercambiarnos los números escritos en sendos botes de mahonesa hizo que mi vida cambiara.

Aún estaba por verse si para mejor...

—Sexo telefónico no se considera infidelidad, ¿no?

—Depende... — te había contestado yo—. Si es sólo decirme qué me harías o si te tocas mientras lo haces...

—¿Y qué diferencia habría, si no es a ti a quien mis manos tocan?

—¿Y a quién tocarías, a tu esposa?

La idea te había encantado. Follarme por teléfono mientras te imaginabas haciéndole lo mismo a tu esposa había resultado ser una fantasía de lo más excitante para ambos. Cosas que no te habías atrevido a hacerle nunca salían de tu boca perversa y me calentaban el cuerpo, mientras me retorció en la cama imaginando que estaba mi marido conmigo, haciéndome lo mismo. Tardé mucho en llevar mi mano a mi entrepierna, pero cuando lo hice no pude entender por qué había tardado tanto. Por fin conseguiste que me escondiera bajo las sábanas, con la luz apagada, para correrme con tu boca traviesa. Mi marido trabajaba tantas noches...

No, había pensado entonces. Masturbarme con tu voz no es ser infiel...

Follar con nuestros respectivos luego, con los olores despertados en los sexos por el otro, tampoco. Escucharte decirle a tu esposa las cosas que me habías dicho a mí, dejando el móvil encendido en la mesilla de noche mientras la follabas al otro lado de la ciudad fue lo siguiente. Escucharte gemir por lo que ella te hacía, aunque fuera pensando en mi coño y mi boca, me excitaba.

Y yo... seguía preguntándome... ¿Estoy siendo infiel al escucharte?

Follar con mi marido haciendo lo mismo... Llamarlo como a ti te gustaba que te llamara. Gemir para que me oyeras, hacerlo correr de forma sonora para que lo disfrutaras tú desde el otro lado de la línea telefónica. Ponerle tu cara y tus gestos... ponerle tu morbo y tus actos. Follarte a ti estando con él, dejarme joder por ti en el cuerpo de tu mujer...

¿Fue eso convertirnos en infieles?

Dormir, extenuados, a tantos kilómetros el uno del otro, y sin embargo, con las mentes en el mismo lugar...

Simplemente fantasear. Desearnos. Morir por el otro.

Ahora... después de tantas noches haciendo el infiel sin serlo a nuestros ojos; ahora, que tu polla está tan cerca, tu boca tan dispuesta junto a mi culo, y tus manos se contienen por algo que creo que es más deseo de continuar con el morbo que por el motivo de sentirte atado por una boda. Ahora mi carne tiembla por la espera, sin ver hacia dónde se inclinará la balanza.

—Cabrona. Puta y jodida cabrona...

El punto justo. Ese en el que sé que ya no puedes estar más cachondo. Después de más de un año de sexo telefónico había llegado a conocerte bien. Ese momento de inflexión ha llegado. Tus palabras han despertado en mí el orgasmo que tanto necesitaba. Me retuerzo sobre las sábanas a la vez que el calor me hace perder la poca cordura que queda en mi alma.

Correrme contigo al lado, por lo que me haces sentir, ¿es ser infiel?

Me doy la vuelta y quedo tumbada hacia arriba. Me deleito con la imagen de tu cuerpo ardiente y a punto de correrse. La primera vez que lo veo de cerca, y no por vídeo... la primera vez que te puedo rozar la polla con la punta de los dedos y llevármela a la boca. Sentir la leche salpicarme el cuerpo, elegir el lugar donde vas a ensuciarme. ¡Tantas posibilidades! Verte sujetar ahora la punta a la espera, escuchar tus gemidos, notar cómo te tiembla la mano.

Y por algún motivo que no consigo entender, cierro los ojos.

Tu leche se derrama en mi abdomen. Plácidos chorros que caen alrededor de mi ombligo, y me calientan la piel, me corren por una de las caderas y la cintura.

Tu semen derramado en mi cuerpo por primera vez.

¿Y esto, será ser infiel?

Me da miedo que la pregunta haya llegado a mi mente justo cuando ya no se puede hacer nada, pero lo cierto es que no me siento más adúltera que antes de entrar en el cuarto. ¿Dónde estaba la línea, entonces? ¿Dónde dejó de ser una fantasía?

¿O sigue siéndolo?

—Yo no he sido infiel—, comentas mirando la corrida en mi abdomen. Estás tan seguro de lo que dices que me preocupa ser entonces yo la única que ha pecado, o que se siente pecadora.

Recojo con dos yemas de los dedos unas gotas de tu esperma y uno de ellos me lo llevo a la boca. Pruebo tu sabor y mi lengua se funde con la esencia de tu adulterio, aunque no quieras reconocerlo. Mi saliva envuelve el dedo mientras esa gota deliciosa me desaparece en la garganta. Luego me incorporo, y metiendo varios en mi entrepierna, impregno el que antes estuvo jugando con mi lengua. Lo que me ha mojado los labios bajos con tus palabras y tu imagen ahora resbala por el interior de los muslos, y quiero entregártelo. Si tú no has sido infiel, yo lo he sido... No sé si al dejarte verme, al dejarte correr encima o al iniciar el juego en el que te deseaba. O al escribir mi número de teléfono en ese estúpido bote en el supermercado. Sólo sé que el anillo aún está en la cama y que mi cuerpo brilla por culpa de tu esperma. Si no me has deseado hasta el punto de perder la cabeza al olerme el culo y llamarme cabrona eso ya es un asunto tuyo.

Para mí, soy adúltera...

Para mí... eres adúltero.

Ahora, mientras me miras hacerlo sabes que te toca, y que al final, quieras o no quieras, vas a saborearme. Te entrego ambos dedos... uno con semen y el otro con los fluidos de mi boca y mi coño. Los dejo justo sobre tus labios, en el primer contacto entre tu piel y la mía, cuando tan cerca hemos estado el uno del otro tantas veces... sin atrevernos a dar el paso. Y allí esperan hasta que con lengua dubitativa los envuelves y los llevas al interior de tu boca. Allí me pruebas por vez primera también, y siento que se te pone otra vez tiesa ante la perversión que se te ha ido de las manos...

—Ahora eres infiel...

FANTASÍA II

Algunas veces me traigo un libro al parque. No es que lea mucho, ya que me entretengo demasiado con las pequeñas cosas cotidianas que pasan entre sus bancos, sobre la hierba, o en las zonas deportivas. Voy cambiando de sitio, como imaginas, según la temporada. En invierno, antes de que aparezca la nieve, la zona más agradable suele ser la terraza de la cafetería, con un chocolate humeante sobre la mesa, y un buen libro en el regazo.

Aunque no lea en todo el rato, es cierto que un libro a la altura de los ojos te proporciona cierta intimidad a la hora de observar a los demás.

Esa tarde, mientras mi perrita rebuscaba entre las migas que las palomas aún no habían encontrado, localicé a una mujer haciendo lo mismo que yo.

Observaba.

Iba provocativamente vestida, con un conjunto que para mí hubiera querido, si tuviera dinero para pagarlo. Tomaba algo caliente, y tenía un libro en la mesa, que no leía. Una pequeña maleta la acompañaba en la silla de al lado. Un viaje de fin de semana, imaginé por el día y lo escueto del equipaje. Estaría esperando al taxi que la dejara en el aeropuerto, para disfrutar un rato de la sala vip y posteriormente embarcar en primera hacia un destino con el que yo únicamente podía soñar.

Pero soñar se me daba muy bien.

Entre tanto, unos cuantos papeles pasaban de una mano a otra, también de forma distraída. Parecía que se los sabía de memoria y no le aportaban nada nuevo. ¿Por qué no guardarlos, entonces? Un sorbo de la taza, y una ojeada rápida a un folio, encabezado por una fotografía. ¿Currículum? ¿Pertenece al departamento de contratación de alguna empresa?

Debía ser muy interesante entrevistar candidatos, mirarlos a los ojos y averiguar si darán la talla para... el trabajo requerido.

Y el trabajo requerido no podía ser otro que estar enterrado entre sus piernas.

¿En qué habría que fijarse? En la presencia, por supuesto. Nadie se acercaba a nadie con esa intención si no se sentía atraída. En la soltura al hablar, sin duda. A las mujeres, sobre todo, había que ganárselas en las distancias cortas, y con una muy buena conversación. En lo resolutivo que podía ser, pues claro. Siempre había que estar preparados por si se resistía alguna de las prendas de ropa, imposibles de quitar. Que se le diera bien trabajar en equipo... bueno, siempre que nos gustaran las orgías...

Pero, ¿no estaba pensando hacía nada en entrevistas de trabajo? Elegir al compañero sexual, muchas veces, podía parecerse. Si no, no estaría la barra de los pubs de ligue llenos de tíos haciéndose el interesante, y nosotras no pensaríamos, en base a lo que nos resultara más excitante, que con aquel del fondo nos iríamos a la cama. Si tenía que elegir yo, desde luego, elegiría para hablar primero al que llevara guantes y me estuviera ocultando sus manos...

Me perdían las manos masculinas. Las imaginaba en todo acto público o impúdico, y siempre acababa de la misma forma. Deseando meter esos dedos en mi boca.

Sí. Aquella mujer podía ir a entrevistar a candidatos serios para puestos importantes y de responsabilidad de una gran empresa. Sin embargo, a mí me apetecía que fuera a elegir... otra cosa.

Si es que, al final, mi mente siempre volvía a pecar.

LECTORES

Acabo de llegar a la terminal del aeropuerto. Llevo poco equipaje, lo imprescindible para pasar dos noches en una ciudad nueva... pero tal vez demasiado debido a las circunstancias.

Y las circunstancias son que no tengo ni puñetera idea de lo que voy a hacer el fin de semana en esta maldita ciudad. Rectifico, sé perfectamente lo que quiero hacer, y sé que para ello necesito muy poca ropa. Lo que no tengo nada claro es con quién voy a hacerlo.

Pero he de decidirlo pronto, porque siento que todo el mundo me está mirando. Y porque alguno de los cuatro hombres que me observa fijamente, cada uno con un libro diferente, pero bien expuesto para que la portada sea de fácil acceso para mí, puede ser el que tome la iniciativa.

Y en ese momento elijo yo.

He pasado por un tormentoso divorcio hace unos meses. Mi marido se ha quedado con casi todo, incluso con nuestro perro, al que realmente echo mucho de menos. El resto de las pertenencias... bueno. Todo es reemplazable en esta vida. Y sin abandonar mis vestidos de marca y mi lencería fina, decidí que iba a poner tierra de por medio. Nuevo apartamento, nuevo puesto de trabajo en una ciudad nueva.

Pero no ésta. Aquí... solamente vengo a pasar un fin de semana.

Y a follar, como no.

No es que no hubiera follado mucho en mi matrimonio, ni que hubiera dejado de hacerlo tras mi separación. En verdad no podía quejarme de la cantidad ni de la calidad del sexo del que había disfrutado casi toda mi vida. De lo que sí podía quejarme era de la conversación de antes, y sobre todo, de las gilipolleces de los hombres después.

El más gilipollas, por supuesto, había sido mi marido. El muy capullo seguía llamándome de vez en cuando, a pesar de haberme dejado prácticamente sin blanca y sin estabilidad de ningún tipo. Podía imaginar que deseaba volver a arrancarme con los dientes la lencería que ahora escogía para sacarme fotos picantes, que luego colgaba con gran soltura en mis perfiles de las redes sociales. Que te desee aún tu ex, después de todo, había días que a una le subía mucho la moral. Sobre todo cuando tu nuevo jefe se creía que por ser tal tenía derecho a solicitar, y que le aceptara, una de las invitaciones a una sauna que había tres calles más abajo saliendo de la oficina.

A él también lo había metido en mi círculo de amigos en el Facebook, y también le gustaban mis fotos.

Gilipollas. Todos gilipollas.

Me apunté a una de esas páginas web para conocer gente hace un par de meses. De primeras, pensé en comerme el mundo y salir con todos los tíos que me lo propusieran. Alguno de ellos, probablemente, acabaría gustándome, y no quería que se me escapara la oportunidad de tener buenos ratos mientras esperaba al hombre perfecto. Porque, aunque hubiera tenido un primer fracaso matrimonial, no renunciaba a volver a tener a un hombre comprensivo, atento y buen amante a mi lado. Pero las citas fueron casi siempre malas... o muy malas. Las conversaciones se hicieron pobres en la mayoría de los casos, los tíos no sabían lo que querían, y yo tenía las cosas muy claras. Quería pasarlo bien en principio y olvidar los malos ratos, y ellos no sabían si buscaban en mí una amiga, un polvo rápido o una pareja estable.

De esas opciones... lo que menos sé ser es una amiga.

Dos meses más tarde, y tras darme cuenta de que los perfiles de los hombres con los que me

citaban no se acercaban ni mucho menos a la realidad... decidí cambiar de táctica.

Y allí estaba yo, a la aventura. Sabiendo que ese fin de semana solamente quería sexo.

Lo que había que averiguar era qué tipo de sexo me apetecía tener.

Por ello, me había alejado de mi ciudad, para evitar luego caer en la tentación de repetir de forma sistemática. Ya que lo que buscaba era sexo, lo podía encontrar en cualquier sitio. Pero mejor no acostarse con un vecino, o con un compañero de trabajo... por si las moscas.

Nunca sabías si te ibas a tener que esconder de tu compañero de despacho tras una planta porque fuera el peor amante de la historia, para evitar que volviera a pedirte una cita, o tal vez te invitara directamente a pasar por su cama como si tal cosa.

Y allí estaban ellos. Cuatro hombres de los cuales sólo conocía las mentiras que contaban en sus perfiles, y que no ponían una foto a rostro descubierto en la web ni aunque se la cambiaras tú por una de tu coño bien abierto y mojado.

¡Hombres!

Los estaba identificando ahora por los títulos de los libros que portaban. Eran tan diferentes entre sí que me había parecido gracioso decidir en el último momento con cual me apetecería perderme ese fin de semana. Dependía, sin duda alguna, del humor que tuviera al bajarme del avión. Y mi humor en ese momento era magnífico. Me sentía poderosa, deseada, y una gran hija de puta.

Me follaría a uno de esos cuatro... y los otros tres se quedarían sin saber por qué nunca di señales de vida. O tal vez los reuniera en otro fin de semana, siendo sólo tres... para poder volver a elegir. ¿Quién podía decirlo?

Allí estaban ellos. Los libros, y los lectores.

Crepúsculo, para el romántico. Una putada como otra cualquiera. Ningún hombre se atrevería a portar ese libro en público si podía evitarlo. Pero el romántico no había podido negarse.

50 sombras de Grey, para el dominante. Desde mi punto de vista, más putada aún para éste. Decir que ese libro tenía algo que ver con la dominación era como desafiar a la ley que dice que si se te cae la tostada con mantequilla al suelo, lamerás la mantequilla con pelos de gato si tienes uno en casa. Siempre cae hacia abajo, y el libro era una patraña de principio a fin.

Las edades de Lulú, para el vicioso. Ese libro me había gustado mucho en su momento. Pero era verdad que su momento había sido a los 18 años, y hacía muchos años de eso. Aun así, creía que en comparación su lector había tenido suerte.

El ocho... para el que no comprendía. Ese hombre era un enigma. Y yo estaba empezando a jugar al ajedrez... y tampoco entendía mucho más del juego que mover las piezas sobre el maldito tablero. Lo de la estrategia lo dejaba para mi profesor, que cada día me daba jaque y me pedía una cita por si yo llegaba a caer. Por hacer cosas nuevas en la vida. Era el único libro que no me había leído

¿Qué tipo de sexo quería yo hoy?

Al levantarme por la mañana y elegir la ropa que llevaría ese día al trabajo ya empecé a apuntar mis preferencias. Me sentía... una chica mala. Un vestido negro, corto y escotado, nada apropiado para el tipo de puesto que estaba desempeñando en la actualidad y que había hecho las delicias de mi jefe y del resto del personal de la planta. Un vestido que, tras terminar mi jornada laboral había complementado con un par de accesorios del todo llamativos, para que ninguno de los lectores pudiera dejar de desearme aquella tarde. Iba a pasar un par de horas en un atestado avión con rumbo a una ciudad cálida, de hombres fogosos y pollas más que dispuestas a darme lo que me hacía falta.

Por lo tanto, y por muy mono que me resultara ahora mismo Carlos, el romántico del libro de Crepúsculo, estaba casi convencida de que no sería mi elección de hoy. Aun así, traté de imaginarme la velada con él. Un ratito en la barra de algún bar con mucho olor a madera, esperando a que nos prepararan la mesa para cenar algún tipo de verdura ligera aderezado con foie, acompañada de un buen vino. Velas a diferentes alturas, miradas caídas esquivando ser directa... y sus dedos extendidos sobre el blanco mantel, buscando el contacto con mi mano. Un beso robado a la salida del restaurante, esperando el taxi. Su mano tras mi nuca, atrayendo mi boca a la suya. La otra mano... perdida en mi cintura, deseando bajar hasta mis nalgas, pero sin dar el paso. Ojos cerrados de ambos...

¿Qué podía tener de malo dejarme conducir hasta la habitación del hotel, perfumada para la ocasión, donde me esperaría un baño de agua tibia, una cama con dosel y un hombre que me desvestiría con mimo, acariciando mi piel anhelante de las manos masculinas? Dejarme caer sobre las sábanas de seda, permitirle cubrir mi cuerpo con el suyo, y separar las piernas lo justo para que sus caderas se frotaran contra mi vulva enrojecida por el deseo. Allí donde necesitaba su plenitud acabaría entrando, suavemente, en profundidad... haciendo que notara la dureza de su miembro hinchado y caliente, presionando, mientras su boca se perdía en la mía, y sus manos entrelazaban los dedos en mi pelo. Sentirle frotarse contra mí, jadear necesitando su apremio... y explorar a su alrededor al notar que estallaba dentro de mí, muy al fondo, llenándome...

Sexo romántico en semipenumbra...

¿Me correría yo así, después de tanto tiempo sin practicar sexo ligero?

La verdad es que Carlos había resultado ser bastante guapo. Si no fuera que no me apetece que intenten enamorarme...

Voy vestida para que me follen. Para que me acorralen en el ascensor del aeropuerto, me obliguen a inclinarme de espalda ofreciendo el trasero y me empotren contra el espejo, sintiendo una enorme polla entrar y salir, dilatando las paredes de mi coño, haciéndome gemir mirando mi imagen... y su rostro contraído por el morbo de poseerme sin más, disfrutando de la humedad y estrechez de mi entrepierna.

Me despido mentalmente de Carlos pensando que, tal vez en otro viaje, pueda dejarme acariciar a la luz de la luna por los pétalos de rosas que me había prometido. Pero esta noche... no.

No me interesaba lo que me había prometido el romántico.

Me quedan tres. ¿Y qué me habían prometido estos salidos? ¡Ah! Ya... Orgasmos.

Vamos a analizar esas caritas, a ver qué lengua es la que más me apetece que se pierda entre mis pliegues...

Iván, el que tiene el libro de las 50 Sombras de Grey, me mira con bastante curiosidad. Es rubio, alto, y con una figura esbelta y atlética. Tiene unos ojos profundos, pero en verdad no esconden nada. Me atará a la cama, dejándome la piel marcada por la cuerda y la palma de sus manos. Lo imaginé en su momento azotándome las nalgas, calentando mi piel antes de aferrar mis piernas para separarlas y hundirse dentro. Lo imaginé pellizcando mis pezones, tirándome del pelo para que abriera la boca y aceptara su beso, y llamándome zorra, exigiendo que gimiera para él. Quería una chica a la que dominar, a la que golpear con la punta de la verga en la comisura de la boca mientras la aferraba de los cabellos; una mujer contra la que restregar la polla para derramarse en su cara, jadeando con los dientes apretados y los ojos bien abiertos, reteniendo la imagen en la memoria. Ver los chorretones de leche resbalar por las mejillas hasta los labios entreabiertos, exigiendo que la voz femenina suplicara por la leche salpicando el rostro. Y en un

último empujón meter la polla en su boca hasta el fondo, cortando el aire, para que se la limpiaran...

El típico tío que se piensa que el bondage son un par de nudos, y que nunca disfrutará de las delicias de vestir a una mujer con una soga, tensando y acariciando, para luego suspenderla y sodomizarla.

El típico tío que pensaba que el Amo era el que mandaba, y no que la sumisa era la que tenía el poder...

Iván quería someterme... pero para eso ya había tenido yo un marido, que me usó todas las veces que le dio la gana, llamándome su zorrita. Probablemente disfrutaría otra vez del sexo pasivo, de un hombre que me abriera el culo de un empujón contra el cabecero de la cama, y que me dejara sin correr varias horas, mientras jugaba con mi cuerpo tembloroso por la excitación y la impotencia.

Un hombre que me hiciera rogar...

Pero aquella noche no iba a ser la noche. Ni Iván tenía pinta de buen dominador... ni el libro que tenía en las manos era un buen libro de dominación. Si él fuera verdaderamente un hombre dominante nunca se habría dejado identificar con aquel libro. Curioso, sin duda, que los hombres tuvieran tan buena imagen de sí mismos...

Éste se las daba de Amo, pero al final era un sumiso capaz de dejarse dominar por la mujer para conseguir un coñito caliente que recibiera su polla tesa. Decepcionante...

Quedaban dos.

¿Cuánto tiempo llevaba allí parada, observando? Empezaba a ser bastante incómodo para todos. A mi espalda, el resto de pasajeros sigue saliendo por la puerta, reencontrándose con sus seres queridos. Saco de mi bolso el teléfono móvil y simulo que hago una llamada. Sin duda, con eso ganaré algunos minutos, pero no demasiados. Me alegra no haber mandado nunca una foto de mi rostro a esa web. El juego habría tenido poco sentido.

Y yo me estaba divirtiendo mucho.

Las edades de Lulú...

José era de los hombres que disfrutaban con casi todo. Con las extensas conversaciones que habíamos mantenido por correo electrónico podía llegar a decir que era, sin duda, mi pareja ideal para ese fin de semana. Lo conocía mejor que a cualquiera de los otros. Me había divertido mucho con él, masturbándonos por cam, mientras en las pantallas de ambos sólo se enfocaban nuestros sexos ardientes y húmedos. Me gustaba su voz, varonil y aterciopelada, y me lo imaginaba susurrando palabras suaves y dulces mientras me sujetaba la cabeza para que un tercero me follara con fuerza la boca. Muchas veces me había dormido con la sensación de sus manos a ambos lados de mi rostro, y sus palabras de aliento complacido por verme disfrutar, mientras los ojos, llenos de lágrimas por el esfuerzo de acoger toda la polla entre los labios, lo miraban con perversión.

José me había prometido sexo y desenfreno. Tríos, orgías, mi cuerpo bañado en leche de varios hombres, pollas muy hinchadas turnándose para follarme. Me había prometido masturbarse para mí mientras yo gozaba de otros hombres. Me encantaba la idea de fijar mis ojos en sus manos, que tantas veces había visto por cam aferradas a su polla dura, y verlo subir y bajar sobre ella, dándose placer, disfrutando de la visión de mi cuerpo desnudo y poseído por dos o tres vergas al tiempo.

Nunca había follado con más de dos tíos a la vez. Mi marido una vez me propuso un trío, y yo había aceptado por no llevarle la contraria. Había sido una situación excitante, sin duda... pero yo no estaba preparada para ella, y al final me había cortado bastante tener la polla de otro hombre

en la boca mientras él me follaba salvajemente el culo. Me había costado correrme, por miedo a que él se disgustara pensando que me había excitado más el tamaño de la otra polla que el de la suya. Al fin y al cabo, nuestra relación empezaba a hacer aguas, y no sabía ya lo que acabaría provocando una discusión entre los dos. Aquella vez, sin embargo, no acabamos peleados, pero yo había tenido reparos durante todo el tiempo, y me habría gustado mucho haberlo disfrutado con libertad. Por ello, ahora... me llamaba tanto la proposición de José.

Me había confesado que tenía un par de primos muy bien dotados con los que solía montar fiestecillas privadas en el apartamento de uno de ellos. Me había prometido una cena muy intensa para los cuatro en algún local de tapas rápidas, con bastante alcohol en la mesa y mucho morbo en las palabras. Quería hacerme sentir una reina, adorada por los tres pares de ojos masculinos, ocupados por no perderse detalle de la amplitud de mi escote. Le encantaba la idea de fantasear durante la cena entre los cuatro, verbalizando las opciones de posturas que podíamos adoptar para darnos placer entre todos. Mirarme a los ojos y verme ruborizar mientras me explicaba cómo restregaría su polla sobre mis pechos mientras uno de sus familiares me follaría el coño muy lentamente, y yo masturbaría al tercero con una mano. ¡Había tantas posibilidades!

Sentir las manos de varios desconocidos deslizarse bajo la minifalda de mi vestido, entre el gentío que abarrotaría el local de copas, y disfrutar de los dedos recorriendo la humedad despertada. Intercambiar miradas, sin tener muy claro si los dedos que me torturaban el clítoris eran del de la izquierda o del de la derecha... y sin poder identificar tampoco al que había inundado mi vagina con un par de ellos, gruesos y rudos.

¿Podría yo con tres pollas?

Había, seguramente, pocas mujeres que tuvieran que hacerse esa pregunta en un aeropuerto. No temía que al final pudiera dolerme alguna de las embestidas, o que uno de los primos no me resultara atractivo y me diera asco que me metiera su enorme, según José, polla en la boca. Me preocupaba más el hecho de la desorganización, que al final fuera un caos de miembros que no conseguían moverse de forma coordinada para que yo pudiera, por fin, correrme a gusto mientras era usada a placer por aquellos pervertidos.

Porque, sin duda... quería correrme.

No, no iba a salir mal. Si tenía que fiarme de algo, me fiaría de que José había hecho ya unos cuantos tríos, y no de que trabajara de buzo recuperando objetos perdidos por el gobierno en aguas internacionales. ¡Menudo trabajo! Antes me creería que estaba seguro que podía darme un orgasmo con sólo soplar sobre mis pliegues ardientes.

Sexo y desenfreno. En verdad creía que aquella iba a ser una noche memorable. Tenía muchas ganas de volver a sentirme como imaginé que iba a ser aquel primer trío con mi marido... Ritmo, cadencia, mientras cada uno de los participantes se introducía en mi cuerpo, profundamente, dejándome sin opción de movimientos.

Pero mi vista se iba hacia el libro de El ocho.

Julio.

No tenía ni puñetera idea de lo que le iba. Siempre que le había introducido el tema sexual en la conversación me esquivaba de forma sutil pero contundente. No iba a hablar de sexo conmigo sino cara a cara. El correo electrónico no le parecía para nada adecuado. No conseguí un solo dato de él. Si era romántico o su sexo era brutal y rápido. No podía saber si me follaría hasta dejarme agotada o por el contrario me mantendría a raya, haciéndose desear.

Si le iban los hombres o las mujeres. Si se dejaba los calcetines en la cama, o si se la ponía dura que le metiera un par de dedos en el culo mientras me la introducía hasta el fondo en la boca.

Si era de los que follaban en la calle para que otros pudieran verlo bombear contra unas piernas abiertas subidas en unas cajas de madera amontonadas en el puerto. O si le ponían escuchar porno y ver a un actor escupiendo sobre el agujero dilatado del culo de una rubia mientras él hacía lo propio sobre el agujero que se follaba en ese momento, aferrando las nalgas y separándolas para ver su verga entrar y salir con todo lujo de detalles, brillante y a punto de llenarla de leche espesa y caliente.

No sabía nada de él.

Economista, cáncer, conducía un Audi. Estaba rapado al cero, seguía llevando gafas oscuras aun dentro del aeropuerto y portaba el libro con una sola mano, mientras que la otra la tenía metida dentro del bolsillo de la chaqueta de pana azul oscuro.

La otra mano estaba cubierta por un guante de ante marrón.

Me moría por ver esas manos...

No sabía nada de él. Y eso era, simplemente, un mundo de posibilidades...

La orgía tendría que esperar. No sabía si acabaría follando esa noche, o la siguiente... o si tendría el coño caliente y mojado sin consuelo durante las cuarenta y ocho horas que iba a durar ese viaje. Pero sabía que aquella mañana me había vestido para Julio, y había estado pensando en él en el avión, aunque no quisiera reconocerlo.

Lo deseaba...

Con suerte... mancharía la tapicería de su coche antes de salir del aeropuerto. O, en el peor de los casos, pasaría luego el viaje de vuelta en el avión metida en el baño con un enorme consolador follándome el coño, desesperada por correrme.

—¿Julio?

Parece que he conseguido sorprenderlo. De los cuatro tíos, es el único que no me había mirado más de dos veces seguidas. Aunque... ¿quién sabe? Podría haber cualquier cosa debajo de esas gafas oscuras... incluso unos ojos que no me hubieran quitado la vista de encima en todo el tiempo desde que salí por la puerta acristalada...

Unos ojos que se hubieran distraído pensando en follarme de mil maneras posibles. Pero, desgraciadamente, no se podía follar mil veces en un fin de semana. Tendría que contentarme con ocho o diez a lo sumo. No iba a permitirle rebajar esa cifra. Después de todo, una no hacía un viaje de cuatro horas sentada en turista y pagando a precio de primera clase para pasar la noche jugando al ajedrez. Para eso ya tenía a mi profesor... que me pedía una cita todos los días, cada vez que me daba jaque.

Acerca de Magela Gracia

Si es la primera vez que lees algo mío te doy la bienvenida a mis fantasías, a mis realidades, a mis historias.

Soy escritora erótica desde hace diez años. Por aquella época mis relatos los escribía para mí, o como mucho para compartirlos con mi pequeño grupo de amigos. Llegó un momento en el que alguien me incitó a abrir mi primer blog, hace ya cinco años. Se llamó Cartas de mi Puta, y aunque era un pequeño proyecto se fue haciendo grande gracias a los lectores que fui atesorando. También, coincidiendo con el inicio de mi incursión en el mundo virtual, fui cambiando el género, y del erotismo pasé a algo que podría catalogarse más bien como pornografía con sentido.

No es sólo sexo... pero yo no insinúo nada.

Puedo gustarte, puedo horrorizarte... pero siempre espero que sientas algo con lo que escribo.

En el 2014 lancé mi propia web, con varios blogs que abarcan temáticas tan dispares como el humor o el relato corto, pasando por mi especialidad, el sexo. Te invito a que te acerques al mundo **magelagracia.com**, una web hecha para olvidarte de todo y volver a lo primero, a los instintos más básicos, a la excitación sin más... aunque no sólo va de eso.

Espero verte por allí, y que quieras compartir mis fantasías.

También, en 2014, lancé mi primera recopilación de relatos cortos, *“Una Mancha En La Cama”*, un libro lleno de morbo, contado por una voyeur que encuentra sexo allá donde mira, porque tiene la mente perversa. Espero que si llegas a leerlo te guste este libro, a la venta en Amazon, y que disfrutes al meterte en sus historias tanto como yo disfruté al escribirlo.

En 2015 terminé de escribir *“La Otra, Historia De La Amante”*, mi segunda novela. También la tienes en Amazon, y en él cuento las desventuras de una mujer que se entera que su novio tiene novia, y que ella es simplemente su amante. Me encantaría que le dieras una oportunidad a la historia de Olivia, Octavio y Oziel. Pasiona como pocas... Allí podrás volver a ver a Oziel, en su faceta mucho más adulta y canalla.

“Aunque Sea Su Hermano...” es una historia que llevaba muchos años escrita, y que mucha gente me había pedido que terminara y publicara. En principio eran sólo cuatro capítulos muy cortos, por lo que los lectores me pedían que la completara. Nunca había escrito nada sobre este tema, y sigue siendo lo único que he hecho hasta la fecha. Después de los problemas que encontré para publicarlo tuve que cambiar la temática, pero si te interesa saber de la obra original puedes ponerte en contacto conmigo a través del correo electrónico. Ha sido maravilloso encontrar a tantos lectores que estaban deseando saber qué pasaría con Víctor y Bea. ¡Y siguen sus aventuras! Tengo la cabeza llena de estos dos personajes. Les queda mucho por pasar aún.

Espero que te haya gustado.

Y aquí sigo, siempre con ideas en la cabeza, siempre pensando en tener un ratito para ponerme a escribir palabras a un folio en blanco.

Espero que vuelvas a buscarme. Tengo muchas ganas de que lo hagas.

Besos perversos.

Magela Gracia

"No esperes erotismo, yo imagino pornografía"